



HASTA

QUE

TE

RINDAS

VICTORIA
VÍLCHEZ

Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, mayo 2018

© 2018 Victoria Vílchez

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

[LIZZY](#)

[OLIVER](#)

OLIVER

LIZZY

OLIVER

LIZZY

OLIVER

LIZZY

OLIVER

LIZZY

OLIVER

LIZZY

OLIVER

LIZZY

OLIVER

LIZZY

OLIVER

LIZZY

OLIVER

NUEVA YORK

AGRADECIMIENTOS

«Lo que perdemos al final siempre vuelve a nosotros...
Aunque a veces no del modo en que esperamos.»

***Harry Potter*, de J. K. Rowling**

LIZZY

—Asco de vida —murmuro para mí.

El club está atestado de gente y en la barra los clientes sedientos se dan codazos para conseguir la atención de alguno de los camareros.

Me impulso con los pies y hago girar el taburete sobre el que estoy sentada hasta que doy una vuelta completa, consiguiendo que el tío que está a mi espalda guarde la distancia de seguridad y deje de aplastarme contra el mostrador.

—Lo siento —le digo, aunque no lo lamento en absoluto.

Ni siquiera sé por qué me he dejado convencer para salir esta noche. Parece ser que Triz y las demás creen que hay algo que celebrar.

«Que soy una cornuda».

Giro de nuevo, pero esta vez observo la pista de baile. Los focos del techo parpadean en una sucesión de flashes de distintos colores que hace que me dé vueltas la cabeza y, bajo ellos, mis amigas se entregan a la música, bailando y saltando sin compadecerse de los tíos que devoran sus movimientos con la mirada. Mientras yo permanezco aquí, recreándome en mi pérdida.

«Maldito seas, Mike».

Triz se separa del grupo y viene hacia mí. Lleva la melena rubia recogida en una coleta que oscila al compás de sus caderas, y tiene una tez tan pálida que reluce, impecable, con la iluminación del local. Los hombres con los que se cruza no apartan los ojos de su escote.

—Estoy seca —proclama sin aliento.

Se abre hueco entre el resto de clientes y se sitúa a mi lado. Una sonrisa triste le llena las mejillas y sé que está pensando en el motivo de nuestra improvisada salida.

—Deja de mirarme así, bastante tengo con ellas. —Señalo al resto con un gesto de barbilla.

—Tranquila, han bebido tanto que ya no recuerdan ni su nombre. Creo que no saben ni que estás aquí.

No lo dudo. El grupo se divide entre viejas amigas y conocidas, todas ellas de lenguas afiladas y ávidas de cotilleos jugosos. El escándalo de mi ruptura, previo encuentro de Mike en la cama con otra, es lo único que ha conseguido reunir las a todas. Me pregunto por qué continuamos siendo amigas. A la

mayoría las conocí en el instituto y, desde entonces, todas hemos cambiado mucho.

—Recuérdame por qué estoy aquí —le pido a Triz, pero parece que ella no me está prestando la más mínima atención.

Le doy un pellizco y ella responde dando un saltito y girándose hacia mí.

—¡Joder! —exclama, aunque no he apretado con demasiada fuerza—. ¿Has visto a ese bombón?

«Para bombones estoy yo».

Por regla general, los tíos que le van a Triz no son mi tipo. Casi siempre son clones de Marcus, su novio: rubios de ojos claros, repeinados y con pinta de acabar de salir del club de campo.

Sigo la dirección de su mirada, al fondo de la barra, y me encuentro al *bombón*.

—Joder —repito yo, porque el tío bien se merece un taco.

Es un morenazo de ojos oscuros, grises o marrones, no lo veo bien desde donde estoy. Tiene un vaso de tubo entre las manos, del que bebe de forma distraída mientras observa la gente que le rodea. Tiene esa aura de tipo inaccesible y salvaje que vuelve loca a mis amigas y del que yo suelo huir, o al menos eso hacía hace años. Luego llegó Mike y ya no existió nada más para mí.

«Pero Mike ha resultado ser un cabrón».

Contemplo al bombón sin pudor, aprovechando que no nos está mirando, y no puedo evitar soltar una carcajada al comprobar cómo va vestido.

—Se le ha ido un poco la mano con la ropa —comento, y Triz asiente embobada.

Desconozco las normas que rigen el establecimiento al que me han traído, aunque todo el mundo va bastante arreglado y, por lo poco que sé, es bastante selecto. Pero lo de llevar *smoking* me parece una excentricidad. El tío debe estar medio loco.

—Tal vez sea un ejecutivo podrido de dinero y viene de alguna gala benéfica.

—Lees demasiadas novelas románticas —me río, a pesar de que puede que Triz tenga razón. Si no, ¿a qué viene lo de ir vestido de etiqueta?

Mi amiga me dedica una de esas miradas que tanto miedo me dan y yo comienzo a negar con la cabeza antes siquiera de que abra la boca.

—Lígate —me espeta.

—¡Tú estás loca! —Le doy un trago a mi bebida, un ron cola muy suave

que apenas si contiene alcohol—. Estoy de luto, ¿recuerdas?

—Seguro que Mike también ha dejado de follarse a esa tía durante tres días —replica con su característico tono irónico—. Le entraría yo, pero...

—Marcus.

—Sí, eso. Marcus. —Hace un gesto con la mano antes de proseguir, como si que yo tuviera que recordarle el nombre de su novio fuese de lo más normal—. Ese tío es un polvazo andante —asegura, y me pregunto cuántas copas se ha tomado ya, aunque Triz no necesita beber para que se le suelte la lengua—. ¡Date una alegría! Te lo has ganado...

La imagen de Mike revolcándose con nuestra vecina me llena la mente durante unos segundos y el corazón se me acelera hasta que noto el pulso en las sienes. Le arranco la copa a Triz de las manos y le pego un trago, bebiéndome casi la mitad. Ella, al contrario que yo, no es de bebidas suaves. Suele ponerle ojitos a los camareros para que lleven más ron que cola.

—¿Te lo vas a tirar? —me suelta, encantada por mi arrebato.

—¡¿Qué?! ¡No!

Su rostro es la viva imagen de la desilusión, con esa expresión de cachorrillo abandonado que tan bien se le da fingir, pero me mantengo firme.

Ella resopla con resignación. Aprovecha que el camarero pasa por delante de nosotras para pedirle otras dos copas. Intento protestar cuando le exige que los llene casi hasta el borde, pero mi amiga se encarga de que las bebidas sean armas de destrucción masiva.

—Bebe. Ahora.

—Vomitaré.

—Puede, pero eso será después de tirarte al bombón.

—No voy a hacer tal cosa —replico, aunque cedo y hago lo que me pide solo para no tener que escucharla.

—Ya veremos.

Apenas veinte minutos más tarde, el ambiente me parece más cálido, el lugar más bonito y mi exnovio más gilipollas; y el bombón, una oportunidad de tomarme la revancha, como si Mike fuera a enterarse de que me he acostado con otro.

Triz me está arrastrando hacia el fondo, directa hacia él.

—No le des opción —me susurra, riendo, y a mí incluso me parece bien lo que dice.

Al llegar a él me da un último empujón que hace que acabe pegada a su

pecho.

—Disculpa —le digo, y se me escapa una risita tonta que indica mi escasa resistencia al alcohol.

Alzo la cabeza para mirarlo a los ojos y lo que veo me deja sin aliento. No importa que la sala se haya convertido en un borrón de caras que giran a nuestro alrededor o que tenga la piel ardiendo, ni siquiera la risa de Triz a mi espalda. El bombón me dedica una sonrisa torcida y su expresión resulta casi obscena. La línea de sus hombros, el pecho ancho y bien formado, y sus labios, son como una señal de advertencia, solo que a estas alturas soy incapaz de captar ningún tipo de aviso.

—Mi amiga cree que debería acostarme contigo —suelto sin más, y acto seguido me llevo la mano a la boca.

Él se ríe, pero sus pupilas han ganado terreno al gris de sus iris.

—¿Siempre eres tan directa? —me dice con un tono ronco y sensual tan similar a un ronroneo que me dan ganas de acariciarlo.

Estoy borracha, pero no me importa. Asiento y le devuelvo la sonrisa, olvidando quién soy y cuál es el motivo por el que estoy aquí esta noche.

OLIVER

La chica es una auténtica preciosidad, de eso no hay duda. La melena le cae sobre los hombros formando ondas y acariciándole la piel dorada, y sus labios entreabiertos resultan una invitación muy tentadora. Por un instante me la imagino gimiendo bajo mi cuerpo, retorciéndose de placer, y se me pone dura al instante.

A pesar de su rostro inocente y de que es obvio que ha bebido más de lo que debería, me planteo llevármela a uno de los reservados y cumplir a pies juntillas los deseos de su amiga. No obstante, permanezco apoyado en la barra e intento mantener las manos alejadas de sus atractivas curvas.

Es menuda y su expresión risueña dista mucho de las miradas frías y orgullosas del resto de las chicas asiduas al local; chicas que buscan una aventura fugaz y que siempre terminan exigiendo algo que no puedo darles.

—Tu amiga tiene razón —le digo, solo para ver cómo reacciona.

Se muerde el labio inferior y todo en lo que puedo pensar es en agarrarla de la nuca y comprobar el sabor de su boca.

—Está loca. —Se apoya en mi pecho sin pudor.

Si sigue así no me quedará más remedio que seguir las indicaciones de su amiga. Dejo el vaso sobre la barra y me permito agarrarla de los hombros. Lleva un vestido rojo que deja a la vista una piel pálida y suave. Deslizo las manos por su espalda y van a parar a su cintura.

—Al menos dime tu nombre. Si vamos a acostarnos, debería saberlo —señalo, tentado por la idea de las promesas que se esconden bajo su falda.

Ella sonrío, pero percibo una chispa de timidez en sus ojos, lo cual, para que negarlo, resulta encantador. Emite un ruidito que deja entrever más que cualquier cosa que pudiera decirme. No voy a aprovecharme de su estado, pero mentiría si dijera que no me muero de ganas de desnudarla y tumbarla sobre la barra.

«Contrólate», me digo, y que tenga que pensarlo es suficiente para que me sienta más excitado todavía. Puede que sea ese aire indefenso e inocente, o el hecho de que sus ojos castaños brillan con intensidad, aunque estoy seguro de que esto último es una consecuencia del alcohol que le corre por las venas, pero no por ello le resta atractivo.

Mis manos toman la iniciativa y la acercan más a mi cuerpo, tanto que puedo percibir sus pezones duros bajo la fina tela de su vestido.

—Tu nombre —repito en su oído.

Sin esperar respuesta me giro con ella entre los brazos y le hago un gesto con la cabeza a Charly, uno de mis compañeros, que hasta ahora ha permanecido a un lado sin apartar la vista de la escena. Él comprende enseguida lo que trato de decirle y me cede su taburete. Lo veo perderse entre los clientes antes de devolver toda mi atención a la pequeña muchacha aferrada a mi pecho.

La alzo y la coloco sobre el asiento. Ella se acomoda con las piernas abiertas y apoya las manos en el hueco que queda entre ellas, regalándome una magnífica panorámica de su canalillo. No tiene los pechos excesivamente grandes, pero apostaría a que se ajustan de forma perfecta a la palma de mi mano. El pensamiento casi consigue que intente comprobar si tengo razón.

—Elizabeth. Lizzy, en realidad —responde por fin.

—Lizzy —repito, y el nombre abandona mis labios en forma de jadeo ronco, revelando parte de mi excitación—. Muy bien, pequeña Lizzy. Estoy muy tentado de acatar las órdenes de tu amiga.

Nunca me he dedicado a perseguir mujeres, menos aún en el trabajo, pero sus labios, húmedos y sonrosados, no dejan de reclamar mi atención. Y hace rato que dejé de importarme si me despiden por cometer semejante indiscreción.

Me desabrocho el botón de la chaqueta y hundo la mano en los bolsillos solo para evitar deslizarlas por sus muslos.

—¿Ah, sí? —repite, con aire juguetón.

—No te haces una idea.

Su mirada desciende por mi pecho y cuando alza la cabeza de nuevo veo el deseo impregnando sus ojos. Puede que esté borracha, pero es obvio que se siente atraída por mí, y descubrirlo consigue ponerme aún más cachondo.

—¿No vas a preguntarme cómo me llamo? —inquiero, esperando avergonzarla.

—¿Debería? —responde, por el contrario, sin rastro de culpabilidad.

Por toda respuesta me inclino hasta que nuestros labios están a punto de rozarse y, ahora sí, permito que mis manos desaparezcan bajo los pliegues de su falda. La piel de sus muslos es cálida y tan suave que cuando quiero darme cuenta mis dedos se topan con su ropa interior. A Lizzy se le escapa un gemido y sus mejillas enrojecen de inmediato. Mientras, todo en lo que yo puedo pensar es en llevármela a cualquier lugar en el que pueda saborear su piel durante el resto

de la noche.

—Si voy a deslizarme dentro de ti, sería conveniente —le indico, al tiempo que recorro la curva de su cuello con los labios.

Percibo cómo se estremece y su respiración se acelera cuando comprende las implicaciones de mi comentario. No obstante, segundos más tarde, empuja mis manos lejos de su cuerpo y me dedica una mirada desafiante.

Es toda una luchadora.

—Nada de nombres —afirma—. Esta noche no.

LIZZY

No sé lo que estoy haciendo ni por qué no me he quitado ya a este tío de encima. Nunca he tenido sexo de una noche, mucho menos con un completo desconocido. No puedo evitar pensar que él es de esos tíos que se lo monta cada noche con una chica distinta.

Pero a la mierda las convenciones sociales. Si Mike ha podido quebrantar nuestro voto de fidelidad, yo bien puedo dejarme llevar por una vez. Y la cuestión es que me está resultando muy complicado no dejarme arrastrar por la atracción que me provoca el bombón. No solo es atractivo y posee un cuerpo concebido para el pecado, sino que huele de forma deliciosa. Su perfume, sea cual sea, evoca en mi mente la imagen de un arroyo de agua fresca, musgo y madera, un bosque virgen e inexplorado, salvaje. Hace que desee hundir la cara en su cuello y llenarme los pulmones con su aroma. Pero, sin duda, lo más preocupante es que cuando sus dedos han rozado mis braguitas me he puesto a rezar para que las apartara y siguiera su camino hacia mi interior.

Definitivamente, estoy chalada.

—Me siento utilizado.

Su sonrisa contradice la seriedad de sus palabras. Sus manos regresan a los bolsillos. El gesto me decepciona, muy a mi pesar.

—Seguro que sí.

—Suena como si todo cuanto quisieras fuera aprovecharte de mí.

Se me escapa una carcajada.

—Dudo mucho de que ninguna mujer pueda aprovecharse de ti, pero buen intento.

Acto seguido sus manos se anclan a mis caderas y me arrastra hasta el borde del taburete. Lo siguiente que sé es que lo tengo entre las piernas y una erección presiona con fuerza contra mi sexo, que se humedece por el contacto.

—Ni siquiera lo estaba intentando.

—¿Y ahora sí? —articulo con esfuerzo, y agradezco estar sentada o de lo contrario me hubieran fallado las rodillas.

Él presiona un poco más su cuerpo contra el mío y ese nuevo roce enturbia del todo mi razón. Su boca captura el lóbulo de mi oreja, su lengua se enreda con él; succiona, muerde y lame, y yo me olvido por completo de que estamos en

un lugar público. Emito un quejido cuando se detiene para susurrarme al oído:
—Ahora sí, Lizzy, y no he hecho más que empezar.

OLIVER

Tomo su mano y me separo lo suficiente para que pueda bajarse del taburete. En cuanto sus pies tocan el suelo, la estrecho de nuevo contra mi costado y echo a andar entre la gente. De repente no puedo dejar de pensar en otra cosa que no sea enterrarme en ella tan profundo como sea posible. Toda su resistencia se limita a enarcar las cejas cuando atravesamos una puerta con un letrero que reza: *Solo empleados*. No hace preguntas, aunque dudo mucho que fuera capaz de responderlas en este momento.

Me cuelo en el despacho de Loren, el dueño del club, y soy consciente de que si me pilla aquí será mi última noche en este trabajo. Pero ni siquiera la posibilidad de verme en la calle me disuade. El deseo que ruge en mi pecho es voraz, casi primitivo, y estoy más que dispuesto a saciarlo, aunque eso suponga regresar a mis antiguas rutinas; algo que, por otro lado, no me resulta demasiado agradable.

Cierro la puerta y suelto su mano para asegurarme de que el cerrojo cumple su función. Casi me da miedo girarme y mirarla, porque si descubro dudas en su mirada, acabaré, como mínimo, destrozando la habitación para aplacar la exigente necesidad que me ha poseído. Es obvio que no haré nada que Lizzy no quiera que haga, solo rezo para que ella quiera exactamente lo mismo que yo.

Pero cuando me doy la vuelta descubro en sus ojos el mismo deseo incendiario que me quema por dentro, el mismo anhelo, la misma hambre incontenible.

«Estás perdiendo la cabeza», me digo.

No obstante, tenerla frente a mí con ese vestido rojo ciñendo su cintura y la tela cayendo sobre sus caderas hace que me importe bien poco lo que pueda perder esta noche.

Me quito la chaqueta y la lanzo sobre una de las sillas. Tiro del bajo de la camisa y, uno a uno, desabrocho los botones hasta dejar mi pecho al descubierto. Lizzy jadea al contemplar los tatuajes que lo cubren. Sus ojos se mueven siguiendo los trazos y dibujos de mi torso. Su mirada resulta tan intensa que es casi como si me estuviera acariciando. La sensación me pone la carne de gallina.

Por un instante, me pregunto si esta química endiablada que hay entre

nosotros es normal o me estoy volviendo loco. No tengo tiempo de pensar en ello. Lizzy corresponde a mis actos llevándose las manos a la espalda. El sonido de la cremallera de su vestido es como música para mis oídos, una bella melodía que acaba con la prenda arrugada a sus pies y su piel expuesta ante mis ojos.

No lleva sujetador. No lo necesita. Sus pechos son pequeños, pero están perfectamente esculpidos, y sus pezones duros, enhiestos y desafiantes. Las braguitas que lleva no son más que un triángulo de tela negra. Apenas si puedo contener las ansias de arrancárselas con los dientes, hundir mi cabeza entre sus piernas y probar su sabor.

Me deshago de la camisa y nos quedamos mirando en silencio, consumidos el uno en la imagen del otro. Ella es sexy, perfecta, tan perfecta que da miedo.

—¿Estás segura? —le pregunto, aunque sé que así es.

No dice nada, tan solo da un par de pasos hacia atrás hasta quedar apoyada contra el escritorio de mi jefe. Separa las rodillas a modo de invitación y eso es cuanto necesito para ir hasta ella y besarla. Abre los labios de inmediato y su lengua sale al encuentro de la mía, ávida de atenciones. Mientras exploro cada rincón de su boca, ahueco mi mano sobre uno de sus pechos y, tal y como imaginaba, encaja a la perfección en la palma de mi mano. Lizzy emite uno de esos ruiditos roncós y mi erección empuja de nuevo dentro de mis pantalones. Si sigue así me va a costar serios esfuerzos no correrme en cuanto me hunda en ella.

Desplazo mis labios hasta su cuello y recorro la piel sensible de este, arrancándole pequeños gemidos. Sus uñas se clavan en mi espalda, espoleando mi deseo y llevándome un poco más cerca del límite.

—Voy a follarte, Lizzy —gruño junto a su oído, y sus dedos se clavan más profundamente en mi carne.

Mi mano abandona su pecho y baja por su abdomen. Trazo círculos alrededor de su ombligo para luego continuar descendiendo hasta dar con el elástico de sus braguitas. Me ayudo con la otra mano para deshacerme de la prenda, conteniéndome para no arrancárselas de un tirón. Ella, mientras, reparte mordiscos y lame la línea de mi clavícula. Aunque no tarda en llevar sus manos a mi cinturón. La detengo de inmediato. Si me toca, no respondo de lo que suceda a continuación, y quiero asegurarme de que disfruta tanto como yo.

—Todavía no —le digo, y mi voz me suena ronca incluso a mí.

No espero su réplica. Deslizo un dedo entre sus pliegues sin llegar a introducirlo en su interior, y ella se retuerce al percibir el contacto.

—¡Joder, pequeña Lizzy! ¡Estás empapada!

Húmeda y caliente.

Se frota contra mi mano con desesperación, pero yo no tengo intención de precipitarme. Continúo besándola mientras trazo movimientos circulares sobre su clítoris, lentos pero regulares, y ella se contonea, acoplando su ritmo al mío. Deja caer la cabeza hacia atrás.

—Mírame, Lizzy. Abre los ojos y mírame —le ordeno. No quiero perderme la visión de sus ojos ebrios de placer.

Ella obedece, y la mezcla de agonía y goce de su mirada es, con diferencia, el jodido mejor espectáculo que haya contemplado en años. Pero en cuanto introduzco un dedo en su interior, su cuerpo se arquea y vuelve a cerrarlos.

—Mírame —repito, y a duras penas lo consigue.

Un segundo dedo le sigue al anterior. Sus caderas se balancean cada vez más rápido, hasta que noto su sexo vibrar bajo mis caricias, las paredes apretarse, y me detengo por completo. La sujeto para que se mantenga inmóvil.

Me mira fijamente, esta vez con los ojos muy abiertos, desconcertada y febril, justo al borde del orgasmo, rozándolo con la punta de los dedos, pero sin llegar a alcanzarlo. Una vez que se relaja vuelvo a comenzar y la llevo al límite de nuevo. Su respiración es irregular, frenética, como si apenas le fuera posible llevar oxígeno suficiente a sus pulmones. Tiene las mejillas encendidas y la boca abierta, incapaz de reprimir los jadeos que escapan de su garganta.

—Te vas a correr —afirmo, plenamente consciente de ello.

—Por favor —me ruega, y por un momento me da la sensación de que está buscando mi nombre en su mente—. Por favor...

—Es una pena que esta noche sea una noche sin nombres, porque no imaginas cuanto me gustaría oírtelo decir entre gemidos.

Y ahora sí, aumento el ritmo hasta que sé que no habrá marcha atrás. Segundos más tarde todo su cuerpo se estremece y vibra, su interior palpita y comprime mis dedos. Lizzy gime, casi grita, y, aunque no pueda escucharla llamarme por mi nombre, el sonido es tan delicioso como ella.

LIZZY

«Madre mía. Madre mía».

Esa son las únicas dos palabras que se repiten en mi mente una y otra vez en un ciclo sin fin, mientras los temblores de un potente orgasmo sacuden mi cuerpo. No estoy segura de que Triz se refiriera a esto cuando me animó a tirármelo, pero es imposible que no apruebe el resultado.

Cuando se retira para buscar mi mirada me doy cuenta de que el bombón se ha convertido en chocolate líquido, espeso y caliente. Sus iris oscurecidos se funden con el negro de sus pupilas, dos pozos colmados de puro fuego. La visión de esa concentración de deseo, de su expresión torturada y ansiosa, podría provocarme por sí sola un orgasmo si no fuera porque acabo de tener uno.

«Y vaya orgasmo...».

El mejor en años. Le debo a Triz una muy, muy grande.

Varios golpes resuenan en la puerta acompañados de una serie de improperios en un lenguaje bastante soez. Tras la sorpresa inicial, me visto a toda prisa y mi acompañante hace lo mismo. No puedo dejar de observarle mientras se pone la camisa y cubre esos músculos bien delineados y la piel del torso repleta de tinta. Sé que lo estoy mirando fijamente, pero me es imposible mantener los ojos apartados de él.

—¡Ya abro, joder! —grita a través de la estancia cuando los golpes redoblan su intensidad.

Pasa a mi lado y se detiene lo justo para subir la cremallera de mi vestido. Roza mi nuca con la punta de sus dedos, pero cuando me giro ya está abriendo la puerta.

El tipo que está al otro lado me lanza una mirada de desprecio antes de dirigirse a él.

—Haz el favor de subir ahora mismo al salón. Ya hablaremos de esto más tarde.

No replica. Tira de mi mano y vuelve a arrastrarme con él, cosa que agradezco porque ese tío no tenía pinta de ser demasiado amable, y ahora que ya nos hemos acostado —o algo así—, me pregunto qué es lo siguiente que va a ocurrir. ¿Intercambiaremos teléfonos o lo sucedido será el comienzo y final de nuestra aventura?

«¿Se puede saber por qué me estoy preocupando por eso?», me reprocho en silencio.

Me guía a través de varios pasillos sin adornos ni ningún tipo de decoración, y ascendemos a una planta superior por una escalera estrecha. Está claro que no es una zona abierta al público. Puede que tenga que ejercer como barman de alguna elitista fiesta privada y que sea allí donde me lleva. De ahí el *smoking* y el cabreo del que supongo que será su jefe.

«Fin de la fantasía del ejecutivo podrido de dinero».

No es que me importe, aunque puedo imaginar los comentarios malintencionados de mis amigas si llegan a enterarse.

La última puerta nos conduce a un salón espacioso repleto de mesas redondas y sillas en torno a ellas. La iluminación es tenue, muy íntima. Mis ojos se desplazan de inmediato a la barra que queda a mi derecha. Mataría por una botella de agua helada.

El bombón —empiezo a creer que sí que debería conocer su nombre—, me invita a tomar asiento. Antes de que pueda protestar se inclina sobre mí, acuna mi cara entre las manos y sus labios capturan los míos. Me da un beso largo y profundo, muy diferente a los que hemos compartido hace un momento, que me deja sin aliento ni nada coherente que decir.

—Pide lo que quieras, invita la casa —murmura en mi oído—. Espero que disfrutes del espectáculo.

Se aleja con paso decidido y elegante. La música aumenta de volumen y las cabezas de los presentes se giran buscando su figura. Viéndolo deslizarse entre las mesas no puedo creer que ese increíble espécimen al que las mujeres han empezado a silbar haya estado hace unos minutos recorriendo mi cuerpo con sus dedos y lamiendo mi piel.

El pensamiento hace brotar en mi rostro una sonrisa enorme y supongo que también estúpida, hasta que soy consciente del alboroto que se ha formado debido a su aparición: los gritos, las frases subidas de tono, él quitándose la chaqueta... la camisa. El sensual bamboleo de sus caderas me hipnotiza unos segundos y casi consigue engullir la idea que se está formando en mi mente.

«No, no, no. No puede ser».

Pero sí, sí que puede. El bombón se arranca de un solo tirón los pantalones y yo me encojo en el asiento al comprender que me he liado con un *stripper*.

OLIVER

El salón tiene bastante movimiento esta noche. Hay tres o cuatro grupos grandes de mujeres y un buen número de otros más reducidos. Mujeres de todo tipo: altas, bajas, delgadas, rubias, pelirrojas... Y, sin embargo, mis ojos no son capaces de localizar a la que realmente me interesa. ¿Dónde estás, pequeña Lizzy?

Me disculpo antes las tres chicas que han insistido en invitarme a una copa al finalizar mi número. Jeip, el camarero que atiende esta zona del club, me ha servido un combinado sin alcohol, tal y como marcan las normas del jefe; nada de bebidas alcohólicas cuando se alterna con los clientes.

Me lo bebo de dos sorbos, para desilusión de mis admiradoras. Hoy no tengo paciencia para fingir ni ánimos para soportar los pellizcos a traición ni las caricias descuidadas.

«Cómo odio esta mierda».

—¡Ey, Oliver! —me llama Jeip. Me acerco a la esquina de la barra aún vestido tan solo con un bóxer negro—. Esa muñequita con la que has llegado parecía tener prisa por marcharse, debes estar perdiendo tu toque.

Parece que no soy el único que estaba pendiente de Lizzy.

—¿La has visto irse?

Asiente y me tiende un botellín de agua helada y un batín con el nombre del club bordado en la espalda. Solo acepto el primero. No voy a quedarme ni un segundo más en la sala. De todas formas, es posible que Loren me despida ahora que ya he cumplido.

Como si mi pensamiento lo hubiera invocado, mi jefe aparece junto a mí. Por su expresión amargada es obvio que está muy cabreado.

—¿Follando en mi despacho? ¿De verdad? —me espeta en voz baja, solo para no montar una escena.

La vena de su cuello palpita con saña bajo su piel. Un día de estos le dará un infarto, o un aneurisma. Me quedo esperando el consabido *estás despedido*, que no llega.

—¿Qué coño estás mirando? Sal de mi vista —ruge, furioso—. Tienes suerte de que me hagas ganar mucho dinero.

No voy a esperar a que me lo repita. Me doy media vuelta dispuesto a bajar

a la planta del club que alberga la zona menos sórdida del negocio y buscar a la muñequita. El apodo que le ha atribuido Jeip no puede ser más acertado, con ese cuerpo menudo y estilizado, y el rostro dulce, los labios inflamados por mis besos...

—¡Eh, Oliver! —Mi jefe me agarra del brazo y me empuja en dirección contraria a la salida de empleados por la que hemos accedido Lizzy y yo al llegar —. Por ahí. Tienes un pase privado.

Señala al fondo de la sala, donde unos paneles bien disimulados ocultan cuatro salitas mucho más íntimas.

—Maldita sea, Loren, hoy no.

La vena se hincha un poco más. Jeip murmura una advertencia desde detrás de la barra, algo acerca de no tocarle los huevos al jefe.

«Joder».

—Es Vanessa, muchacho. No me jodas o no solo te verás en la calle con lo puesto —me amenaza—, sino que haré que no puedas proseguir con tu *otra* vida.

Aprieto los dientes, e incluso así me esfuerzo por esbozar una sonrisa, aunque lo único que deseo en ese momento es partirle la cara y largarme de este lugar, cuanto más lejos mejor.

Cambio la dirección de mis pasos y me encamino hacia los reservados. De camino, me cruzo con Adele, que desliza un chupito entre mis manos con disimulo.

—Ten, te hará falta —me dice.

Le agradezco el gesto con una sonrisa sincera y me trago la bebida sin dudar. No solo porque sea Vanessa la que me está esperando tras el panel, sino porque estoy convencido de que no volveré a ver a la pequeña Lizzy.

Por alguna extraña razón, la idea me deja un amargo sabor de boca.

LIZZY

—¡Un *stripper*! —Hago una pausa e insisto—. ¡Un *stripper*!

Triz se contiene para no estallar en carcajadas y mortificarme más de lo que ya lo estoy.

—Solo se desnuda por dinero —replica, conciliadora, aunque sé que eso no es lo que está pensando—. No es como si se prosti...

—No te atrevas a decirlo—la interrumpo, muy seria.

Me levanto del banco en el que nos hemos sentado para bebernos el café, y paseo arriba y abajo por la acera.

—Eres una estirada —prosigue—. Tómalo como una aventura que podrás contarle a tus nietos.

Detengo mi ir y venir y le lanzo una mirada envenenada.

—No creo que sea la típica batallita que se cuenta en las reuniones familiares.

—Tendrías que venir a cenar a mi casa en Navidad.

No estoy segura de que esté bromeando; su familia siempre ha sido bastante excéntrica. Tira de mí y me obliga a sentarme.

—Me estás poniendo nerviosa. —Se enciende un pitillo y le da un par de caladas antes de continuar—. Olvídalo, ¿quieres? Tan solo fue un buen polvo.

—¡No me acosté con él! —exclamo demasiado alto, consiguiendo que dos estudiantes vuelvan la cabeza para mirarnos.

Casi había olvidado que estábamos en el campus y no sentadas en el sofá de Triz, mi refugio en los últimos días. Haberme instalado en su casa tras mi estampida del piso de Mike es solo una solución temporal, pero ahora mismo representa el único lugar en el que me siento cómoda.

—No te martirices. Lo hecho, hecho está —afirma, y una sonrisita maliciosa tironea de las comisuras de sus labios—. Por lo que me has contado, no es que te lo pasaras mal.

Enrojezco al recordar mi comportamiento de la otra noche. No tenía que haber bebido tanto. Estoy convencida de que fue el alcohol el que me empujó a cometer semejante desliz. ¡Se lo puse en bandeja! Me ofrecí a ese tipo y ni siquiera accedí a que me dijera su nombre.

«Y él agradeció tu nulo interés regalándote el mejor orgasmo de tu vida».

Suspiro.

—Sigues pensando en él, ¿no? —inquieta mi amiga, demasiado divertida por la situación para mi gusto—. Pues sí que has olvidado rápido a Mike en favor del señor *dedos mágicos*.

«Mike», pienso para mí, sabiendo que antes de que acabe el día es inevitable que tenga que verlo.

—¿Dedos mágicos? —repongo, decidida a no pensar en la traición de mi ex hasta que no me quede más remedio que hacerle frente.

—Me pregunto que será capaz de hacer con la polla.

—¡Triz!

—¡¿Qué?! —Se ríe—. Como si tú no lo hubieras pensado.

Lo he pensado en más ocasiones de las que debería, para haber transcurrido menos de cuarenta y ocho horas de nuestro fugaz encuentro.

—Pues no.

—Mentirosa.

—Eres un verdadero incordio. —Miro el reloj y me pongo en pie.

Tengo una clase en menos de una hora y me gustaría pasar antes por la biblioteca a recoger un libro.

—Me adoras —replica ella, con una sonrisa de oreja a oreja.

Apura el café que tiene entre las manos y, tras arrugar el vaso de plástico, lo lanza a la papelera. Encesta a la primera y se pone a dar saltitos a mi alrededor mientras eleva los brazos contra el cielo en señal de victoria.

Lleva razón: la adoro. Es la única persona en la que sé que puedo confiar de forma ciega. Ha sido la encargada de recoger los pedazos de mi corazón desde siempre, y yo le he devuelto el favor en más ocasiones de las que puedo recordar. Ella es la impulsiva, apasionada y extrovertida; yo, la cauta y sensata, e incluso tímida. Después de tantos años de amistad empiezo a creer que me debe haber contagiado parte de su locura, visto lo que ha sucedido con *dedos mágicos*. Tal vez por ósmosis o algo por el estilo.

—Creo que me marchó a practicar con Marcus esa *cosita* de los dedos.

—Triz, por Dios —lloriqueo, pero no puedo evitar sonreír.

Me da un abrazo y susurra una nueva obscenidad junto a mi oído, consiguiendo que me ruborice de nuevo.

Sí, Triz es única en su especie, y yo soy afortunada de poder contar con su apoyo.

—Dale recuerdos a Mike de mi parte —comenta mientras se aleja. A

continuación me muestra el dedo corazón para dejar claro lo que piensa de mí ex.

—Lo haré —le grito—. Justo después de prender fuego a su despacho.

Cambia el anular por el pulgar y me dedica una última mirada de ánimo antes de subirse a su coche. Agito la cabeza, sonriendo, y me dirijo al edificio que alberga la escuela de negocios. Ya pasaré más tarde por la biblioteca. Me vendrá bien adelantar un poco de trabajo antes de que empiece la clase.

OLIVER

Aparco la moto en el lugar habitual, justo frente a la entrada del edificio, y me tomo mi tiempo para descender de ella. Inspiro hondo bajo el casco, echo un vistazo alrededor y no puedo evitar sonreír. Llegar hasta aquí ha supuesto el único logro reseñable de mi vida, y no me refiero a cubrir los pocos kilómetros que separan mi casa del campus de la universidad. Esta es mi otra vida, esa que Loren destrozaría de buen gusto con tan solo una llamada informando de los ingresos en negro que él mismo me paga y que, de ser conocidos por el comité de becas, harían no solo que me retiraran la asignación que cubre los gastos de la matrícula, sino que me obligarían a devolver cada centavo que he recibido en los últimos dos años.

Un par de compañeras de clase pasan a mi lado y me sonríen sin timidez. Tengo un vago recuerdo de una de ellas retorciéndose de placer en el asiento trasero de mi viejo Jeep, pero soy incapaz de recordar cómo se llama. Los rostros, los nombres, sus cuerpos... y mis excusas. Hace tiempo que se han convertido en algo sin importancia, una forma más de pasar el rato mientras consigo graduarme y marcharme de esta ciudad de una vez por todas. Empezar de cero.

Les devuelvo el saludo con la cabeza, sin quitarme el casco, y ellas prosiguen su camino. Me agacho para asegurar el candado de la moto, la única de mis posesiones por la que guardo un profundo afecto, pero me detengo cuando un par de piernas entran en mi campo de visión. Unas piernas estilizadas y torneadas que no me cuesta reconocer.

Ese nombre sí lo recuerdo.

«Lizzy».

Alzo la vista para contemplar sin pudor el resto de su cuerpo, escudado por la protección del casco, pero ella abandona la acera y se interna en el camino de acceso al edificio donde se imparten la mayoría de las clases a las que asisto. Tampoco es que me queje por tener la oportunidad de recrearme con su trasero, pequeño pero respingón. Una falda de tubo de color granate le cubre desde la cintura hasta las rodillas. El sensual contoneo de sus caderas mientras se aleja evoca en mi mente otro tipo de movimientos, más sucios y aún más excitantes, y no me queda más remedio que sonreír.

No creo en el destino ni en esas gilipolleces de las señales, pero, mirándola, no puedo evitar pensar en que encontrarme de nuevo con ella resulta un más que bienvenido milagro. A decir verdad, lo que en realidad será un milagro es que no consiga meter a esa chica en mi cama.

Se me escapa una carcajada al darme cuenta de que ha vuelto a conseguir que se me ponga dura sin ni siquiera mirarme. No es algo que una chica logre sin proponérselo, pero empiezo a pensar que ella no es una chica cualquiera.

Cierro el candado a toda prisa y echo a correr tras ella. El lunes acaba de convertirse en mi día preferido de la semana.

LIZZY

Empiezo a odiar los lunes. La expectativa de encontrarme con Mike de un momento a otro hace que se me revuelva el estómago y me entren náuseas. Si se le ocurre mirarme con esos ojillos de cordero degollado y repetir una vez más que encontrármelo restregándose con otra no es lo que parece, juro que me pondré a gritar, o le vomitaré encima, lo que mi cuerpo requiera primero.

La humedad me llena los ojos y tengo que esforzarme para no echarme a llorar. ¿Será esta la única vez que lo ha hecho? ¿Habrá habido otras? Casi tres años de relación y de repente me da la sensación de que no lo conozco en absoluto.

Las náuseas aumentan.

Aprieto el paso y dejo atrás las clases de segundo, gimiendo para mis adentros. Alguien me agarra por la espalda y me arrastra al interior del servicio de mujeres. Todo ocurre tan rápido que ni siquiera me da tiempo de oponer resistencia. Lo primero que aparece en mi mente es la cara de mi ex, pero tras varios parpadeos la imagen es sustituida por otra más desconcertante y, por qué no decirlo, también más atractiva.

¡El *stripper!*, chillo para mis adentros mientras que mi exterior se queda paralizado por la impresión. Frente a mí, con todo su cuerpo haciendo presión sobre el mío, sus manos apresando mis muñecas y sus caderas clavándose en la parte baja de mi cuerpo, está *dedos mágicos*. Y tengo que decir que sus caderas no es lo único que me está clavando...

Su atuendo es menos formal que el del sábado: vaqueros desteñidos, una camiseta algo deshilachada y una chaqueta de cuero marrón, pero huele igual de bien y en sus labios baila la misma sonrisa torcida y sexy que hace que mis náuseas se conviertan en excitación.

—Mi pequeña Lizzy —murmura, con la voz ronca repleta de deseo.

Y es ese mismo deseo el que arrasa mis reflejos y me convierte en una chiquilla temblorosa. Ni siquiera hago amago de quitármelo de encima. Las imágenes de nuestro encuentro se reproducen en mi mente con tal nitidez que se me escapa un pequeño y vergonzoso jadeo. Él recoge el sonido con aparente satisfacción. Su sonrisa se ensancha y sus labios recortan parte de la distancia que los separa de los míos.

—He pensado mucho en ti.

Afloja la presión de mi muñeca izquierda y desliza el dedo índice por mi brazo, ascendiendo, hasta llegar a la curva de mi hombro. La piel se me eriza en respuesta.

Él observa mi reacción sin decir una palabra. Tiene el labio inferior ligeramente más grueso que el superior y una sombra de barba le cubre las mejillas, dándole un aspecto de chico malo, lo cual es probable que se acerque bastante a la realidad. Los ojos, grises y rasgados, convierten su rostro en un festival para los sentidos, pero la trampa mortal de la que soy incapaz de apartar la mirada es su sonrisa.

La clase de sonrisa por la que cualquier chica cometería una locura, me digo, sabiendo que soy la mejor prueba de ello.

—Has pensado mucho en mí —repito, a medio camino entre una pregunta y una afirmación.

—No te haces una idea.

«¡Reacciona, Lizzy!», me grita la única parte de mí que aún no ha sucumbido al encanto desenfadado y arrollador del que hace gala. Una parte muy pequeña, he de decir.

Sin dejar de mirarlo, interpongo la mano libre entre nuestros cuerpos y la apoyo contra su pecho. El retumbar de los latidos de su corazón, potente y acelerado, me distrae durante unos segundos.

Él baja la vista, como esperando el empujón que lo separaría de mí.

—Me gusta cuando me tocas —suelta al ver que no hago nada—. Es... más agradable de lo habitual.

Sus palabras me recuerdan en qué consiste su profesión y las veces que, cada noche, deben toquetearlo decenas de manos distintas. ¿Se acostará con sus clientas? ¿Habría estado con otra antes de...? Interrumpo el pensamiento antes de que finalice porque no estoy segura de querer saber la respuesta.

Hago presión y lo empujo. No se resiste.

Se mete las manos en los bolsillos, como si de repente temiera hacer algo indebido con ellas, y ladea la cabeza.

—¿Un café después de las clases? —propone, mientras yo me estiro la falda y recobro la sensatez.

Enarco las cejas al escuchar su inesperada proposición.

—¿Estudias?

Esboza una sonrisa procaz e insolente.

—¿Crees que soy todo cuerpo? —replica, con tono burlón, aunque en realidad creo que está molesto.

Se cruza de brazos y me dedica una mirada cargada de desdén. Es evidente que he metido la pata.

—Me refería a que si estudiabas aquí.

Mi intento de aliviar la tensión que ha creado mi pregunta no parece surtir efecto.

—Sí —responde tajante—. Desnudarme no es lo único que sé hacer. —Acto seguido se acerca a mí y apoya las manos en la puerta, a los lados de mi cabeza. Su tono baja hasta convertirse en un susurro, pero aun así su voz conserva la dureza—. Aunque no me importaría... ya sabes... un revolcón rápido. Eso se me da realmente bien.

Trago saliva y evito pensar en lo que me está proponiendo. No aparto la vista de sus ojos, que han perdido la calidez que tenían hace un momento.

—No.

—El otro día parecía que te lo pasabas bien, pequeña Lizzy.

—He dicho que no.

Lo aparto y salgo del servicio a la carrera por dos motivos fundamentales: evitar arrepentirme y lanzarme en sus brazos, y que su proposición estaba cargada de malicia y no de deseo.

Y lo peor es que me siento como una imbécil por haber provocado dicho cambio.

OLIVER

Permanezco un momento inmóvil en mitad del servicio. Echo un vistazo a mi reflejo en el espejo y hundo la mano en mi pelo para revolverlo, un tic muy propio de mí cuando estoy enfadado. La verdad es que me siento como un gilipollas por haber esperado una respuesta distinta de Lizzy. A veces, cuando estoy en el campus, olvido de dónde provengo y lo difícil que es que alguien que me conozca vea en mí algo más que un tipo que se dedica a desnudarse por dinero. El problema es que no me conoce en absoluto; ni ella, ni las tías que acuden cada noche a disfrutar del espectáculo, ni nadie. No creo que ni siquiera yo mismo sepa quién soy.

Estoy harto de esta ciudad, de los mismos rostros y los mismos sitios, pero la único que me separa de una nueva vida es acabar mis estudios y marcharme de aquí en busca de la oportunidad de hacer algo diferente. Y eso es todo en lo que debería concentrarme.

Sin embargo, cuando abandono el servicio continúo molesto.

Observo a Lizzy esquivar a varios estudiantes mientras avanza por el pasillo y, a pesar de que ha dejado claro que su opinión no es diferente a la del resto de la gente, no puedo evitar seguir sus pasos desde la distancia. Se mete en una de las aulas y la curiosidad me puede. A mitad de camino, Chace, mi único colega en el campus, aparece a mi lado.

—No parecía muy contenta —señala—. Estás perdiendo encanto, tío.

Me lanza mi mochila y sonrío ufano. En la facultad muy pocas personas saben cómo me gano la vida y Chace es uno de ellos. Aunque inicialmente me valió bastantes burlas por su parte, tras una noche de borrachera en la que nos liamos a puñetazos, el asunto quedó zanjado. Es un buen tío, solo que tiene una boca demasiado grande y cierta tendencia a abrirla cuando no debe.

—Solo es... —Dudo unos instantes—. Ya sabes... Nada importante.

—Nunca son importantes —replica, empujándome para meterme en clase.

Y me doy cuenta de que tiene razón. Nunca he dado demasiada importancia a las chicas que han pasado por mi vida. No sabiendo lo que sé y viendo lo que he visto. Mientras algunos de mis amigos se cuelgan como imbéciles de cualquier tía que se les ponga por delante, yo prefiero no dejarme arrastrar por historias que no llevan a ninguna parte. No necesito que alguien

finja que se preocupa por mí, me haga necesitarla y luego desaparezca. No se puede perder lo que no se tiene.

—No, nunca lo son.

—Tiene buenas piernas. Pero no creo que puedas tirarte a Elizabeth.

Me detengo antes de llegar a nuestros asientos y Chace choca contra mi espalda.

—¿La conoces?

—Es la adjunta del profesor de Economía —explica—. Se rumorea que tienen un lío, aunque en la facultad nunca se les ve en plan cariñoso. Se dice de ella que no pasa una a sus alumnos y que es bastante estirada.

Chace pierde interés en nuestra conversación en cuanto Kennedy, una rubia que lleva persiguiendo desde el curso pasado, cruza la sala y va a sentarse en primera fila. Mi amigo se pasa la mano por el pelo en un intento de domar los salvajes rizos castaños de su melena y se marcha en su dirección. Niego con la cabeza al ver cómo se inclina y le susurra algo al oído. Es probable que con su labia y sus modales encantadores consiga llevársela a la cama más tarde o más temprano, aunque cuando lo logre ya no le parezca tan atractiva. Chace es así. Pero Kennedy es su reto.

Sonrío al comprender que puede que la pequeña Lizzy se haya convertido en el mío.

Será divertido, me digo y, sin esperar un segundo, me doy la vuelta y salgo de clase.

«Veamos cómo aguanta la presión la profesora Elizabeth».

LIZZY

Odio tener que enfrentarme sola a una clase. En realidad, Mike debería estar aquí haciendo su trabajo y mi presencia servir únicamente de apoyo, pero la reunión mensual con el Decano se ha convertido en la excusa perfecta para abandonarme a mi suerte frente a sus alumnos.

Mi paciencia se esfuma por completo cuando, a mitad de la sesión, *dedos mágicos* entra en el aula y toma asiento en la última fila.

«Deja de usar ese apodo con él», me reprendo, porque el alias consigue que mi mente se pierda en el momento exacto en que se ganó ese sobrenombre.

Me aclaro la garganta y trato de aparentar desinterés.

—Usted —le señalo—, no está permitido el acceso a alumnos no matriculados en esta asignatura y menos aún interrumpir una clase.

Las cabezas de los alumnos se giran para comprobar a quién me estoy dirigiendo y él les dedica una sonrisa, satisfecho con la atención que está recibiendo. Me cruzo de brazos a la espera de que abandone el aula, pero no hace ademán de levantarse.

—¿Me ha oído?

Asiente, sin dejar de sonreír.

—Mis oídos funcionan a la perfección.

—Pues largo —le digo, sin poder evitar perder la compostura.

El resto de estudiantes asiste divertido a nuestra pequeña disputa. Escucho risitas, pero no les presto atención. ¿Por qué demonios no se marcha de una vez?

—El otro día no parecías tan interesada en perderme de vista —suelta, reclinándose contra el respaldo de la silla.

Los murmullos aumentan de volumen. La cara me arde, no sé si por vergüenza o debido a la ira que ha comenzado a arremolinarse en mi estómago. ¿Cómo se atreve?

Aprieto los labios mientras busco una respuesta adecuada a su insinuación.

—Señor...

—¡Por fin vas a preguntarme mi nombre!

Más risitas.

Avanzo con decisión por el pasillo lateral.

—¡Fuera! —le ordeno al llegar hasta él, intentando controlarme para no

acabar de perder los estribos del todo.

Se limita a tenderme un papel y su tranquilidad empeora aún más la situación. Me pregunto en qué estaba pensando la otra noche al liarme con él, solo para darme cuenta de que no estaba pensando en absoluto.

Echo un rápido vistazo al folio, un impreso con la firma del profesor titulado de la asignatura, es decir, de Mike, en el que autoriza la inscripción a su clase de un tal Oliver Hunt.

¿Oliver? ¿Es así como se llama?

Mi enfado supera el cosquilleo extraño que me provoca el hecho de conocer por fin su nombre. No entiendo por qué Mike ha accedido a admitirlo una vez pasado el periodo de admisiones ni cómo ha conseguido hablar con él y convencerlo en apenas media hora que llevamos de clase.

—Señor Hunt, acompáñeme al pasillo un momento, por favor —repongo, y, aunque podría parecer una petición educada, mi tono deja claro que no tiene otra opción que obedecer.

No se molesta en apresurarse a cumplir la orden. Se toma su tiempo para levantarse e intercambia conmigo una larga mirada antes de dirigirse a la entrada. Sus ojos parecen atravesarme y un escalofrío recorre mi espalda, provocándome un estremecimiento.

—¿Qué demonios está haciendo, señor Hunt?

—¿Ya no nos tuteamos? —replica él, una vez en el pasillo.

Inspiro con esfuerzo e ignoro la diversión que refleja su voz.

—No puedes asistir a mi clase —le repito, aunque en realidad sí que puede. Agita la autorización de Mike frente a mi cara y sonrío, ufano, y a punto estoy de arrancársela de las manos y convertirla en una pequeña montaña de pedacitos de papel—. Ni siquiera creo que tengas el nivel...

La expresión de su rostro se torna algo más sombría y su sonrisa desaparece.

—Mi expediente académico dice otra cosa —replica, mucho más formal—. Además, siento tener que ser yo el que te lo diga, pero no es *tu* clase sino la del profesor Harris. Tengo nivel más que suficiente y él así lo ha considerado. No me importa lo que digas al respecto.

Suspiro una vez más. No he querido decir que no fuera lo suficientemente inteligente como para aprovechar las clases que imparte Mike o superar sus exámenes, pero la asignatura está enfocada a estudiantes que cursen tercero o incluso cuarto, y él parece estar en su segundo año de universidad.

—Lo siento —me disculpo, porque me temo que, por segunda vez en el mismo día, he herido sus sentimientos—. No dudo de tu capacidad, pero esta clase es para alumnos más avanzados.

La dureza de su expresión apenas si se suaviza, aunque sus músculos parecen perder parte de la tensión. Avanza un paso, invadiendo mi espacio personal, y sus comisuras se curvan con cierta malicia. Baja la barbilla hasta que sus ojos grises tropiezan con los míos.

—Soy perfectamente capaz. La cuestión, Lizzy, es si lo eres tú. —Abro la boca para protestar, pero se me adelanta—. Si lo de la otra noche no significó nada, tal y como quieres aparentar, no te importará que asista a esta clase, ¿verdad?

Soy consciente del desafío implícito en cada una de sus palabras, pero, en cierta medida, tiene razón. No hay motivo para que no pueda formar parte de los estudiantes de Mike; no soy yo la que está comprometiendo su expediente académico ni debería preocuparme por ello. Lo sucedido el fin de semana fue solo un error. Me dejé llevar más de la cuenta, animada por Triz y por el alcohol que corría por mis venas, sin olvidar el rencor acumulado después de la humillación a la que me ha sometido Mike.

—Está bien, Oliver —admito, dirigiéndome a él por su nombre esta vez—. Pero no admitiré ninguna otra salida de tono. Si vas a ser un alumno más, compórtate como tal.

Él asiente, y el movimiento de su cabeza, tan cercana a la mía, consigue que su aroma flote hasta llegar a mí. El recuerdo de sus manos recorriendo mi cuerpo me asalta con tanta intensidad que es como si sus dedos estuvieran de nuevo deslizándose por mi piel.

—De acuerdo, ¿señorita...?

—Lodge, Elizabeth Lodge —le aclaro—. Pero puedes llamarme Lizzy —añado, aturdida por su cercanía.

No hay contacto alguno entre nuestros cuerpos y, sin embargo, percibo el calor del suyo con claridad. Cuando me quiero dar cuenta estoy imaginándome abordando sus labios y haciendo mía esa medio sonrisa provocadora.

—Pensaba que no me lo pedirías nunca —repite él, retrocediendo y rompiendo el hechizo del momento—. Te llamaré, Lizzy. Puedes estar segura de ello.

OLIVER

Me mantengo en silencio el resto de la clase, sin perder de vista a Lizzy. Mis ojos persiguen su figura mientras va y viene de un lado a otro de la tarima, y estoy seguro de que percibe mi mirada clavada en ella. La evidente reticencia que despierta en ella mi presencia aquí no hace más que aumentar mi deseo de cursar esta asignatura. De igual forma, no soy tan estúpido como para matricularme con el único objetivo de perseguir a una chica. En realidad, forma parte de mi rutina académica, solo que de la del año siguiente. El profesor Harris se opuso en un principio cuando le planteé la posibilidad de adelantarla, pero logré convencerlo al mencionar mis logros y las inmejorables calificaciones que he obtenido hasta ahora. Si bien, me dijo que lo comprobaría.

Por mí puede comprobar todo lo que quiera. Cuando te has marcado una meta y tu estímulo es conseguir una nueva vida, no hay opción a desaprovechar cada hora del día disponible para lograrlo.

Al finalizar la hora, abandono la clase con discreción y me encuentro con Chace en el exterior del edificio.

—¿Dónde te has metido?

—Me he matriculado en la clase de Harris —señalo, mientras nos encaminamos hacia mi moto.

Él agita la cabeza, negando.

—¿Más asignaturas? Tío, no sé cómo demonios lo haces.

—Estudiando, Chace. Estudiando mucho.

No soy un cerebritito y tampoco tengo una mente especialmente brillante, pero procuro tener la nariz metida en algún libro siempre que no estoy quitándome la ropa, ya sea por trabajo o por placer. Chace, en cambio, es más del tipo de estudiante de última hora. Eso es lo único que nos diferencia. Claro que él tiene el futuro asegurado en la empresa de su padre mientras que yo ni siquiera sé cómo se llamaba el mío.

—Y tu repentino interés por esa clase no tiene nada que ver con Elizabeth, ¿verdad?

Exhalo una carcajada. Para él todo está relacionado con algún lío de faldas, aunque en esta ocasión lleva parte de razón.

—Solo es un aliciente más —me defiendo—. Iba a cursarla más adelante de

todas formas.

—Y si ya de paso puedes descubrir qué esconde la adjunta del profesor bajo la ropa, mejor que mejor...

Me guardo para mí que lo que Lizzy esconde debajo de su ropa ya lo he visto. En realidad, por algún motivo que no alcanzo a comprender, empieza a interesarme qué hay bajo su piel, y eso es más desconcertante todavía. No parece más que otra de esas tías estiradas y repletas de prejuicios, de las que te miran por encima del hombro y se sienten superiores solo por haber tenido las cosas mucho más fáciles que tú. Pero quizás sea eso lo que resulta tan estimulante: la posibilidad de darle una lección y que comprenda lo poco fiables que son las apariencias. Un desafío. Solo un reto más.

—No sé si será muy buena idea rondar a la novia de tu profesor —señala Chace, aunque es consciente del escaso respeto que suelo mostrar por las formalidades.

—No la estoy rondando.

Ahora el que ríe es él.

—Sí, tío, la estás acechando como un jodido buitre.

—¿Quieres decir como tú con Kennedy? —repongo, y él asiente sin dejar de sonreír.

Le quito el candado a la moto y me incorporo justo a tiempo para ver a Lizzy atravesar la puerta delantera. Casi parece estar escapando de algo, o de alguien, dado lo apresurado de sus pasos. Nuestras miradas se cruzan y durante un instante sus movimientos se vuelven más lentos. Alzo la mano en la que tengo el casco a modo de saludo y aprovecho el momento en el que pasa frente a nosotros para hablarle:

—¿Te llevo a algún sitio?

La risa ahogada de Chace, a mi lado, no se hace esperar.

Lizzy se detiene, en apariencia desconcertada por mi propuesta. Quizás acepte... Pero, acto seguido, ladea levemente la cabeza para luego apretar los labios y negar.

—No me importa —añado, brindándole una de mis mejores sonrisas, aunque no parece tener demasiado efecto sobre ella—. Me pilla de paso.

—No sabes a dónde voy.

Me encojo de hombros. Siempre es un placer dar una vuelta con la moto y no tengo nada que hacer hasta por la noche, salvo estudiar. Llevo las clases al día, aunque voy a tener que apretar un poco con la de Harris si no quiero

quedarme atrás.

Chace, carente de pudor y de sentido del ridículo, comienza a imitar el graznido de un buitre. Mi mano le alcanza en la nuca antes de que pueda hacer nada por evitarlo. La mirada de Lizzy alterna entre ambos hasta que finalmente se concentra en mí.

—¿Podemos hablar un momento? A solas —aclara, muy seria.

Me siento tentado de decirle que está muchísimo más guapa cuando sonrío, pero decido callarme, consciente de que no está para bromas.

—Chace.

—Me largo —repite este, captando la poco sutil indirecta—. Pásate por casa luego y vemos el partido juntos.

Conozco a Chace desde que empecé a estudiar en la universidad. Siempre me invita a ver cualquier partido de fútbol americano que televisen y siempre declino la oferta. No entiendo por qué sigue haciéndolo. Los deportes nunca me han interesado demasiado. Aun así, asiento solo para que se marche cuanto antes.

—No voy a ir contigo a ninguna parte —me espeta Lizzy, conforme nos quedamos a solas.

Mis cejas se arquean en respuesta. Confieso que no estoy acostumbrado a que me rechacen de forma tan brusca.

—Está bien —asumo, sin darle pista alguna de lo molesto que eso resulta.

Me pongo el casco y me giro para subirme a la moto, pero en el último momento me vuelvo para encararla de nuevo.

—¿Es por Harris? Se dice por los pasillos que él y tú tenéis algo más que una simple relación laboral.

En realidad, no es asunto mío, pero no puedo evitar preguntar. Lizzy se envara en cuanto menciono al profesor, y lo siguiente que sé es que está rodeándome la muñeca con los dedos y muy, muy cerca de mí.

—Entre Mike y yo no hay nada —señala, y no se me escapa que lo llama por su nombre de pila— y, aunque lo hubiera, no soy alumna suya. Estoy a punto de graduarme y él ya no me da clases —insiste.

Ambos sabemos que, aun así, mientras esté estudiando en la universidad, una relación entre un profesor y ella no estaría bien vista por el rector. Tal vez por eso no se exhiben demasiado en el campus o quizás su relación no sea más que un rumor malintencionado. Lo que queda claro es que, si están juntos, no me extraña que le ponga nerviosa lo que sucedió entre nosotros el fin de semana.

—Así que hay una chica mala ahí dentro —la pico, a sabiendas de que podría estar equivocándome—, una que se lía con su profesor y después le pone los cuernos...

Esboza una mueca al escucharme y parece cabrearse aún más.

—No es mi profesor —repite, lo cual resulta de lo más clarificador.

—¿Te das cuenta de que has preferido defender su reputación antes que la tuya?

Repite esa mueca extraña, apretando los labios y cerrando los ojos durante un breve instante.

—Es un cabrón estúpido —replica, y escupe las palabras con cierta saña, sorprendiéndome.

En ese momento parece darse cuenta de que sus dedos están todavía rodeando mi muñeca y me suelta. Me desprendo del casco y lo coloco sobre el asiento de la moto.

—No estamos saliendo. Ya no. No lo estábamos cuando tú y yo...

¿Se acaba de ruborizar? Sus mejillas han adquirido un intenso tono escarlata y estoy seguro de que, si pusiera la mano sobre ellas, su piel ardería bajo mi palma. Reprimo el impulso de comprobarlo por muy poco.

—Entonces no hay nada de malo en lo que hicimos —le digo, porque no cabe duda de que está pasando un mal trago.

Pero ella niega una vez más.

—Soy tu... profesora.

—No es tu clase —rebato, y ahora soy yo el que se está repitiendo.

—Da igual, no volverá a pasar.

La decepción debe reflejarse en mi expresión porque Lizzy amaga una sonrisa, diría que... ¿triumfal? No debe estar tan arrepentida como quiere hacerme creer.

Pero no seré yo el que se quede sin respuesta.

—Bien. Eres la adjunta de Harris —afirmo, señalando lo evidente—. Tienes que ayudar a sus alumnos y yo necesito tu ayuda para ponerme al día. He perdido un par de semanas de clases.

Su sonrisa se esfuma de una forma tan dramática que a punto estoy de soltar una carcajada. Tras unos segundos de duda, se alisa la falda con formalidad y luego levanta la barbilla para mirarme a los ojos.

—Haré lo que esté en mi mano para que no te retrases.

—¿Eso implica quedar para estudiar en mi dormitorio? —respondo,

reprimiendo la risa.

Tengo por costumbre estudiar solo, pero no me importaría hacer una excepción por ella. Seguro que resulta de lo más interesante.

—No soy de las que tropieza dos veces en la misma piedra, Hunt.

—Así que no vas a volver con Harris.

La conversación se ha convertido en toda una batalla dialéctica, ninguno está dispuesto a que el otro diga la última palabra.

—No es asunto tuyo. Pero no, no voy a volver con él ni me voy a liar contigo de nuevo.

—Lo segundo está por ver.

Cuando me doy cuenta, Lizzy vuelve a sonreír y... ¡Oh, joder! Tiene una sonrisa preciosa. Sus comisuras se curvan y su rostro se transforma por completo. Incluso sus ojos se llenan de luz.

—Lo único que vas a ver es la montaña de ejercicios de economía que vas a tener que hacer —se ríe.

Da media vuelta y se aleja andando por la acera, y el balanceo de sus caderas me distrae de tal forma que, cuando por fin atino a reaccionar, ya está demasiado lejos.

Lizzy Lodge uno, Oliver Hunt cero.

LIZZY

—He perdido la cabeza.

Triz y yo hemos quedado para comer. Dado que está en su último año de Medicina, pasa más tiempo en el hospital que en la facultad o en casa, y apenas si logramos coincidir. Al menos una vez a la semana me acerco al hospital, comemos juntas y aprovechamos para cotillear y ponernos al día.

Triz niega mientras que, con el tenedor, lleva la comida de un lado a otro del plato. Hoy tiene un día complicado y nos hemos conformado con almorzar en la cafetería del hospital.

—Me he puesto a gritar como una loca delante de todo el mundo — prosigo, recordando lo sucedido esta misma mañana.

—No seas tan dura contigo misma, Lizzy. Acabas de dar por terminada una relación de varios años con un capullo que se lió con otra...

—Y yo voy y me enrollo con un desconocido que ha resultado ser uno de mis alumnos —la interrumpo, pero ella resopla.

Levanta las manos y alza la mirada hacia el techo.

—Te lo tomas todo demasiado en serio. ¡Todos hemos tenido rollos de una noche! —exclama, y le advierto con la mirada que baje la voz—. Mira... Te lo pasaste bien, ¿no es así? Pues no le des más vueltas. No puedo creer que tengas tú más remordimientos que los que debería tener Mike. No hiciste nada malo. Es más —agrega entusiasmada—, creo que te vendría bien perder la cabeza más a menudo. Estamos en la universidad, ¡por el amor de Dios! Es la época perfecta para desmelenarse y cometer locuras, y tú estás ya en tu último año. ¿Qué ha sido de la Lizzy que llegó aquí queriendo comerse el mundo? ¿Vivir nuevas experiencias? —Hace una breve pausa para recuperar el aliento—. ¿Puedo ser sincera contigo?

—Ya sabes que sí —replico, aunque algo me dice que puede que no me guste lo que Triz tiene que decir.

Exhala un suspiro y apoya los codos en la mesa, inclinándose en mi dirección.

—Desde que empezaste a salir con Mike te has vuelto... aburrida —afirma, con expresión culpable, y yo no puedo evitar indignarme, pero no me da opción a replicar—. Quizás esa no sea la palabra, pero tú ya me entiendes. Sé que

apenas os llevabais unos pocos años y que la diferencia de edad no tiene por qué ser un problema, pero es que, en tu caso, te has olvidado de que esos alumnos no son tus alumnos y sus responsabilidades tampoco lo son. Son solo tuyas. Has dejado de hacer las cosas que realmente te gustan, Lizzy. ¿Qué me dices del Silver's? Ya nunca vas allí y te encantaba. Oh, por Dios, si se me siguen poniendo los pelos de punta cuando te escucho cantar en la ducha.

Al mencionar el local al que solíamos acudir en nuestro primer año, una especie de bar-karaoke en el que suele haber actuaciones en vivo algunas noches y en otras permiten al público cantar, se me escapa una pequeña sonrisa. Nunca he pensado en dedicarme de forma profesional a la música. Provengo de una familia de lo más humilde en la que conseguir un trabajo y, con ello, asegurarte comida en la mesa y un techo bajo el que dormir es la máxima prioridad; no hay mucho espacio para ese tipo de sueños. Además, no soy tan buena. Pero Triz no va desencaminada. Cantar siempre ha representado una válvula de escape, una afición que me ha reportado multitud de momentos inolvidables, y hace mucho que la dejé de lado en favor de esa parte de mí más práctica y formal.

—Podemos ir cualquier noche —señalo, y, por su expresión, sé que se está planteando comenzar a zarandearme.

—Sabes que no me refiero a eso. Me refiero a ti, a las cosas que te hacen feliz. Mike no es una de ellas. Ya está dicho.

Se recuesta contra el respaldo de su silla y se cruza de brazos.

—No voy a volver con Mike.

—Entonces deja de preocuparte más por él que por ti. Si corren rumores por la facultad sobre lo vuestro, deja que sea él el que lidie con ello. —Ahora sí, sonrío de forma maliciosa, más cercana a la Triz de siempre—. Y ya que estás, dale una oportunidad a tu *stripper*.

—No es nada mío —me apresuro a aclarar, provocando un nuevo resoplido.

—Pues ojalá lo fuera mío. Si no estuviera con Marcus... ¡Señor, si es que ese tío está demasiado bueno para ser de verdad!

No hace falta que me explique qué sería del pobre Oliver si no tuviera pareja. Triz siempre ha sido de las que va a por todas. Me pregunto en qué momento dejé de ser como ella.

—Puede que tengas algo de razón —admito a regañadientes—. Pero no voy a liarme con Oliver ni con nadie —añado con rapidez, antes de que malinterprete mis palabras.

—Te vas a hacer vieja antes de tiempo —se ríe, y empuja la bandeja de comida hacia delante, alejándola de ella—. Y ahora vayamos a por un par de esos grasientos y deliciosos perritos calientes que venden a dos calles de aquí. No soporto la comida del hospital.

Abandonamos el almuerzo y recogemos nuestras cosas tan rápido que la gente que nos rodea nos observa con curiosidad, tal vez crean que se trata de algún tipo de urgencia médica. Puede que sea así, puede que mi vida necesite de una intervención inmediata.

OLIVER

—¿Encontraste a tu muñequita? —inquire Jeip, desde detrás de la barra.

Es como una vieja cotilla. No hay nada que suceda entre los muros de este local de lo que no tenga conocimiento, me sorprendería que no supiera que Loren me pilló en su despacho con Lizzy. Apuesto a que está esperando el momento menos adecuado para soltarlo y dejarme en evidencia.

—Tiene nombre —replico, aunque no se lo digo. Cuanto menos sepan en este antro de ella, mejor que mejor.

A pesar de su afán por conocer cada secreto de este lugar, me fío de Jeip.

Somos amigos desde que puse un pie aquí por primera vez y siento el mismo aprecio por Loren que yo, pero hace mucho tiempo que aprendí a guardarme para mí todo lo concerniente a mi otra vida.

—Seguro que sí —repite él, mientras apila vasos y coloca copas con diligencia.

Las noches entre semana siempre son bastante tranquilas. Ni siquiera debería estar aquí, solo trabajo los viernes y sábados, y no es que me apetezca demasiado verle la cara a Loren. Sin embargo, tengo un buen motivo para querer hablar con él.

—Así que quieres reducir tu jornada —comenta Jeip, con una sonrisa—. Buena suerte con eso. No creo que Loren lo permita y ella mucho menos — agrega, y ambos sabemos de quién está hablando sin que sea necesario mencionarla.

—Debería bastar con el pase de los sábados. Es cuando más gente viene.

—No lo creo, Oliver —interviene una voz femenina.

Giro hasta quedar de espaldas a la barra y me encuentro con la última persona a la que desearía ver.

—Vanessa —saluda Jeip, antes de escabullirse lejos de las garras de la propietaria del Archer.

En realidad, Vanessa es tan solo la mujer de Alan Fox, el verdadero dueño. Si bien, dado que él presta más atención a sus otros muchos negocios, ella ejerce sus funciones de tirana con el mismo brío con el que lo haría su marido, además de disfrutar de las *ventajas* de estar al mando.

—Loren estará de acuerdo —argumento, aunque sé que me va a costar

convencerlo—. Francis y Leo pueden cubrir de sobra la noche del viernes y son tan buenos como yo.

Ella niega.

—Ninguno de ellos es como tú.

—No les hace falta ser yo para quitarse la ropa frente a un grupo de mujeres que solo quieren divertirse un rato.

Eleva las cejas con su característica elegancia, aunque yo solo veo a una víbora dispuesta a atacar e inyectarle el veneno a su presa. Apoya su mano sobre mi pecho en un movimiento repleto de intención, pero se las arregla para que cualquiera que nos observe piense que la ha colocado ahí por descuido.

—Sí que hace falta que seas tú, Oliver. —Hasta mi nombre en sus labios se convierte en algo sucio.

—Tengo que estudiar —replico, sujetando sus dedos y apartándolos con idéntica naturalidad—. Este semestre es complicado para mí.

Jugármela a esa carta, descubriendo lo importante que es para mí la universidad, es arriesgado, pero conforme avanzan los minutos y paso más tiempo frente a ella, la desesperación se adueña de mí sin que pueda hacer nada por evitarlo. Esquivar a Vanessa, huir de sus artimañas, se ha convertido en todo un arte.

Sus carcajadas así lo demuestran.

—¿Todavía crees que puedes abandonar esta vida? Te has criado aquí. Esto es lo que eres.

—Lo sé —miento, y, en silencio, me repito que soy mucho más que la mierda que me rodea.

Sus ojos verdes podrían resultar reconfortantes si no fuera por la frialdad que desprenden. Su altivez y el desprecio con el que trata a todo el personal no son más que una pequeña muestra de lo manipuladora que puede llegar a ser. No me extraña que Alan le deje *jugar* a ejercer de jefa; se le da realmente bien.

El chantaje de Loren para que continúe trabajando para él no es lo único que me ata a este lugar, y Vanessa es consciente de ello. De todas formas, la beca tampoco alcanza para cubrir todos mis gastos así que, de una manera u otra, estoy atado a este maldito trabajo. Pero no será ni mucho menos para siempre.

—Todo esto no será por una chica, ¿no? —tercia Vanessa, acortando de nuevo la distancia que nos separa.

Mi mirada se desvía a la esquina de la barra desde donde Jeip nos observa de forma discreta aunque evidente para mí. No creo que se haya ido de la lengua

y Lizzy tampoco es la primera chica con la que me ven por el club, pero no puedo evitar sospechar. Aunque si hay alguien que tenga todas las papeletas para haber hablado de más, ese es Loren.

Suelto una carcajada antes de contestar y retirarme fuera de su alcance. Sin embargo, las palabras que acuden a mis labios son muy diferentes de lo que podría haber esperado.

—Puede ser —le digo, solo para molestarla—. En algún momento tendré que sentar la cabeza, ¿no?

Ahora es ella la que ríe, y el sonido de su cinismo basta para revolverme el estómago.

—Dudo mucho que fueras capaz de mantener una relación con una sola mujer, Oliver. Seamos realistas. Pobre de la que se enamore de ti.

No le quito la razón. Cuando has aprendido que eres el único que se preocupa de tu propio bienestar y que los que te rodean se aprovecharán de ti si flaqueas, la sola idea de preocuparte por otra persona o confiar en ella se hace especialmente difícil. Ni siquiera tiene que ver con lo que hago. Al fin y al cabo, quitarse la ropa por dinero no es ningún delito.

—No eres de los que tiene novia —sentencia ella, acercándose de nuevo.

Una de sus manos recorre mi costado.

—Puede que te equivoques, Vanessa. Puede que siempre te hayas equivocado conmigo.

Retiro su mano, sin ninguna clase de ceremonia esta vez, y el gesto hace aparecer una arruga en la comisura de sus labios. A sus cuarenta y pocos años, Vanessa mantiene la apariencia de una mujer de treinta y pocos, pero su belleza, su larga melena oscura y el verde esmeralda de sus ojos, carece de brillo y atractivo. Supongo que los que la conocemos hemos aprendido a no dejarnos engañar por el hermoso envoltorio que cubre su podrido interior.

—Está bien. Tendrás el viernes libre —señala, y apenas puedo creer que haya sido tan fácil. Si Vanessa me da su visto bueno, Loren no tendrá nada que decir—, pero quiero conocer a esa chica. Tráela el sábado. Entonces podrás jugar todo lo que quieras a ser universitario.

Sin duda, mi expresión desconcertada me delata porque ella sonrío, satisfecha, antes de alejarse en dirección a la zona de empleados. El sonido de sus tacones repiqueteando contra el suelo me recuerda a un martillo golpeando los clavos de mi propio ataúd.

—¿Qué tal ha ido? —inquire Jeip.

No le he oído acercarse. Todo lo que sigo escuchando es la voz de Vanessa riéndose de mí y provocándome. Es tan consciente como yo de que, pese a todos los líos esporádicos que pueda tener, nunca estaré hecho para mantener una relación con ninguna mujer en su sano juicio.

—Creo que acabo de cavar mi propia tumba —le digo, y le hago un gesto con la mano.

No le cuesta comprender qué le estoy pidiendo. Apenas unos segundos después, hay dos chupitos de whisky sobre la barra. Nos los bebemos de un solo trago sin decir nada porque, en realidad, no hay nada que decir, no cuando se trata de Vanessa.

—Tengo que buscarme una novia —afirmo en voz alta.

Mi comentario provoca las carcajadas de Jeip que, de inmediato, agarra la botella y sirve una nueva ronda. A continuación, alza su vaso, aún riendo.

—Brindo por eso, Hunt.

LIZZY

—¡Ey, Lizzy! ¡Elizabeth! —Escucho que alguien me llama justo antes de atravesar la puerta del aula.

Me doy la vuelta despacio, muy poco a poco, concedora de a quién pertenece dicha voz, y, cuando mis ojos tropiezan con el señor *dedos mágicos*, mi cuerpo responde por sí solo a la provocación que representa su sonrisa. Se acerca a mí de forma tan apresurada que, al alcanzarme, su respiración es tan agitada como la mía. Solo que en mi caso no tiene nada que ver con el esfuerzo físico.

Durante unos segundos ninguno de los dos dice nada y el aire que nos rodeada parece volverse más denso. El silencio, aunque dura poco, nos envuelve y nos aísla del resto de alumnos que merodean por el pasillo a esa hora de la mañana.

—Necesito un favor —me dice, sin apartar la vista de mi rostro, y su sonrisa se amplía.

Estallo en carcajadas. No sé si se debe a los nervios, a la extraña tensión del momento o a que, para mi disgusto, no he podido dejar de pensar en sus malditos labios en los tres días que hace que no le veo. De alguna manera, el sabor de sus besos continua sobre mi lengua y el fuego de sus caricias no ha dejado de quemarme la piel desde nuestro fugaz encuentro. Está claro que la ruptura con Mike debe de estar afectándome más de lo que pensaba para que tenga que buscar semejante distracción.

—No —replico, poniéndome repentinamente seria.

Sí, definitivamente, estoy perdiendo la cabeza o desarrollando alguna clase de trastorno bipolar. A saber qué querrá pedirme...

Él pone los ojos en blanco y entrelaza su brazo con el mío, como si fuéramos dos viejos amigos.

—Es tu deber —señala, y, antes de que pueda reír de nuevo, añade—: Necesito que me ayudes a ponerme al día. Puede que me vaya a costar un poco más de lo que creía.

No sé lo que esperaba. Había olvidado por completo que, como adjunta de Mike, una de mis tareas es dar apoyo a sus alumnos y que ya había accedido a facilitarle a Oliver las pautas y ejercicios necesarios para recuperar las sesiones que se ha perdido.

Suspiro, resignada.

—Dame tu dirección de email. Te enviaré lo necesario.

Sus cejas se arquean, aunque toda mi atención se centra en la forma en la que su brazo se enreda con el mío y todos los puntos en los que nuestras pieles están en contacto.

—Estaba pensando en algo más... personal. Ya sabes, algún tipo de clases particulares —repite, y, no sé si son imaginaciones mías, pero juraría que me aprieta un poco más contra su costado.

Ladeo la cabeza, buscando su mirada, y me encuentro su rostro a apenas unos centímetros. La réplica ingeniosa que tenía preparada se pierde en algún lugar entre mi garganta y mi boca, y no llego a articular palabra alguna. Lo único que hago es observar la leve curva de sus labios entreabiertos.

—Hoy estás preciosa —murmura, y su aliento acaricia mis propios labios, y, mientras nuestras miradas se desafían, su mano se alza hasta alcanzar un mechón de mi pelo.

Desliza los dedos con lentitud hasta llegar a las puntas, provocándome un escalofrío. Me descubro deseando eliminar la distancia entre nuestras bocas, anhelando su sabor, y a punto estoy de ponerme de puntillas y ceder a ese deseo. Sin embargo, antes de que cometa una locura, alguien nos interrumpe.

—Señor Hunt. Señorita Lodge.

Me separo de Oliver de un salto, consciente de que se trata de Mike. Su mirada alterna entre ambos hasta que finalmente recae en mí. Su expresión es aún más seria que de costumbre, lo cual, por sí solo, resulta inquietante.

—Quédese al finalizar la clase —me dice, con ese tono autoritario que tanto odio y que siempre emplea en el campus para dirigirse a mí—. Tenemos varios temas de los que hablar.

El lunes pasado hui de la facultad y ni siquiera pasé por su despacho. No me encontraba con ánimos para enfrentarme a él. Pero está claro que hoy no voy a tener tanta suerte. No me cabe duda de que uno de esos temas a tratar será nuestra relación y no puedo evitar enfadarme. Si cree que su infidelidad va a ser uno más de los puntos del orden del día, no podría estar más equivocado. No hay nada que explicar ni de lo que hablar, ya tengo más información de la que querría. Una cosa es enterarte de que tu novio te engaña y otra muy diferente verlo con tus propios ojos.

—Está bien, señor Harris —replico, a sabiendas de que no pienso debatir sobre nada que no tenga que ver con las clases.

Entro en el aula y, aunque suelo sentarme en las primeras filas, me dirijo a la parte posterior y tomo asiento en una de los últimos bancos, junto al pasillo. No tengo intención de mostrarme muy participativa hoy. Cuanto más lo pienso, más enfadada estoy, y ni siquiera sé si es la primera vez que se lío con otra o ha ocurrido en más ocasiones. Planteármelo hace que me duela el pecho y me veo obligada a bajar la mirada para contener las lágrimas. Lo peor es darme cuenta de que no le conozco en absoluto, que su aparente rectitud no es más que una fachada. Que las palabras de cariño, cuando las había, tan solo eran una mentira. De repente Mike no parece más que un extraño y nuestra relación, una farsa.

Me enfado con él, con el mundo entero e incluso con Oliver, aunque sé que, en el fondo, con quién realmente estoy cabreada es conmigo misma.

—Lleváis al extremo lo de guardar las apariencias en el campus, ¿eh?

Oliver se sienta a mi lado mientras que Mike avanza por el lateral de la clase hasta llegar a la tarima. Esta hora se me va a hacer muy, muy larga.

—Ya te he dicho que no estamos juntos —murmuro, manteniendo el volumen de voz lo más bajo posible a pesar de que lo que realmente me apetece es ponerme a gritar.

Oliver arquea las cejas y su expresión divertida me dice que ni siquiera estaba hablando en serio. Se me escapa un suspiro antes de retomar la palabra.

—Estuvimos saliendo —le digo, suavizando el tono—, pero ya no lo estamos. Me extraña que ese cotilleo no haya alcanzado aún los pasillos.

—De todas formas, no te veo con un tipo como él —señala, y sus palabras despiertan mi curiosidad. Le interrogo con la mirada y no tarda en sacarme de dudas—. Eres demasiado pasional para alguien con pinta de ser un muermo.

El movimiento insinuante que le sigue a su afirmación deja claro que está haciendo referencia a nuestro encuentro del fin de semana, claro que eso es todo lo que conoce de mí. Menuda primera impresión... Tampoco es que pueda echárselo en cara, yo no dudé en juzgarlo al enterarme de su profesión. No sé en qué momento me he vuelto tan clasista.

Inspiro con pesadez, temiendo arrepentirme en el acto de lo que voy a decir, y le tiendo la mano.

—¿Una tregua? —inquiero, y él contempla mis dedos extendidos con suspicacia—. Te ayudaré con la asignatura.

Una sonrisa se asoma a sus labios con lentitud.

—Estás loca por mí, ¿no es así? —se ríe, y, a continuación, desecha mi

mano y me rodea con ambos brazos. Lo siguiente que sé es que mi pecho está contra el suyo y su nariz hundida en mi cuello—. Me encanta como hueles — murmura, y se aparta sin más, recolocándose en su asiento.

Ni los cuchicheos de algunos alumnos ni la voz de Mike reclamando la atención de la clase consiguen que vuelva la vista al frente y deje de mirarle, aturdida.

—Creo que eres tú el que está loco —farfullo, pero él continúa sonriendo y me guiña un ojo.

—Ya, bueno, pero ¿quién ha dicho que la locura sea un problema?

OLIVER

Esbozo una sonrisa y dirijo mi atención hacia Harris, que ya ha empezado a disertar desde la tarima. Mientras la clase avanza, Lizzy se mantiene en silencio y yo me dedico a garabatear en mi cuaderno, una costumbre de la que apenas soy consciente pero que parece despertar su curiosidad. Cada vez se inclina más en mi dirección y es obvio que trata de descifrar las anotaciones escritas en los márgenes de la hoja.

—¿Tolkien? —inquire, poco antes de que el timbre resuene en el pasillo indicando el final de la clase—. Tolkien —repite, esta vez más segura.

Le dedico una media sonrisa, satisfecho por su perspicacia y también, por qué no decirlo, por el hecho de que haya sido capaz de descubrir el autor de la cita que hay escrita en la parte superior de mi libreta. Sus ojos vagan por el resto del folio, su mirada escudriñando cada palabra, cada frase.

—Te gusta Tolkien —concluye, y no logro discernir si eso le provoca algún tipo de sentimiento.

Cierro la libreta con un golpe seco y mantengo mi mano sobre ella solo por si acaso.

—Solo es una manía —replico, sin saber por qué le estoy dando explicaciones, pero no tardo en añadir—: Una más de mis múltiples aficiones.

Mi sonrisa se transforma en una mueca cargada de provocación y ella parece estremecerse. Sin embargo, a pesar de que el resto de alumnos ya han empezado a abandonar el aula y ambos sabemos que eso implica un inminente encuentro con Harris, no hace ademán de levantarse.

—¿Todo tiene para ti una connotación sexual? —me dice, sin desviar la mirada de mi rostro—. Tengo la extraña sensación de que es de eso de lo que estás hablando.

—No lo sé. ¿Estamos hablando de sexo, Lizzy? ¿Sería tan malo de ser así? —agrego, sin permitir que conteste—. El sexo es divertido, no veo mal alguno en hablar de ello.

Sus cejas descienden y su expresión refleja cierta curiosidad, y comprendo que realmente está planteándose cuál será su respuesta. Sin embargo, solo obtengo más preguntas.

—¿Eso fue para ti lo que pasó entre nosotros? ¿Simple diversión?

No puedo evitar pensar en qué espera obtener de esta conversación, pero no titubeo un instante antes de replicar.

—Si no recuerdo mal, no fui yo el que más se divirtió la otra noche.

Mis labios tiemblan, reteniendo la risa que amenaza con brotar de mi garganta, y estoy seguro de que ella es muy consciente de que me estoy esforzando para no romper a reír. Sus mejillas enrojecen cuando comprende el significado de mis palabras y, probablemente, al recordar la sensación de mis manos sobre su piel, mis dedos perdiéndose dentro de su cuerpo.

—Elizabeth, tenemos que hablar. —La interrupción por parte del profesor Harris me fastidia en la medida en la que los ojos de Lizzy se desvían hacia él.

Los míos, en cambio, van hasta la puerta. Chace se ha asomado a través de ella, esperando que me una a él para la comida. Ladeo la cabeza y le indico que se adelante con un gesto apenas perceptible pero que entiende sin problemas. Siento demasiada curiosidad por la reacción de Lizzy. No parece demasiado predispuesta a hablar con su novio o lo que quiera que sea Harris para ella.

Permanezco entre ellos, Lizzy sentada junto a mí y el profesor de pie en el estrecho pasillo que lleva hasta la parte delantera de la clase. No me molesto en fingir desinterés.

—Elizabeth —repite él, cuando no obtiene respuesta.

Sin apresurarse, ella comienza a recoger sus cosas.

—Tengo los ejercicios de la semana pasada aquí —repone, rebuscando en su bolso—. Es lo único que teníamos pendiente, ¿no?

Me pregunto qué le habrá hecho Harris. Sin apenas conocerla soy capaz de detectar el tono frío y aséptico con el que se dirige a él, y, si de algo estoy seguro, es de que Lizzy esconde mucha pasión bajo su piel, latiendo en alguna parte de ese pequeño cuerpo. Muchísima pasión.

El profesor fija su mirada en mí.

—Señor Hunt...

—Oliver —le corrijo, y mi apunte parece distraerle unos segundos.

—¿Puede dejarnos a solas?

Echo un rápido vistazo a Lizzy, que me dedica una súplica silenciosa, pero tomo mi cuaderno y me pongo en pie.

—Espérame fuera —señala ella, al darse cuenta de mi intención de marcharme—. Podemos concretar las tutorías.

Mis cejas se arquean. Su desesperación deja claro que lo último que desea es quedarse aquí con Harris.

Sin saber muy bien por qué, me inclino sobre ella y deposito un beso en la parte alta de su sien, deteniéndome el tiempo suficiente como para aspirar el aroma que desprende su pelo. Lizzy permanece inmóvil, aunque es evidente que el gesto le ha sorprendido.

—Esperaré —le digo, y me aseguro de que Harris me escuche.

Le guiño un ojo y me encamino a la puerta sin prestarle atención al profesor.

LIZZY

Oliver abandona el aula con tranquilidad. Mantengo la vista fija en su espalda hasta que traspasa el umbral a pesar de que siento los ojos de Mike atravesándome. Solo cuando empieza a hablar traslado mi atención a su rostro.

—¿Estás con un alumno? —inquire, y el desprecio es evidente en su voz.

—No es *mi* alumno, es el tuyo, y has sido tú el que lo ha admitido fuera de plazo.

Le tiendo una carpeta con los ejercicios de la última clase, que debería haberle dado hace días si no fuera porque he estado rehuyéndole. Ni siquiera la mira.

—Tiene un expediente brillante, claro que lo he admitido.

Procuro no resoplar. Él siempre tan preocupado por el nivel de sus alumnos y lo que sus notas dicen de la clase de profesor que es; preocupado por todo menos por mí.

No digo nada, no tengo nada que decir.

Lanzo la carpeta sobre uno de los asientos y cruzo los brazos, a la espera, y él parece apartar a un lado el tema de Oliver de momento.

—Elizabeth... —Titubea, y comprendo lo que está a punto de decir incluso antes de que abra la boca de nuevo—. Podemos arreglarlo.

Me entran ganas de reír.

Me cuelgo el bolso del hombro y me encamino a la puerta. Me duele que las cosas tengan que terminar así y, sin embargo, con cada minuto que paso frente a él, mi interior se vuelve más y más frío. El dolor se mezcla con la rabia y no soy capaz de ver en él nada de lo que antes me atraía, como si, al descubrirle en aquella cama con otra, el hombre que yo conocía hubiera desaparecido por completo. Solo que no es así. Él sigue siendo Mike y yo no tengo ni idea de quién soy en realidad.

—Solo fue una vez —me dice, alzando la voz, y yo me detengo a pocos pasos de la puerta—. No fue más que una vez, no significó nada.

Giro sobre mí misma, la ira arremolinándose en la boca de mi estómago. Aprieto los puños hasta clavarme las uñas en las palmas de las manos.

—Eso es aún peor —replico, tan furiosa como decepcionada—. ¿Sabes? Podría haber entendido que te enamorarás de otra, que no tuvieras valor

suficiente para contármelo. Podría haber entendido que fueras un cobarde — señalo, dando un paso atrás, alejándome de él—. Lo que no puedo perdonarte es que traicionases mi confianza por un simple revolcón. ¿Solo fue sexo? ¿Crees que eso lo arregla todo? Tiraste a la basura nuestra relación para acostarte con otra... Solo espero que mereciera la pena.

Salgo de la clase de inmediato, pero la rabia que me ahoga no se disipa. Me trago las lágrimas que no estoy dispuesta a soltar y que, saladas, descienden por mi garganta quemándolo todo a su paso. Alguien me detiene y a punto estoy de golpearle con los puños, tal es la furia que siento.

—Ey, ey. ¿Estás bien?

La voz de Oliver carece del matiz provocador y desafiante que hasta ahora había empleado para dirigirse a mí. No le miro a los ojos, reacia a que descubra que estoy a punto de echarme a llorar. No sé por qué debería importarme, pero nunca me ha gustado mostrarme débil frente a nadie.

—Estoy bien —repito, esforzándome por mostrarme firme.

El silencio posterior a mi afirmación me obliga a levantar la vista hasta su rostro. Casi espero encontrarme con esa sonrisa condescendiente que no ha dejado de exhibir desde el momento en el que nos conocimos. Sin embargo, no hay rastro de ella. Su expresión es cautelosa y eso es suficiente para que comprenda que la mía debe resultar patética.

—No pasa nada —le digo, tras aclararme la garganta.

Sus dedos continúan en torno a mi muñeca, sujetándome con delicadeza, la presión justa para evitar que huya, y, aunque bastaría un leve tirón para deshacerme de él, no hago nada para soltarme.

Su mirada se enreda con la mía y escarba en mi interior, arañando la máscara superficial con la que he adornado mis ojos. Por un instante, me siento expuesta por completo ante él.

—Vamos, te invito a comer —se ofrece en un susurro. Empiezo a negar, pero él no tarda en acallar la protesta—. En pago por esas tutorías que tan amablemente te has ofrecido a darme.

Sus labios no se curvan, pero percibo una sonrisa en su voz.

Mis planes ahora mismo pasan por marcharme a casa de Triz, cambiarme de ropa y salir a correr como si el mundo estuviera en pleno apocalipsis y me persiguiera una horda de zombis hambrientos. Quemar las lágrimas mientras mis zapatillas golpean la gravilla del parque, subir el volumen de la música hasta que mi mente no logre formar ningún pensamiento coherente; correr y correr.

Me siento incapaz de sentarme frente a un plato de comida, encerrarme entre cuatro paredes y fingir que todo va bien. Me ahoga la sola idea de pensarlo.

Tras varios años de relación, Mike y yo decidimos irnos a vivir juntos cuando dio comienzo el nuevo semestre. Mi graduación era inminente y se suponía que su actitud reservada para conmigo en el campus sería cosa del pasado. Y, en cambio, lo único que conseguí fue descubrirlo en la cama con otra a las pocas semanas de instalarme en su casa.

No quiero siquiera plantearme cuántas veces o desde cuándo...

—¿Vienes? —insiste Oliver, y tira con suavidad de mí.

—No tengo hambre.

Sin embargo, me encuentro asintiendo y me dejo llevar por el pasillo.

El alivio me invade al salir al exterior. El sol me calienta la cara y las lágrimas que no he dejado salir desaparecen con su calor. Inspiro profundamente al tiempo que comprendo que he estado a punto de tener un ataque de pánico. Hacía mucho tiempo que no experimentaba esa sensación; la presión sobre el pecho, asfixiante, se diluye poco a poco, de una forma tan discreta como había aparecido.

Podría haber sido peor, podría haber tenido un ataque real, y esa idea basta para que me estremezca y mis manos acusen un ligero temblor.

Oliver se detiene junto a la entrada y echa un vistazo a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien entre los alumnos que van y vienen por esa zona del campus. Al girarse, una arruga profunda aparece en su frente y vuelve a acercarse a mí.

—¿De verdad estás bien? Estás muy pálida.

Asiento en un acto reflejo a pesar de que puedo imaginarme lo que están viendo sus ojos. El sudor frío que recorre mi espalda aumenta mi incomodidad. Inspiro una vez más y el aire fresco que entra en mis pulmones me ayuda a convertir la situación en algo más llevadero.

Oliver coloca su mano en la parte baja de mi espalda, temiendo quizás que vaya a desmayarme en cualquier momento, y ese gesto consigue hacerme reaccionar.

—Estoy bien —repito, humedeciéndome los labios secos—. Tú... ¿corres? —Sus cejas se arquean y la sombra de una sonrisa asoma a sus labios—. ¿Te gusta correr?

—No sin un buen motivo —replica, aunque mi pregunta parece divertirle.

—Necesito... Me vendría bien algo de ejercicio. —Me corrijo, porque

necesito suena bastante desesperado—. ¿Unas cuantas sesiones de tutoría son un motivo suficientemente bueno para correr?

Sus dedos se mueven de forma casi imperceptible sobre mi espalda y, de repente, soy demasiado consciente de ese contacto en apariencia inocente, aunque me da la sensación de que nada en Oliver es inocente.

—Depende de cómo acabasen esas tutorías —repite, recuperando su talante juguetón y descarado—. ¿Algún aliciente extra?

Por absurdo que resulte, su actitud consigue que me relaje un poco más y, darme cuenta de ello, hace que me plantee lo diferente que somos. No parece que Oliver tenga demasiadas preocupaciones, aunque tal vez ese sea otro de mis juicios erróneos, quién sabe.

Suspiro y busco su mirada, y, durante un instante, sus chispeantes ojos grises hacen que me olvide de lo que iba a decir.

—No va a haber nada más entre nosotros —afirmo, cuando consigo liberarme de su mirada cautivadora, y él amaga un falso puchero que casi consigue arrancarme una sonrisa—. Lo que pasó...

Con un rápido movimiento, sus dedos se posan sobre mi boca y me impiden concluir la frase. Desliza el pulgar por la comisura de mis labios y luego lo coloca bajo mi barbilla, sus ojos recorriendo el mismo camino que trazan sus manos.

—No hace falta que hieras mi ego —susurra, aunque me da la sensación de que no le importa en absoluto—. Lo pasado, pasado está. Y ¿sabes qué? —se inclina sobre mi oído y la calidez de su aliento me provoca un escalofrío—. Hace un momento, en la clase, te mentí. La otra noche me lo pasé tan bien como tú, puedes estar segura de ello.

OLIVER

Arrastro a Lizzy hasta el otro lado de la calle, en dirección a la cafetería donde tengo por costumbre almorzar. Creo que me lo permite porque lo que sea que ha pasado con Harris la ha dejado demasiado afectada como para oponer resistencia.

Mientras buscamos una mesa libre, siento un tirón en la mano.

—Ya puedes... soltarme.

Bajo la mirada. Mis dedos continúan enredados con los suyos. Al azar la vista parece aún más incómoda que antes. Pienso en decirle que hace un momento parecía a punto de desmayarse y que ese es el motivo por el cual la he agarrado, pero decido no justificarme.

Aparto la mano de ella.

—¿Mejor así? —inquiero, arqueando las cejas.

Asiente y se alisa la falda, un gesto que repite cuando se pone nerviosa, y me sorprende haberme dado cuenta de ello; no soy de los que se fija en ese tipo de detalles.

—Hay una mesa en el fondo —comento, y señalo por encima de su hombro—. ¿Qué tal si comemos algo como dos personas civilizadas y me cuentas qué ha sucedido ahí dentro? Luego puedes volver a odiarme si quieres.

No tengo ni idea de por qué me estoy ofreciendo a ser su paño de lágrimas, pero tiene aspecto de necesitar hablar con alguien.

Lizzy titubea unos segundos y exhala un suspiro que parece arrancarle del pecho algo más que aire.

—No te odio —admite entre dientes, y yo no puedo evitar reírme.

—Venga, comamos algo. Con el estómago lleno verás todo de otra manera, incluso puede que decidas que sí que me odias.

El comentario le arranca una sonrisa tímida que transforma por completo su expresión. Mis ojos se deslizan por su rostro aniñado y terminan fijos en la curva superior de sus labios. Tiene una peca de un tono muy suave, apenas imperceptible, justo en el borde. Durante un instante me quedo contemplándola ensimismado como si fuera lo más fascinante que he visto jamás. A saber el tiempo que habría continuado observándola si no fuera porque Lizzy da media vuelta y se encamina a la mesa. Mi mirada desciende entonces por su espalda

hasta una zona mucho menos noble...

A mis labios asoma una sonrisa.

—Martes y viernes —me suelta, en cuanto tomo asiento—. Tengo libres dos horas a media tarde y puedo ayudarte mientras te pones al día.

Directa al grano. No se anda por las ramas, pero salta a la vista su intención de eludir el tema de Harris. No seré yo el que eche más sal en esa herida.

—No sé si voy a poder los viernes.

Ella se encoge de hombros.

—No es mi problema.

Me recuesto contra el respaldo de la silla y cruzo los brazos, aunque no pierdo la sonrisa. Nos miramos en silencio durante varios minutos, ninguno parece dispuesto a dar su brazo a torcer. Es cabezota, de eso no me cabe duda, y tengo que admitir que me gusta.

—Eres tú el interesado —me dice, cuando se cansa de esperar—. Tendrás que adaptarte.

—Pensaba que querías que hiciésemos algo de ejercicio juntos en pago por tus servicios —replico, inclinándome sobre la mesa y bajando la voz—. Esto debería ser una negociación.

Ladea la cabeza, condescendiente.

—Puedo salir a correr sola. Tú no vas a tenerlo fácil para aprobar sin mí.

—Así que te has convertido en alguien indispensable en mi vida —repongo con sarcasmo.

Antes de que le diga que hace mucho tiempo que no necesito a nadie para sobrevivir, el camarero se acerca e interrumpe nuestra charla. La tregua dura lo justo para que pidamos la comida.

—Puedo arreglármelas para aprobar sin ayuda.

Ahora es Lizzy la que sonrío.

—No lo dudo. Pero sí que me necesitas para sacar una buena nota y, si tienes un expediente tan impresionante como dices, me apuesto lo que sea a que no te conformarás con un simple aprobado.

A pesar de su tono desafiante, me obligo a no contestar de inmediato. En realidad, no le falta razón.

—El viernes por la noche trabajo, al menos de momento —admito, por fin—. Podría quedar después de comer.

Ella niega, pero no dice nada, y me da la sensación de que está sopesando sus siguientes palabras.

—¿Qué tal el sábado? —propongo, y suelta una carcajada.

—Ni lo sueñes.

Permanezco inclinado sobre la mesa y observo su rostro, preguntándome qué hará una chica como ella en su tiempo libre; no parece de las que asisten a las fiestas de las fraternidades. En su favor he de decir que no aparta la vista y se mantiene impasible.

—Los sábados por la mañana me reúno con el grupo de estudio para resolver las dudas en común, puedes venir si quieres —termina por decir—. Luego tengo... otras cosas que hacer —añade, vacilante, y no es hasta ese momento que desvía la mirada.

Ahora sí que ha despertado mi curiosidad, aunque dudo que responda si le pregunto al respecto.

—El sábado por la mañana es complicado para mí. Suelo acostarme tarde.

—Porque pasas la noche desnudándote... —tercia ella, sin mostrar ninguna evidencia de disgusto.

Le muestro mi mejor sonrisa. Aunque no estoy especialmente contento con mi trabajo, no voy a darle explicaciones sobre mi vida.

—Quitarme la ropa paga mis estudios y las facturas.

—Has dicho «al menos de momento». ¿Vas a dejarlo?

Su curiosidad es aún más evidente que la mía, supongo que no cuenta con muchos *strippers* entre sus amistades, pero esta vez soy yo el que prefiere evitar el tema.

—¿Qué son esas «cosas» que haces los fines de semana? —la interrogo.

—Cosas —replica, revolviéndose en el asiento.

—¿Cosas? No creo que se trate de algo más... atípico que lo que yo hago.

Se cruza de brazos y vuelve a ladear la cabeza, evaluándome con esos ojos castaños repletos de preguntas. Tarda aún un momento en contestar.

—Hagamos un trato. Puedo hacerte un hueco el sábado por la tarde si tú me acompañas a un sitio a la hora de comer.

—Así que sí que estamos negociando —le digo, en un intento de ganar tiempo y pensar a dónde puede querer que la acompañe.

Pero su expresión se mantiene neutra y no me da pista alguna más allá del hecho de que debe creer que no aceptaré o que, si lo hago, no resultará agradable.

—Lo tomas o lo dejas, Hunt.

El camarero aparece con nuestra comida y los pocos segundos que tarda en

depositar ambos platos frente a nosotros es todo lo que necesito para contestar:

—Lo tomo, Lodge. Tomo lo que me ofreces —agrego, suavizando el tono de mi voz.

LIZZY

Al llegar a casa de Triz me la encuentro atrincherada en el sofá con Avery, su compañera de piso y una de las pocas amigas con las que cuento en el campus además de la propia Triz. En realidad, mi círculo más íntimo es bastante reducido: Triz, Avery, su novia Kaylee y Marcus. El hecho de que se reduzca a dos parejas me deprime un poco en mi actual situación, pero les regalo una sonrisa cuando ambas se giran hacia la entrada y me dan la bienvenida con los brazos en alto y varios gritos de emoción. Diría que su entusiasmo se debe a que Avery ha pasado unos días fuera con Kaylee, pero no las tengo todas conmigo.

—Le he contado a Avery nuestra emocionante salida del otro viernes — comenta Triz, y comprendo de inmediato el caluroso recibimiento que me han brindado.

—¿Por qué siempre ocurre todo cuando yo no estoy? —se queja Avery—. La siguiente no me la pierdo.

Antes de contestar, busco un hueco en el perchero de la entrada y cuelgo mi bolso.

—No creo que vaya más a ese lugar.

—Por lo que sé, te lo pasaste realmente bien —se burla Avery.

Triz y ella se parten de risa mientras yo me acerco y las empujo para que me hagan un hueco en el sofá. A pesar de que no es ni media tarde, hay todo un despliegue de chucherías, patatas fritas y helado sobre la mesa del salón; normalmente esperan a la cena para sacar la artillería pesada en lo referente a comida basura.

—¿Qué celebráis? —inquiero, aunque tampoco es que necesiten un motivo.

No he visto a dos personas a las que le dé tanta alergia todo lo que sea sano. Aún no he conseguido arrastrarlas a correr conmigo, y eso que odio correr sola.

—Tu vuelta a los escenarios —tercia Triz, demasiado eufórica para mi gusto—. Tienes micro en el Silver's para el viernes.

—Y no vale poner excusas —interviene Avery, antes de que pueda abrir la boca para protestar—. Kaylee también viene.

Durante el primer año de universidad fue Triz la que me empujó a subirme al escenario del Silver's y, desde ese momento, ha sido siempre ella la que me

reservaba un sitio de vez en cuando ya que conocía a uno de los camareros del local.

—No sé si estoy de humor —les digo, y ambas amagan un puchero a la vez.

No puedo evitar reírme. Aunque sus artimañas no suelen funcionar conmigo, en el fondo tengo ganas de volver a cantar. En realidad, tengo ganas de hacer todo lo que no he hecho durante mi relación con Mike. ¿Cuándo dejé de hacer lo que me gustaba?

Mientras tratan de convencerme para ir al Silver's el viernes, me sobornan con helado de chocolate y galleta, y, cuando es evidente que la salida es un hecho, Triz pasa a contarnos sus anécdotas diarias del hospital. Es una fuente inagotable de cotilleos y escándalos; Anatomía de Grey es un juego de niños al lado de las cosas que le han sucedido durante su residencia. Ninguna me pregunta por Mike, algo que agradezco, no tengo ganas de hablarles de su intento desesperado de que volvamos.

—Adivinad con quién he quedado para tutoría —les digo, por contra, aunque sé que Avery es capaz de ver la aparición de Oliver en mi clase como una señal divina para que me líe con él.

Triz toma mi mano entre las suyas con desmedido dramatismo.

—Dime que es Donaldson. Ese tío no puede estar más bueno.

La pasión de mi mejor amiga por el fútbol americano va mucho más allá de lo estrictamente deportivo. Lleva meses buscando una excusa para presentarse al *quarterback* del equipo de la universidad.

—Ya te gustaría —replico, con dos pares de ojos clavados en mí— pero no, se trata de Oliver Hunt.

Sus rostros desconcertados me recuerdan que Avery no tiene ni idea de cómo se llama en realidad el señor *dedos mágicos* y Triz, por su parte, es la versión humana de Dory, así que tampoco me extraña que lo haya olvidado por completo.

—¡El *stripper!* —exclamo.

Esbozo una mueca. No por lo llamativo de su profesión, que ahora me resulta algo menos escandalosa, sino por el simple hecho de tener que referirme a él así, como si eso fuera lo que le definiera.

Triz abre los ojos como platos y lo siguiente que sé es que está sonriendo como una loca.

—Ahí lo tienes —comenta Avery, adelantándose—. Es el destino.

Resoplo, pero Triz ya está dándole la razón.

—Dejaros de tonterías —las reprendo—. Los buenos tíos no caen del cielo por arte de magia...

—Pero sí los tíos buenos —se ríe Triz, y Avery la secunda.

No hay nada que hacer. Les he dado una excusa perfecta para fastidiarme y, conociéndolas, no van a dejarlo estar. La cuestión es que no me importa lo más mínimo, resulta agradable hablar y reír juntas después de las últimas semanas. Ninguna de las dos se ha dedicado a lanzarme miradas compasivas por lo de Mike, pero sé que se preocupan por mí y que lo han pasado casi tan mal como yo.

—Vamos, Lizzy, confiesa... Seguro que has sentido mariposillas en el estómago al verlo de nuevo —comenta Avery.

De las tres, siempre ha sido la más romántica y soñadora. Claro que teniendo una novia como Kaylee, la persona más dulce que conozco, tampoco es de extrañar. Triz, en cambio, es más... salvaje, por decirlo de alguna manera, mientras que yo soy la pragmática del grupo.

—Yo diría que las mariposas las tenía algo más abajo —interviene Triz, consiguiendo que estallemos en carcajadas.

—No tienes remedio —protesto, entre risas.

—Oh, vamos —replica, y engulle de un bocado un trozo de pizza con el que estoy segura de que yo me atragantaría—. Ese tío es perfecto para una aventura sin ataduras ni complicaciones.

—Tal vez deberías preguntarle a él —suelta Avery—. ¿Qué sabrás tú si le van los rollos de una noche o quiere algo más?

Triz y yo la miramos con suspicacia, aunque en parte tiene razón. Tal y como se desarrollaron las cosas entre Oliver y yo, no parece que sea de los que va buscando algo estable. Abro la boca para protestar, pero me doy cuenta de que él podría decir lo mismo de mí.

De todas formas, ni siquiera sé por qué me estoy planteando nada de esto; lo último que quiero es meterme en otra relación. No ahora; no después de lo de Mike.

—No voy a volver a enrollarme con él —afirmo, con total convicción.

Avery casi parece triste; ella y sus señales del destino.

—Me juego la colada de una semana a que en un par de semanas estás tragándote esas palabras —contraataca Triz, con tanta seguridad como yo—. ¡Mejor aún, que sean dos semanas de colada!

Teniendo en cuenta que Triz aborrece hacer la colada, no sé si tomármela

en serio.

Avery da palmaditas, emocionada por la perspectiva. No quiero saber lo que pasará cuando Kaylee se entere de todo este lío, son capaces de prepararme alguna encerrona entre todas.

—Amigas para esto —les digo, resignada.

Acto seguido, le arrebató a Triz el trozo restante de pizza y le doy un mordisco para evitar tener que decir nada más y, de paso, para no pensar en lo mucho que me atrae la idea de volver a estar a solas con Oliver. Demasiado, en realidad.

OLIVER

—Creía que ibas a dejar de trabajar los viernes —comenta Adele, una de las camareras, cuando me encuentra cambiándome para la primera sesión.

Los viernes son una locura y ya sabía que lo tendría difícil cuando me planteé pedir esa noche libre, pero esperaba aún menos que Vanessa fuera a ceder con la condición de conocer a mi novia; una novia que no existe, por otro lado. Así que finalmente he venido y rezo para que mi jefa haya decidido no aparecer por aquí y no tener que darle explicaciones al respecto.

Adele suele estar en la zona de abajo, la que alberga al público general, aunque muchas veces cubre turnos en la planta alta. La contrataron hace unos meses. Es divertida y no se mete en la vida de nadie, y eso es algo que valoro mucho.

Se sienta en una de las butacas de la salita con una botella de agua entre las manos y alza las piernas para acomodarlas en el asiento. Falta alrededor de media hora para que abramos, pero ha llegado pronto y, en estas ocasiones, sube a charlar conmigo mientras me preparo.

—Esa era la idea —replico, embutiéndome en unos pantalones de bombero.

Semana tras semana vengo a este lugar, hago lo que tengo que hacer e intento no deprimirme pensando que cada vez me gusta menos todo esto. Al principio era divertido. Me permitía ganar dinero de una manera fácil y también más segura. Evitó que continuara haciendo de recadero para Loren, con todo lo que eso conllevaba; no me mandaba a la tintorería precisamente. Mi jefe, al margen de ocuparse de supervisar este negocio, hace otras muchas cosas, la mayoría ilegales.

Sin embargo, cuanto más tiempo paso aquí, más ganas tengo de huir de esta ciudad y dejar atrás lo que ha sido mi vida hasta ahora. No hay nada que me retenga, ningún recuerdo agradable, nadie que me necesite... Todo lo contrario.

—Me ha dicho Jeip que Vanessa quería conocer a tu novia.

—Jeip tiene la boca muy grande, ya lo sabes —repongo, acomodándome los tirantes—. No tengo novia. Fue algo que se imaginó Vanessa y dudo mucho que, aunque la tuviera, me permitiera librar.

Adele me observa desde su asiento y la tristeza de su mirada me hace desear no haber dicho nada. No soporto la compasión. Todos en este jodido bar saben que Vanessa no ha parado de acosarme desde que su marido dejó de venir por aquí y le dio carta blanca para tomar las decisiones del negocio.

La conversación se ve interrumpida por la llegada de Francis, uno de mis compañeros de escenario. Tras él, entra también Loren. Le lanza una mirada afilada a Adele que basta para que esta se levante de un salto y se marche de la habitación casi a la carrera. Estoy convencido de que Loren piensa que Adele y yo tenemos algo, y siempre ha dejado claro que no quiere líos entre sus empleados.

Qué pena que eso no incluya también a la propietaria.

—Tienes que doblar turno —me dice, y no se trata de una petición—. Leo no viene hoy.

—¡Joder, Loren! Mañana tengo que estudiar —agrego, bajando la voz, aunque Francis se ha metido en el servicio y no creo que pueda oírme.

No quiero a más gente al corriente de mi vida universitaria. Casi todos los que trabajan aquí son como yo, gente que se ha criado en las calles por un motivo o por otro y que Loren acogió para *ayudarles*. Solo que su actitud no ha sido nunca desinteresada. Loren siempre pide más de lo que da, aunque a veces no quede otro remedio que aceptar sus condiciones.

Sé que no tengo nada de lo que avergonzarme, pero la universidad, además de mi billete para largarme de aquí, es un refugio en el que puedo ser una persona normal al margen de lo que hago o de dónde provengo.

—¿No puedes pedirselo a otro?

Loren sonrío, y casi me parece estar viendo uno de esos documentales en los que las hienas acechan a algún animal moribundo, esperando el momento adecuado para caer sobre él.

—No tendrás nada que estudiar si no doblas el jodido turno esta noche —escupe con malicia a pesar de su sonrisa—. Vanessa no vendrá hoy, consuélate con eso.

No espera respuesta por mi parte, sabe que nunca me arriesgaría a perder la beca, y se marcha dando un portazo que me hace apretar los dientes.

Ni siquiera tengo el número de Lizzy para llamarla y quedar más tarde con ella, aunque no creo que accediera a retrasar lo que quiera que vayamos a hacer. Voy a tener que ir sin apenas dormir y, después de lo que sea que ha preparado para torturarme, no seré capaz de concentrarme ni aprovechar las dos horas de

tutoría; sin contar con que mañana también trabajo.

Lo más curioso es que ni por un momento se me pasa por la cabeza dejarla plantada y, en honor a la verdad, no sería la primera vez que me comporto como un capullo y paso de acudir a alguna cita con una chica.

Tal vez debiera hacer justo eso y buscarme la vida por mi cuenta, como he hecho siempre. Seguro que podría ponerme al día yo solo. Sin complicaciones ni... distracciones.

Francis sale del baño secándose las manos con una servilleta de papel que tira luego a la papelera.

—¿Qué quería Loren? —inquire, mientras comienza a desvestirse.

La respuesta me sale de forma automática y no podría ajustarse más a la realidad.

—Joderme. ¿Qué otra cosa iba a querer?

—Pensaba que era Vanessa la que se encargaba de esa parte —señala él, con sorna.

Cojo el puñetero casco de bombero y me dirijo a la puerta para no hacer algo de lo que pueda arrepentirme luego. Sin embargo, no puedo evitar contestarle.

—Vete a la mierda, Francis —le espeto, y cierro la puerta tras de mí con otro portazo—. Iros todos a la mierda —farfullo ya en el pasillo.

En este instante, más que nunca, necesito asegurarme de que mis notas son las mejores posibles. Una vez más, hago lo que se espera de mí cuando llega el momento. Salgo al escenario y me voy quitando poco a poco la ropa, moviéndome al ritmo de una música que apenas si escucho, permitiendo roces y caricias que dejan marcas invisibles en mi piel. Con la sonrisa congelada en el rostro a pesar de no sentir la más mínima pizca de alegría, como un muñeco roto después de que hayan jugado demasiado con él.

Impotente, cierro los ojos y me repito que no durará demasiado.

«No es para siempre... Sigue soñando un poco más, Oliver».

LIZZY

—No puedo. De verdad que no puedo —repito, mientras Triz me empuja en dirección al escenario del Silver's.

Ella ríe a mi espalda.

—Puedes hacer cualquier cosa, Lizzy. Esto es pan comido para ti —replica, y no ceja en su empeño hasta que alcanzamos la parte delantera del local—. Solo tienes que recordar lo que te hace sentir la música.

Es viernes y el bar está lleno de universitarios sedientos de cualquier distracción que les arranque de sus rutinas diarias, y yo voy a ser esa distracción, aunque solo sea durante unos pocos minutos.

Trago saliva. De repente mi garganta parece papel de lija y no creo que vaya a ser capaz de articular palabra alguna.

«Siente la música», me digo, pero no sé si sirve de algo.

Kaylee se acerca trotando, dejando a Avery en el lugar junto a la barra que hemos ocupado al llegar. Luce una sonrisa de oreja a oreja y es la viva imagen de la felicidad. Cuando llega hasta donde estamos, se cuelga de mi brazo y se inclina sobre mi oído.

—Adoras cantar y lo haces muy bien —susurra, con dulzura—. No tienes que hacerlo si no quieres, pero creo que te vendrá bien.

La serenidad de su voz calma parte mis nervios. Supongo que todos necesitamos que alguien crea en nosotros, aunque solo se trate de cantar una canción. Agradezco su muestra de cariño dándole un beso en la mejilla y ella me guiña un ojo.

—A por ellos —me jalea Triz, dándome una palmada en el trasero.

Pongo los ojos en blanco y me giro en dirección al chico que se encarga de pinchar los temas. Elijo *Heaven*, de Julia Michaels, sin pensarlo demasiado. No es que sea la canción más alegre del mundo, pero en los últimos días no consigo quitármela de la cabeza y es la primera que me ha venido a la mente. Él asiente y me señala el escenario.

En cuanto asciendo los dos escalones que separan la tarima del suelo y me dirijo al centro, un foco me deslumbra, consiguiendo que la gente que llena el local desaparezca de mi campo de visión. Apenas si veo algunas caras de la primera fila, aunque escucho con claridad un silbido que estoy segura de que

proviene de Triz. Mis rodillas tiemblan, así como mis manos al tomar el micrófono del soporte. Sin embargo, en cuanto suenan los primeros acordes de la canción y la melodía inunda la sala, mis ojos se cierran, me olvido de las miradas que hay puestas sobre mí y mi garganta parece recuperarse por sí sola de la parálisis que sufría hace un momento.

Resulta curioso lo que la música le hace a las personas, lo poderosa que puede llegar a ser. Puede romperte el corazón en miles de pedazos con apenas un par de notas o bien puede hacer que rebose de alegría. Sueños y música; libertad...

«Libre, eres libre para ser tú y solo tú», me digo, mientras la letra toma forma primero en mi garganta para luego acariciar mis labios y abandonarlos entre susurros.

Cuando me quiero dar cuenta todo ha terminado. Los aplausos sustituyen ahora a la música, aunque yo continúo oyéndola por encima de estos, en mi cabeza. Desciendo del escenario de un salto, eufórica, más yo misma que en mucho tiempo, y acudo junto a mis amigas. Triz y Avery aplauden con ímpetu, y Kaylee se lanza sobre mí y me envuelve con sus brazos, estrechándome contra su pecho.

—Ha sido maravilloso —me dice, riendo—. Cantas incluso mejor de lo que recordaba.

Y ese comentario hace que añore aún más el tiempo que he pasado sin hacer algo así. No le digo a Kaylee que no tengo ni idea de si he desafinado o no, de si me he equivocado con la letra o he perdido el ritmo, perdida como estaba en mi interior. Solo sé que me alegra tener amigas que me conocen tan bien como para obligarme a venir hasta aquí y hacer algo que había olvidado que me emocionaba tanto.

—No sabéis cuanto os quiero —proclamo, en voz alta, aún entre los brazos de Kaylee.

—Y eso que todavía no has empezado a beber —señala Triz, y acto seguido me pasa una cerveza.

Todas toman su bebida y la alzan.

—Por vosotras —exclamo, feliz.

—Por ti —añade Triz.

Avery y Kaylee intercambian una mirada fugaz, aunque cualquiera que esté observándolas puede darse cuenta del brillo que destella en sus ojos en cuanto posan la vista la una en la otra.

—Por el amor —concluyen a dúo.

Les dedico una sonrisa porque, a pesar de lo sucedido con Mike, verlas tan felices no solo hace que me alegre por ellas, sino que consigue que me sienta mejor.

Pasamos varias horas más en el Silver's. Hay muchas caras conocidas y Triz, que siempre ha sido la más sociable de todas, nos arrastra de un lado a otro del local para saludar a algunos compañeros y presentárnoslos. Incluso bailamos varias de las canciones más animadas y también, como no, termina saliendo el tema de la última noche en la que Triz y yo salimos.

Oliver pasa a ser el centro de la conversación. Kaylee y Avery se mueren por conocerle, y yo no dejo de preguntarme en qué momento les he permitido pensar que lo de la otra noche puede repetirse. Soy muy consciente de la atracción que despierta Oliver en mí, es algo que quedó muy claro aunque me repita que había bebido más de la cuenta, y no quiero pensar en él como un error. Por algún motivo, me sentiría despreciable si así fuera y, a pesar de que no creo que él le esté dando tanta importancia como mis amigas a lo sucedido entre nosotros, en el fondo me molesta creer que me he convertido en una muesca más en su cama.

—Tienes cara de estarte planteando los orígenes del universo —me suelta Triz, al pillarme ensimismada—. ¿Estás pensando en Mike?

—Pues en realidad no —admito, y comprender que, aunque me duela, tengo claro que no puedo estar con mi exnovio después de su traición, me hace sentir aliviada.

—Bieeeeeen —replica, alargando de forma exagerada la palabra hasta que logra hacerme reír—, porque no te merece.

A la mañana siguiente, cuando Oliver aparece por fin en su moto para recogerme frente al edificio de la casa de Triz, se deshace del casco negro que le cubre el rostro y me dedica una sonrisa torcida, todavía continuo pensando en la afirmación de mi amiga y preguntándome quién decide lo que nos merecemos o no.

OLIVER

—Esto sí que no me lo esperaba —señalo, aún sobre la moto.

Los brazos de Lizzy continúan rodeando mi cintura; sus manos, sobre mi estómago. Puede que haya ido un poco más deprisa de lo necesario solo para conseguir que apretara su pecho contra mi espalda.

Esta mañana casi parece otra persona. No solo se trata de que la formalidad de su vestuario habitual ha sido reemplazada por unos vaqueros, una camiseta que deja a la vista la curva de uno de sus hombros y con el lema *Only a song more* estampada en el pecho, y unas zapatillas de deporte; hay algo más, algo que no acierto a definir pero que estaba ahí, tras sus ojos, cuando la he recogido hace un rato.

Mi comentario parece sacarla del silencio en el que se ha sumido tras darme las indicaciones necesarias para llegar a nuestro destino. Se desliza hasta poner los pies en el suelo y se quita el casco. Ha tenido que soltarse la coleta alta que llevaba para poder ponérselo, y sus ondas caen hasta cubrirle la parte alta de la espalda.

—Es lo que hay si quieres tus horas de tutoría —me dice, y me tiende el casco para que lo asegure a la moto junto al mío.

En el último momento, decido llevármelos conmigo; no estamos en el mejor barrio de Los Ángeles.

Lizzy arquea las cejas, interrogante, ante mi gesto.

—Nadie va a hacerle nada a tu moto —señala, y se cruza de brazos frente a mí—. ¿No eras tú el chico que me acusaba de tener prejuicios?

Me encojo de hombros.

—Sé lo que se cuece en esta zona —me defiendo, desviando la vista calle arriba.

—Prejuicios —repito, y tal vez tenga razón—. Todos los tenemos aunque nos creamos a salvo de ellos.

Me sorprende que sea ella la que tenga que darme este tipo de lecciones, pero no digo nada, avergonzado.

—¿Te estás sonrojando, Oliver Hunt? —se ríe a continuación.

—Eso depende. ¿Me hace parecer más adorable? Porque estaría dispuesto a admitirlo si así fuera.

Lizzy ladea la cabeza y me observa varios segundos en silencio, y no sé si está valorando su respuesta o está a punto de estallar en carcajadas.

—Anda, vamos —me dice, y en esta ocasión es ella la que tira de mí—. Entremos.

Ascendemos la escalinata del edificio de la mano. Lizzy no me suelta hasta que atravesamos la puerta de entrada y accedemos al interior. La sala se extiende por toda la planta baja y, a intervalos regulares, hay dispuestas largas mesas que van de una pared a otra, así como bancos de madera para sentarse, la mayoría ocupados por varios grupos de personas. Mis ojos se desvían hacia la derecha de la estancia, donde dos mujeres se dedican a servir comida desde detrás de un mostrador, y regresan a Lizzy, que me lanza una mirada repleta de inquietud, como si esperase algún tipo de reacción por mi parte.

Desde que nos detuvimos con la moto junto a la acera, sabía lo que encontraría dentro. Eso no disminuye mi perplejidad. Lo cierto es que no esperaba que de verdad fuéramos a entrar aquí, en un comedor para gente con pocos recursos; no me lo esperaba en absoluto.

—Tendrás que echar una mano durante dos horas —señala, evidenciando mi silencio—. Luego comeremos algo y te ayudaré a ponerte al día con economía.

No espera mi respuesta y tampoco se gira para ver si la sigo cuando se encamina a la zona donde se sirve la comida. Se cuela por la puerta entreabierta y, cuando la alcanzo, ya está colocándose un delantal negro. Sin levantar la vista, coge otro del montón y me lo tiende.

—Tú... ¿vienes aquí a menudo? —inquiero, más sorprendido de lo que pretendo.

Lizzy alza la barbilla y, entonces sí, sus ojos se fijan en los míos, desafiantes.

—Siempre que puedo —replica con brusquedad. Resulta obvio que mi pregunta la ha molestado.

—¿Es tu buena obra de la semana o algo así?

Me arrepiento de la broma en cuanto esta abandona mis labios y comprendo que Lizzy tenía más razón de la creía al resaltar mis prejuicios. No es común que una chica como ella, que no debe haber pisado nunca un lugar como este por necesidad, dedique su tiempo libre a ejercer de voluntaria en un comedor benéfico. Sin embargo, apenas si la conozco como para estar seguro de que sea así.

—Eres un capullo, Hunt —me reprocha, aún más indignada, y así es

exactamente como me siento, como un capullo integral.

Antes de que pueda abrir la boca para disculparme, Lizzy me da la espalda y se dirige a las dos mujeres tras el mostrador. Ambas la saludan con una sonrisa y un abrazo, y ella corresponde a sus sonrisas con otra cargada de cariño. Escucho cómo le pregunta a la mujer más joven por sus hijos mientras sigo plantado a pocos pasos de ellas, con el delantal entre las manos y la sensación de haber metido la pata hasta el fondo.

«Oh, joder, deberías mantener cerrada la boca, Oliver», me digo, recordando lo mucho que me meto con Chace o Jeip precisamente por eso.

—Hoy vienes acompañada —murmura una de las mujeres, volviéndose hacia mí.

—Vaya que sí —interviene la otra.

A Lizzy, por el contrario, mi presencia parece no divertirle tanto.

—Soy Oliver —me presento, titubeante, mucho menos seguro que de costumbre.

Lizzy se gira y toma uno de los cazos para servir a la siguiente persona en la fila, ignorándome. Me lo tengo merecido.

Mientras que las dos señoras no dudan en indicarme cómo ayudar y se muestran muy amables, la actitud de Lizzy hacia mí no varía en todo el tiempo que pasamos en el comedor. Descargo cajas con comida de un camión, reparto agua y zumos, y me esfuerzo para resultar útil durante las siguientes horas sin protestar, algo que tanto los voluntarios como las personas que acuden en busca de alimentos no cesan de agradecerme.

Megan, la misma mujer a la que Lizzy le preguntaba por su familia, me pilla apoyado en la pared junto a la puerta casi al final del turno.

—¿Cansado? —pregunta, sin dejar de sonreír.

Agito la cabeza; soy incapaz de devolverle la sonrisa.

—Solo estaba pensando —repongo, y mis ojos buscan a Lizzy, que aún continúa rellenando platos.

Megan ríe.

—No la impresionarás solo por pasar un día aquí si es eso lo que intentas.

Vuelvo a negar.

—Dudo que la impresionase de ninguna de las maneras, pero no...

La mujer arquea las cejas, animándome a continuar, pero desecho su interés con un gesto de la mano.

—¿Qué más puedo hacer?

Ella me da unas palmaditas en el hombro y comienza a quitarse el delantal.

—Es todo por hoy. Gracias por ayudar.

—No hay de qué —murmuró, y me deshago de mi propio delantal.

Aún tengo que esperar un poco más a que Lizzy termine. Cuando por fin abandona su lugar tras del mostrador y se encamina hacia donde estoy, no tardo en abordarla.

—Siento lo de antes —le digo, abochornado—. No pretendía...

—Sé lo que pretendías, Oliver —me corta.

No me enfado con ella a pesar de que no quiera escuchar mis explicaciones. Sé lo que parece, aunque no tenga ni idea de lo equivocada que está. También yo la he juzgado sin conocerla.

—No lo sabes. Tienes tus propios prejuicios al respecto —le rebato, en tono conciliador, pero Lizzy parece no escucharme.

—No vengo aquí a ponerme una medalla o para lavar mi conciencia. No tengo por qué darte explicaciones —prosigue, cada vez más alterada, la humedad acumulándose en sus ojos—, pero hubo un tiempo en el que poco faltó para que mi familia tuviera que estar al otro lado de ese mostrador. He luchado por cada cosa que tengo, incluyendo estudiar en la universidad, así que perdona si no río tus bromas absurdas. Tú... tú solo... —farfulla, para luego callarse sin completar la frase.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dice nada. Nos observamos en silencio, midiéndonos con la mirada y, tal vez, contemplando en los ojos del otro nuestro propio reflejo, más semejante de lo que ella piensa, hasta que la dureza de su expresión se suaviza y exhala el aire que estaba reteniendo en forma de suspiro cansado.

—Lo siento —murmura poco después—. Lo estoy haciendo de nuevo —añade, y casi parece que esté reprendiéndose a sí misma más que hablando conmigo.

Asiento para aceptar la disculpa y, empujado por la necesidad de aire fresco, alzo la mano para señalar la puerta. Me trago el nudo que aprieta mi garganta y también una parte de mi pasado que no creo poder compartir con ella a pesar de la sinceridad de su confesión.

«Sé lo que se siente, Lizzy, porque yo sí he estado del otro lado de ese maldito mostrador».

LIZZY

Agradezco que el trayecto de regreso al campus lo realicemos en moto y no en coche, lo cual nos obligaría a rellenar el silencio incómodo en el que nos hemos sumido después de mi estallido emocional. Me avergüenza haber explotado de esa forma frente a Oliver. Aunque nunca he escondido mis orígenes humildes tampoco suelo hacer alarde de ellos, y ninguna de mis amigas sabe en realidad a dónde voy los sábados al mediodía.

No me escondo de ellas, pero, tal y como le he dicho a Oliver, no soy voluntaria para que nadie alabe mi bondad ni nada por el estilo. Solo es algo que siento que debo hacer y que deseo hacer; una parte de mí que no había mostrado a nadie hasta ahora. No sé en qué momento decidí que sería buena idea traerlo conmigo.

Oliver aparca frente a la casa de Triz y mis pies están en el suelo mucho antes de que él llegue siquiera a quitarse el casco. Le entrego el que me ha prestado y nos quedamos de nuevo mirando, sus ojos carentes de ese brillo plateado y chispeante que suelen mostrar.

—Igual lo de las tutorías no es una buena idea —señalo, consciente de la tensión que se respira entre nosotros—. Siento lo de antes. No había llevado a nadie antes al comedor —agrego, y ahora que empezado a hablar apenas si consigo controlar lo que digo—. No ha sido justo para ti, ni siquiera sabías a dónde ibas ni tenías por qué colaborar... Y tampoco debí obligarte. Es cosa mía...

Oliver, sentado aún sobre la moto, estira los brazos y coloca las manos en mis hombros para luego acercarme a él.

—Está bien —me dice, y sus pulgares trazan círculos sobre mi piel mientras que sus labios esbozan la primera sonrisa en horas—. No pasa nada. Lo que quiera que te motive a ayudar a esas personas no es asunto mío. Haces más que la mayoría de la gente.

Durante un breve instante parece que va a añadir algo más, pero finalmente se limita a continuar acariciando mis hombros.

—Es una estupidez —replico, porque así es como me siento por dejar que un simple comentario me haya sobrepasado de esta manera.

—No, no lo es. Estoy seguro de que toda esa gente agradece ver tu cara

detrás de ese mostrador y lo que haces por ellos.

—No busco su gratitud —me apresuro a decir, y él vuelve a sonreír.

Sus manos abandonan mi piel y, de inmediato, echo en falta su calidez. Acto seguido, se baja de la moto y coloca los dos cascos sobre el asiento, tomándose su tiempo para equilibrarlos de manera que no acaben rodando por el suelo.

—Y supongo que tampoco la mía—señala, al girarse de nuevo hacia mí—, pero te estaría eternamente agradecido si me ayudaras a estudiar. Tan agradecido como para acompañarte los sábados y también para dejar que hagas de mí un auténtico *runner*.

El dramatismo con el que adorna la última frase me hace poner los ojos en blanco. Aun así, niego con la cabeza.

—No tienes por qué, Oliver.

Se inclina apenas sobre mí y, sin embargo, ese mínimo movimiento consigue que me percate de lo cerca que estamos. Nuestros alientos se entremezclan cuando vuelve a hablar.

—Tal vez sí que tenga un motivo para hacerlo. Puede que sea el momento de que yo también haga algo por los demás.

—No tienes por qué —repito, pero él coloca su índice sobre mis labios para hacerme callar.

No dice nada y tampoco retira los dedos. Se mantiene inmóvil, con la mirada fija en mis ojos, como si estuviera tratando de colarse en mi interior a través de ellos.

—Deja de discutir conmigo, Elizabeth —susurra, y creo que es la primera vez que emplea mi nombre completo.

No le presto demasiada importancia al formalismo, perdida como estoy en el gris de sus iris, mucho más turbulento que hace un momento. Poco después, es Oliver el que aparta la mirada y retrocede, y me veo obligada a aclararme la garganta en busca de mi voz.

—Subamos entonces.

Las comisuras de sus labios se curvan, provocadoras, y tengo que admitir que su sonrisa es espectacular, la clase de sonrisa que hace que olvides cualquier otro detalle de su rostro o de su cuerpo. Y, aun así, es una sonrisa mucho más sincera y relajada que la mayoría de las que me ha dedicado.

—Tengo que admitir que no pensé que me fueras invitar a tu casa —se burla, mientras avanzamos hacia el portal.

—No te hagas ilusiones, Hunt. Solo vamos a estudiar.

Abro la puerta del edificio con el juego de llaves que Tris le arrebató a Marcus, su novio, para cedérmelas mientras me esté alojando en su casa, y Oliver se apresura para sujetarla. El gesto me obliga a pasar muy cerca de él para acceder al interior.

—Me rompes el corazón, Lizzy —responde, muy serio, aunque percibo la risa que está reprimiendo—. Daba por supuesto que esto terminaría con un revolcón salvaje en tu cama.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Pues siento decirte que, de ser así, te tendrías que conformar con el sofá. Estoy quedándome temporalmente en casa de unas amigas.

Nos metemos en el ascensor y Oliver se sitúa a mi lado, hombro con hombro. Apenas aprieto el botón de la cuarta planta, ladea la cabeza para mirarme.

—No importa, me encantan los sofás —afirma, sin perder esa seriedad fingida.

—Son incómodos —replico yo, solo para llevarle la contraria, y ahora es él el que se ríe.

No aparta los ojos de mí, pero en esta ocasión su mirada está cargada de intención y de un montón de promesas que no me atrevo siquiera a imaginar.

—Estaría encantado de demostrarte lo equivocado de esa afirmación.

Agito la mano delante de su cara.

—Deja de usar esos trucos baratos de seductor conmigo, por favor —me burlo.

Aprovecho que el ascensor ya se ha detenido para empujarle con suavidad, abrir la puerta y deslizarme fuera, luchando con los recuerdos que han despertado sus comentarios. No es el mejor momento para evocar la sensación de sus manos sobre mi piel o de su boca contra la mía, pero mi mente y el resto de mi cuerpo parece no estar de acuerdo.

—Ey —exclama, reclamando mi atención.

Tira de mi brazo y me vuelve a meter en el interior. Sus brazos me rodean y, de repente, el ascensor parece reducirse.

—Voy a tener que sacar la artillería pesada contigo.

—No creo que te sirva de nada —atino a responder, aunque la firmeza de mi voz deja mucho que desear.

—Entonces supongo que tendré que admitir mi derrota... O bien...

—¿O bien? —inquiero.

Cuando quiero darme cuenta estoy de puntillas y nuestros labios casi se están rozando.

—Puedo intentarlo hasta que te rindas, Lizzy.

—¿De verdad crees que voy a rendirme?

Oliver le recorta unos pocos milímetros más a la distancia que nos separa y nuestras bocas se acarician de forma tan sutil que puede que me lo esté imaginando. Incluso así, mi corazón no deja de golpear el interior de mi pecho con tanta fuerza que estoy segura de que debe estar percibiendo su retumbar.

—Todos caemos alguna vez —murmura muy bajito—. Todos nos rendimos en algún momento.

Mis dedos, aferrados a su cintura, se clavan en su carne.

—¿Tú también?

Gira sobre sí mismo, arrastrándome con él, para acabar acorralándome contra la pared del ascensor. A continuación, sus labios se trasladan hasta mi oreja.

—Yo nunca me rindo, Lizzy —susurra, y estoy convencida de que está sonriendo—. Hasta que te rindas. Recuérdalo.

Dudo mucho que vaya a poder olvidarlo.

OLIVER

Lizzy abandona el ascensor de forma apresurada, casi como si huyera de mí. Camina hasta una de las puertas de esta planta y se detiene lo justo para introducir la llave en la cerradura y abrirla. Conforme entra, y cuando estoy a punto de seguirla, da media vuelta y casi se lanza sobre mí.

—Será mejor que vayamos a otro lado —farfulla, y me empuja de vuelta a la puerta.

Al menos eso intenta, porque yo me mantengo en el sitio.

No sé si se habrá percatado de la presencia de las tres chicas que hay en el salón, pero lo que es seguro es que ellas sí nos han visto. Levanto la mano y agito los dedos para saludarlas y todas imitan mi gesto. Por sus expresiones de sorpresa, diría que Lizzy no trae a demasiadas visitas a casa.

—¿Lizzy? —la llama una desde el sofá, la misma que la acompañaba la otra noche en el Archer.

Sonrío al caer en la cuenta de que debió ser ella la que le sugirió a Lizzy acostarse conmigo. Creo que ya solo por eso me cae bien.

Lizzy no cesa en su esfuerzo de llevarme de vuelta al pasillo hasta que comprende que no tengo intención de moverme.

—¿No vas a presentarnos? —interviene otra, consiguiendo que Lizzy se gire por fin en su dirección.

Debe aceptar que no tiene escapatoria, porque cuelga el bolso en un perchero junto a la entrada y se encamina hacia ellas.

—Este es Oliver, un compañero de clase —me presenta, mientras sus amigas me observan con evidente curiosidad—. Están son mis amigas: Triz —señala a la chica del bar—, Avery y Kaylee.

La última sonrío con tanto entusiasmo que parece que acabe de conocer a Santa Claus. Avery, con una melena rubia cortada a la altura del mentón, también parece encantada con mi aparición. En realidad, las tres están inquietantemente sonrientes.

—Un placer —les digo, mientras Lizzy permanece cruzada de brazos un poco por delante de mí.

—Venimos a estudiar —se apresura a informarles.

Triz lucha para no echarse a reír ante lo innecesario de su explicación.

Parece bastante probable que esté al tanto de lo sucedido en el Archer, es posible que todas lo estén.

—Vuestra amiga ha accedido a ser mi tutora —añado yo, echando más leña al fuego, y les guiño un ojo.

Lizzy, desde su posición, no se percata del gesto.

—¿Vienes a estudiar sin libros ni apuntes? —tercia Kaylee, burlona.

Resulta obvio que tratan de fastidiar a Lizzy y, dado que no le veo la cara, no sé cómo se estará tomando sus bromas. Opto por echarle una mano, no quiero volver a cabrearla.

—Acabo de incorporarme a la clase de Harris, no me ha dado tiempo de hacerme con el material.

—Pensaba que estarías en el hospital —interviene Lizzy, y al escuchar la calma en su voz yo también me relajo. Parece que se lo ha tomado bien—. Sed buenas y no arméis escándalo o no podremos adelantar nada.

—Me han cambiado el turno y no entro hasta mañana —replica Triz—. ¿Sabes lo que significa eso?

Avery se desliza sobre el sofá, apretándose contra Kaylee, y me hace un gesto para que me siente.

—¿Tienes planes para esta noche, Oliver? —me pregunta, cuando ocupo el espacio junto a ella, mientras Lizzy y Triz discuten sobre sus planes para esta noche. Por la conversación que están manteniendo deduzco que Triz no suele disfrutar de una noche libre los sábados tanto como le gustaría—. ¿Por qué no te vienes al Silver's con nosotras?

Al escuchar la invitación, la atención de Lizzy y Triz se concentra en mí. El silencio se hace en la habitación a la espera de mi respuesta.

—Me encantaría —replico—, pero trabajo esta noche.

Todas parecen desilusionadas por mi respuesta, incluida Lizzy, y mentiría si dijera que no me alegra.

—Es una pena —señala Kaylee, e incluso amaga un puchero que resulta encantador—, porque podrías ver a Lizzy cantar. Anoche puso en pie a todo el bar.

—¡Kaylee! —la reprende Lizzy, incómoda, y su reacción deja claro que no era algo que quisiera compartir conmigo.

—¿Cantas? —inquiero, sorprendido.

He ido una o dos veces a tomar algo con Chace al local del que hablan y tiene bastante movimiento. No me la imagino sobre el escenario frente a tanta

gente. Hoy no deja de sorprenderme.

—Así es —interviene Triz, adelantándose a su respuesta—, y no solo en la ducha, aunque eso podrías comprobarlo por ti mismo...

La mano de Lizzy sale volando en su dirección, pero su amiga esquiva el golpe con agilidad y se parte de risa.

—¿Por qué no os vais a dar una vuelta y nos dejáis estudiar tranquilos? —sugiere Lizzy, empeorando aún más la situación.

—Ah, no —niega Triz, poniéndose en pie—. Yo hoy me voy de fiesta. ¿Quieres una cerveza, Oliver?

Lizzy vuelve a reprenderla de camino a lo que debe de ser la cocina, aduciendo que apenas pasan unas horas del mediodía y es muy pronto para empezar a beber.

Viéndola junto a sus amigas no cuesta mucho deducir quién es la más sensata del grupo. Aun así, no sé muy bien cómo acaban convenciéndonos a ambos para que nos quedemos un rato con ellas. Las bromas continúan, pero el objeto de las mismas va cambiando de una a otra mientras yo me limito a ser testigo de sus puyas amistosas y de lo bien que parecen llevarse.

Nunca he sido de los que tiene demasiados amigos. En realidad, Chace es el único que considero como tal, quizás Adele, aunque con ella el nivel de confianza es menor. Supongo que mi prioridad en la universidad no ha sido la de hacer amigos, y antes de llegar aquí mis preocupaciones quedaban muy lejos de si tenía o no suficiente vida social.

Aprovecho lo cómoda que parece sentirse Lizzy para observarla a voluntad. La forma en la que, cada vez que sonrío, la peca junto a su labio parece bailar siguiendo el sonido de su risa; cómo se lleva la mano a la mejilla cada poco tiempo y la roza con la yema de los dedos; o la manera que tiene de lanzarme miradas breves de vez en cuando sin dejar de prestar atención a lo que cuentan sus amigas.

—Así que *stripper*, eh —me suelta Avery, de repente, y no es que no esperase algo por el estilo. Incluso diría que ha tardado demasiado en preguntar.

Escucho a Lizzy resoplar desde el otro lado sofá. Triz, que se ha acomodado en el suelo frente a nosotros, esboza una sonrisita carente de desprecio.

—No me pidáis que os haga una demostración, por favor —bromeo yo, porque entiendo que les divierta.

No puedo culparlas, desde fuera puede resultar atractivo e incluso

emocionante. Echo un vistazo en dirección a Lizzy, que articula un «lo siento» silencioso.

Niego de forma discreta y me dispongo a saciar la curiosidad de sus amigas. No entro en los detalles más escabrosos. Les hablo de mi trabajo en el Archer como si no odiaría cada segundo que paso en ese sitio y, sin embargo, Lizzy no sonrío ni una sola vez durante el rato que paso charlando con ellas y tampoco interviene en la conversación. Me pregunto si es porque mi profesión le desagrada tanto como a mí.

—Lo siento, Oliver —se disculpa más tarde, cuando me acompaña a la puerta sin que hayamos siquiera abierto un libro.

Me encojo de hombros, restándole importancia, pero ella insiste.

—No tenía por qué haberles hablado de tu trabajo ni hacerte pasar por esto.

Me sorprende que haya captado mi malestar a pesar de lo mucho que me he esforzado por ocultarlo.

—No pasa nada, Lizzy, pero tengo que decirte que tus tutorías dejan mucho que desear —cambio de tema, reacio a seguir hablando de ello.

Inclina un poco la cabeza y abre un poco los labios, y la arruga de su ceño no desaparece a pesar de la broma.

—No es más que un trabajo —señalo, sin saber cómo tomarme su preocupación.

—Pues no lo parece. No para ti.

—Lo es —insisto—. Uno como otro cualquiera.

Se me escapa un suspiro al comprender que no voy a convencerla y, solo entonces, parece desistir.

—Pareces cansado.

—Apenas he dormido un par de horas —confieso, y echo un vistazo rápido a la pantalla del móvil—. Debería irme o llegaré tarde.

Cuando me dispongo a salir al rellano de la escalera, Lizzy me detiene. Me quedo un instante observando el contraste de sus dedos sobre mi piel, aturdido por lo distinto que parece ese contacto entre tantos otros. Soy consciente de que no hay ningún tipo de segunda intención tras él y, por una vez, es agradable que así sea. Sin embargo, no sé qué descubre en mi expresión, pero retira la mano.

—¿Estás en condiciones de conducir la moto? No me gustaría...

—¿Ahora también se preocupa por mí, señorita Lodge? —me río, en un intento de restar seriedad a la situación—. Se está usted ablandando.

—No hagas eso.

—¿Hacer el qué?

Se cruza de brazos y echa un vistazo por encima de su hombro para comprobar que sus amigas no están pendientes de nuestra conversación.

—Cuando algo te molesta o... —Titubea unos segundos, como si buscara la forma de explicarse—. No sé, te resulta desagradable... Comienzas a bromear y le restas importancia.

La cuestión es que no estoy acostumbrado a que nadie se preocupe de esa forma por mí. Si he dormido o no, o si me gusta siquiera lo que hago.

—Estoy bien —le aseguro, y señalo a las demás—. Tú solo vigila que no se les vaya de las manos.

Mientras que yo apenas si me he bebido media cerveza, sus amigas ya han acumulado un buen número de botellas vacías sobre la mesa del salón.

—Nos vemos en clase —me despido, y, sin darle tiempo a continuar con sus objeciones, salgo del apartamento.

Supongo que Lizzy está en lo cierto y, en realidad, no tengo ni idea de cómo manejar su preocupación.

LIZZY

—Esto es una pésima idea —le aseguro a mis amigas, pero creo que ni siquiera me están escuchando.

El plan inicial, acudir de nuevo al Silver's, ha acabado transformándose en otro muy distinto.

Tras la marcha de Oliver me quedé con la sensación de que había metido la pata con él y, horas más tarde, mientras nos preparábamos para salir, aún continuaba dándole vueltas al tema. Triz, Avery y Kaylee achacaron mi escaso entusiasmo ante la perspectiva de irnos todas juntas de fiesta —algo que no siempre es posible— a la imposibilidad de que Oliver nos acompañara, y yo no las saqué de su error. En honor a la verdad, me desilusionó que no pudiera venir con nosotras, pero no era eso lo que me molestaba.

—No deberíamos estar aquí —comento, y Triz, a mi lado, esboza una sonrisita socarrona.

—Si no quieres que veamos a *dedos mágicos* sin ropa, puedes subir tú sola.

No sé en qué momento se me ha ocurrido aceptar la idea de venir al Archer. Me gustaría decir que el alcohol me ha nublado el juicio, pero esta vez apenas me he tomado un par de cervezas y no me vale esa excusa. Ellas, en cambio, están celebrando nuestra pequeña reunión por todo lo alto. Cuando han sugerido que podíamos pasarnos a ver a Oliver me he limitado a asentir, pensando que sería una buena oportunidad para comprobar que de verdad estaba bien al marcharse.

—Deja de llamarlo así, Triz —replico, con brusquedad, y la sonrisa desaparece de su rostro—. Lo siento. No quería contestarte mal.

Triz me aparta de Kaylee y Avery, que continúan pidiendo en la barra.

—Te estás colgando de él, ¿no es así? —inquire, algo menos seria, y yo niego de inmediato.

—Está muy bueno, Triz —le digo, aunque eso salta a la vista—, y puede que no sea tan imbécil como parecía en un principio, pero no.

—¿No?

—No —repito, alisándome la falda del vestido negro que he elegido para salir.

Los ojos de Triz descienden para seguir el movimiento de mis manos sobre

la tela y luego regresan a mi cara. Se encoge de hombros, pero no dice nada, y eso sí que es raro. Triz suele tener una opinión sobre casi todo.

—¿Qué? —la interrogo, pero ella niega—. Suéltalo, ¿quieres?

—Parece un buen tío, eso es todo.

La parquedad de su respuesta aumenta mis sospechas.

—¿Un buen tío? —Asiente con la cabeza. Esta conversación comienza a resultar absurda—. ¿Eso es todo?

—Obviando lo de que está muy bueno, sí.

Empiezo a pensar que se ha dado un golpe en la cabeza o algo parecido. Este suele ser el momento en el Triz hace un análisis detallado, compara los pros y los contras o directamente me explica las bondades del sexo sin complicaciones.

—Búscalo y dile lo que sea que quieres decirle —añade, y una leve curva asoma a sus labios.

—¿Por qué crees que quiero decirle algo?

—Te conozco, Lizzy, seguramente mejor que tú misma, y está claro que estás preocupada por algo —comenta—. No creo que se trate de Mike porque hace días que no lo mencionas, así que debe ser por Oliver. ¿Me equivoco?

No contesto, aunque Triz no lo necesita, y me asombra comprobar que mi exnovio ha pasado a un segundo plano con tanta rapidez. Solo entonces comprendo que, independientemente de la infidelidad de Mike, nuestra relación se había ido apagando poco a poco. Quizá solo era una cuestión de tiempo que alguno de los dos le pusiera fin. Aunque podría haber ocurrido de una forma muy diferente, tengo que asumir que también yo he sido un poco cobarde. En el fondo, sabía que las cosas no iban del todo bien entre nosotros.

—Ve —me dice Triz—. Te esperaremos aquí. No creo que Avery y Kaylee tengan mucho interés en ver a tu chico desnudo. En cambio, que sepas que yo me voy a quedar con las ganas —bromea, algo más cerca de la Triz habitual.

—Marcus me lo agradecerá —le digo, sonriendo.

—Pero yo no.

Mis amigas se marchan en dirección a la pista de baile mientras que yo busco la manera de subir a la planta alta. Ni siquiera sé si necesito alguna invitación para entrar en la zona donde se desarrollan los espectáculos. Tras dar varias vueltas sin éxito por todo el local, termino por recurrir a uno de los camareros para preguntarle. El chico me pide que espere un momento, se dirige al final de la barra y, para cuando quiero intervenir, está llamando por teléfono.

Quizá no debería haber mencionado a Oliver.

Me retuerzo las manos, nerviosa. Acabaré por meterlo en un lío y tampoco estoy demasiado segura de que vaya a alegrarse de verme. El camarero me lanza miradas mientras habla con quien quiera que está al otro lado de la línea. Su expresión neutra no me permite imaginar qué le están diciendo.

Tras colgar, vuelve hasta mí y señala la zona opuesta de la discoteca, la misma por donde Oliver me llevó arriba la última vez.

—Al fondo hay un pasillo —me explica, aunque eso ya lo sé—. Te encontrarás una puerta que da a una zona de empleados. Espera allí.

No me da ninguna indicación más, por lo que tengo que suponer que ha hablado con Oliver y es él el que bajará en vez de permitirme acceder a la planta superior. Solo espero no estar empeorando la situación.

Al dirigirme a la puerta cruzo la zona de baile y aprovecho para decirle a mis amigas que no tardaré en volver. Triz me guiña un ojo para darme ánimos, mientras que Avery y Kaylee bailan juntas, sonriéndose sin parar y robándose besos a cada momento. Sentiría envidia de lo que tienen si no fuera por lo feliz que me hace verlas tan bien juntas.

Espero apoyada en la pared junto a la puerta. Los minutos se hacen interminables y casi puedo imaginarme a Oliver, enfadado, asomar tras ella en cualquier momento para preguntarme qué demonios hago aquí. Cuando por fin se abre, no es Oliver el que aparece.

—¿Lizzy? —pregunta una chica rubia que no debe ser mucho mayor que yo. No sé qué me sorprende más, sí que no sea Oliver o que sepa mi nombre; no he llegado a mencionárselo al camarero—. Soy Adele, una amiga de Oliver. Él no podía venir.

No se me ocurre qué decir. No me había parado a pensar en que ni siquiera podría verlo.

—Sí, claro. Está trabajando —me reprendo a mí misma en voz alta a pesar de que cabe la posibilidad de que no quiera verme.

Plantarme aquí y preguntar por él ha sido una estupidez.

—Puedo colarte y llevarte con él si quieres —tercia la chica, mientras abre la puerta un poco más, invitándome a atravesarla.

Luce un pantalón de pinzas y una camisa con una pequeña *A* en la parte izquierda del pecho, que identifico como el logotipo del bar; en el cuello, una pajarita roja.

—No quiero crearle problemas.

Ella sonríe, como si eso no fuera posible tratándose de Oliver, o esa es la impresión que me da.

—Tranquila. Vamos.

Me urge a seguirla y yo no me lo pienso más. Sin embargo, mientras recorro tras ella los pasillos y ascendemos por una escalera que me resulta familiar, caigo en la cuenta de que no me ha dicho que esto sea lo que Oliver quiere. Solo se ha ofrecido a llevarme con él.

Mi inquietud no mejora en absoluto cuando me encuentro de nuevo en la misma sala de la vez anterior. Echo un vistazo, pero no veo a Oliver por ninguna parte. En el escenario hay otro chico, rubio y más alto que él, que sonríe a las mujeres que se agolpan a su alrededor y, con lentitud, empieza a desabotonarse la camisa blanca que lleva puesta.

—Estará por aquí enseguida —me dice Adele, para luego abandonarme a mi suerte.

La observo ir y venir de un lado a otro, recogiendo botellas y vasos medio vacíos de forma discreta, sin interferir en el espectáculo. Está claro que no debería haber venido. Pensándolo bien, resulta incluso una falta de respeto hacia Oliver y su trabajo.

Unos toquitos en el hombro me hacen volverme y me encuentro con él frente a frente. El discurso de disculpa que tenía preparado muere en mis labios antes de que consiga ponerle voz. Durante unos segundos ninguno de los dos dice nada y, para mi vergüenza, mis ojos se pierden muy por debajo de su rostro antes de que llegue a procesar si parece o no enfadado, o sorprendido, por mi presencia aquí.

—Por lo que veo no te llevas bien con las figuras de autoridad —se lanza a hablar por fin.

—No... Quiero decir, sí... —agito la cabeza y me obligo a levantar la vista hasta su rostro.

Siempre he tenido debilidad por los hombres de uniforme y, por si fuera poco, el de policía es de mis favoritos. A Oliver le sienta realmente bien y hace juego con la sonrisa que se dibuja en sus labios. La camisa se ajusta a su pecho con precisión milimétrica y, a través del cuello entreabierto, deja entrever parte de los tatuajes que cubren su piel.

—Te veo muy pagado de ti mismo —comento, y hago lo posible por recuperar la compostura.

—Bueno, siempre quise unas esposas con las que jugar —bromea, para a

continuación dar un paso en mi dirección—. Estaría encantado de mostrarte cómo funcionan.

Que esté bromeando no sé si es buena o mala señal; con Oliver me da la sensación de que nada es lo que parece.

—He venido a disculparme. —Se cruza de brazos y la cautela transforma sus rasgos—. Aunque tal vez debería haber esperado a verte en clase.

Varios gritos resuenan a nuestro alrededor y me basta un vistazo rápido para descubrir que el chico del escenario acaba de quitarse los pantalones. La sala está repleta de mujeres, pero nadie nos presta atención. Aun así, Oliver me toma de la mano y me lleva hacia una esquina, lejos del alboroto y del entusiasmo que muestran las presentes.

—No deberías haber venido, Lizzy —me dice, inclinado sobre mí, casi susurrando.

—Lo sé. Será mejor que me vaya.

Hago amago de echar andar hacia la puerta por la que he venido, pero me doy cuenta de que quizá no sea apropiado que vaya por la zona de empleados sola. Lo último que me hace falta es que me encuentre al jefe de Oliver y piense que él y yo hemos estado de nuevo... en su despacho.

—No sé por dónde salir —señalo, mientras él se limita a observarme.

Parece dudar, y me digo que ya encontraré la salida por mí misma, pero me detiene antes de que emprenda mi patética búsqueda.

«Estoy haciendo el ridículo», pienso para mí. Quizá sea este el motivo por el que suelo meditar mis actos y no comportarme de forma impulsiva.

Oliver abre la boca para decir algo, pero alguien nos interrumpe y no llego a descubrir de qué se trataba.

—Tú debes ser la novia de Oliver —afirma una voz femenina, y me vuelvo en su dirección con la certeza de que no la he escuchado bien.

OLIVER

La aparición de Vanessa impide que le pida a Lizzy que se quede. Aun a riesgo de terminar arrepintiéndome por dejar que mi vida en la universidad se mezcle con esta otra parte de mi vida, pensaba decirle a Lizzy que esperara a que terminase mi turno, aunque no sé muy bien con qué intención. Algo me dice que estoy cometiendo un error, que debería limitarme a verla en clase y en las tutorías, y mantenerme alejado de ella el resto del tiempo. Llevo dos días sin tocar un libro y eso ya resulta raro de por sí. Estoy perdiendo de vista mi objetivo por una absurda apuesta conmigo mismo, un desafío estúpido.

—Vanessa, esta es Lizzy. —Las presento a regañadientes—. Ella es Vanessa, la propietaria del Archer.

No añado nada más y dejo a Vanessa pensar lo que quiera sobre la relación que me une a Lizzy, aunque estoy bastante seguro de que ella se apresurará a desmentirlo. Ambas intercambian una mirada que, en el caso de Lizzy, muestra una aparente cortesía. La de mi jefa, en cambio, es muy diferente.

—Un placer —le dice Lizzy, tendiéndole la mano.

Vanessa la estrecha mientras esboza una sonrisa y asiente con la cabeza.

—Me alegro mucho de conocerte. Oliver nunca trae a sus chicas por aquí —replica ella.

Hay que reconocerle que, a pesar del desprecio implícito, casi consigue que suene como un halago; algo muy lejos de su intención.

Lizzy no da muestra de sentirse insultada y tampoco parece preocupada por el hecho de que crea que es mi novia. Tal vez no la haya escuchado dirigirse a ella de ese modo y me ahorre las explicaciones tanto a una como a la otra.

—Supongo que lo que hace las pone un poco nerviosas. —Vuelve a la carga Vanessa, sin dejar de emplear el plural.

Con un gesto de su mano abarca la sala, como si creyese que Lizzy no se ha dado cuenta de dónde está. Estoy a punto de intervenir antes de que se ensañe más cuando Lizzy toma de nuevo la palabra.

—Es solo un trabajo —le dice, y sus dedos encuentran mi mano. Un apretón leve me insta a mantenerme callado—. Solo eso.

—¿No te importa entonces que pase las noches rodeado de mujeres cuyo único deseo es que se quite la ropa?

El esfuerzo de Vanessa para que su pregunta suene inocente me da ganas de vomitar, pero Lizzy se muestra inalterable.

—No siempre se consigue lo que se desea, ¿no? —repite, sin saber lo mucho que ha acertado en esta ocasión.

Los ojos de mi jefa pasan de Lizzy a mí y puedo ver la furia que esconde tras ellos, la frialdad de su mirada unida a un reproche silencioso pero airado. Sin embargo, en este momento me da igual lo que crea que le he contado a Lizzy sobre nosotros y, sin ser demasiado consciente de ello, una pequeña y cálida chispa crepita en mi pecho.

Sin embargo, Vanessa se recompone con rapidez y, poco acostumbrada a que le lleven la contraria, contraataca sacando a relucir su posición en el Archer.

—Oliver, ¿no deberías estar ya listo para salir al escenario?

Su tono queda ya muy lejos del inicial, pero no consigue amedrentarme, mucho menos a Lizzy, que vuelve a apretarme los dedos y se gira hasta casi darle la espalda a mi jefa, como si ni siquiera estuviera allí.

—Vamos, ve —me urge, dedicándome una sonrisa y un guiño.

Resulta obvio que es más que capaz de manejar a Vanessa, así que decido hacerle caso y no tentar más mi suerte. Sin embargo, cuando estoy a punto de soltar su mano, la agarro de nuevo y tiro de ella hasta pegarla a mí.

—No lo haré si no quieres —murmuro en voz baja, de manera que Vanessa no pueda oírme—, pero me muero por besarte.

Las palabras abandonan mis labios sin que sea del todo consciente de lo que le estoy pidiendo. Durante un breve instante, Lizzy no contesta. Nuestras miradas se enredan a la par que nuestros alientos, y sus ojos van descendiendo poco a poco por mi rostro hasta alcanzar mi boca.

—Quiero besarte —repito, y no creo haber dicho nada en toda mi vida con tanta sinceridad a pesar de lo ridículo que me siento.

Me percató del momento justo en el que toma una decisión porque sus dedos se entrelazan con los míos y se pone de puntillas. Finalmente, es ella la que me besa. Sus labios tantean los míos con suavidad y cautela, probándome, de una forma en nada comparable a aquella primera vez en el despacho de Loren. No titubea, no hay dudas cuando su boca se entreabre para darle paso a mi lengua, y el pequeño gemido que escapa de su garganta me hace olvidar por completo donde estamos.

Paso un brazo en torno a su cintura y la estrecho con más fuerza mientras ladeo la cabeza para profundizar en el beso, perdido en su sabor y en la presión

que ejerce su cuerpo contra el mío, perdido en ella, y, de repente, vuelven a mí los recuerdos de la calidez de su piel, el sonido de sus gemidos resuena en mis oídos y tengo que luchar conmigo mismo para no abandonarme esa placentera sensación. Durante los segundos siguientes, mientras nos besamos, no necesito recorrer sus curvas con mis manos ni siento anhelo de su cuerpo más allá de la dulce caricia que supone este beso. Nada más allá de este momento.

Comprenderlo me desconcierta hasta tal punto que me separo de ella. No soy el único que parece confundido.

—Tengo que irme —farfullo de forma atropellada.

Apenas si me detengo a escuchar su respuesta. Me encamino con decisión hacia la puerta que da acceso a la sala donde nos cambiamos los empleados, maldiciendo para mis adentros sin tener ni idea de por qué.

«Lizzy solo es una chica y eso no ha sido más que un beso, uno de tantos», me digo, todavía aturdido.

Sin embargo, es en ese simple beso en lo único que pienso mientras me desnudo rato después frente a un buen número de mujeres y, en esta ocasión, me olvido incluso de lo poco que me gusta mi trabajo.

Puede que mi cuerpo esté sobre el escenario, pero mi mente se encuentra unos pocos pasos más allá, entre el público... con Lizzy Lodge.

LIZZY

—Disfruta del espectáculo —escupe Vanessa, sin rastro de amabilidad.

No me paro a valorar si lo sucedido le traerá a Oliver problemas con ella, estoy demasiado confusa para pensar en las posibles consecuencias laborales que podría tener para él que nos hayamos liado frente a la propietaria del local. No sé por qué cree Vanessa que soy su novia, pero no puedo evitar sentir cierta satisfacción al verla alejarse, claramente ofendida.

La cuestión es que no tengo ni idea de si Oliver me ha besado para mantener las apariencias de nuestro noviazgo fingido o porque de verdad deseaba hacerlo, y lo peor de todo es encontrarme anhelando que el beso no fuera parte del engaño.

No ha tenido nada que ver con la vez anterior. Mientras me sostenía y su boca acariciaba la mía de forma lenta pero insistente, su lengua recorriendo cada rincón, fue como si nos besáramos por primera vez. Nos reconocimos en ese beso, pero también nos descubrimos, y no creo estar preparada para todo lo que ha despertado en mí en tan solo unos pocos segundos.

«Ha sido teatro, una representación para su jefa», trato de convencerme de pie en un rincón, mientras una nueva melodía inunda la sala y Oliver aparece al final del escenario.

De inmediato, me dirijo a la barra. Necesito beber algo, a poder ser sin alcohol, no quiero añadir más confusión a la que ya siento.

—Agua, por favor —le pido al camarero.

—El otro día te marchaste muy rápido —me dice el tipo, al tiempo que me sirve—. Oliver se quedó desolado.

No tengo muy claro si se ríe de mí o lo dice en serio; en este momento no tengo claro nada.

—Tenía prisa —atino a contestar.

—Vanessa va a hacerle pagar vuestro numerito —continúa él, con las manos sobre la barra. Su vista va hacia el escenario y regresa a mí—. Pero quién sabe, con suerte le dará el viernes libre.

No entiendo nada de lo que dice, salvo el hecho de que parece que todo el mundo nos ha visto morrearnos.

—¿El viernes?

—Oliver le pidió librar esa noche, supongo que para estar contigo —me dice, inclinándose hacia mí—, pero Vanessa le exigió que te trajera aquí para conocerte. Creo que no se tragaba lo de que fuera en serio con alguien.

Aparto el vaso y le doy un sorbo directamente a la botella, en un esfuerzo por aclarar mis ideas. No puedo creer que este tipo esté contándome todo esto sin conocerme de nada.

—¿Eres consciente de que podría no saber eso que acabas de decirme?

De repente, se yergue y da un paso atrás, y la tensión se apodera de sus hombros.

—Supuse que tú y él... —Titubea—. ¿O solo le estás haciendo un favor?

Oh, por Dios, este tío no sabe mantener la boca cerrada. Sea cual sea el motivo que ha llevado a Oliver a presentarme como su novia, prefiero que sea él el que me dé las explicaciones. Sobre lo de besarme... Bueno, ya pensaré en eso en otro momento.

—Mira, lo siento —me dice, y su inquietud es evidente—. Olvida lo que he dicho. Soy un bocazas y tiendo a meterme donde no me llaman.

—¡No me digas! —exclamo, sin poder evitarlo.

Me trago gran parte del agua de un sorbo, más sedienta si cabe y sin saber si estoy enfadada, decepcionada o qué demonios es lo que siento ni hacia quién. ¿Cómo he acabado en esta situación?

Me mantengo de espaldas al escenario a pesar de los gritos que llegan desde el centro de la sala y tampoco sé si es miedo a lo que veré al girarme o a lo que no veré. Empiezo a pensar que he perdido el control sobre mis emociones y mis acciones, cuando unas semanas atrás mi vida era ordenada y tranquila.

«Más bien aburrida», canturrea una voz en mi mente, y siento deseos de reírme porque una parte de mí sabe que lleva razón. Así que me echo a reír ante la mirada intrigada del camarero y, acto seguido, me doy la vuelta y me limito a disfrutar del espectáculo.

Nadie me dice que me marche o que no debería estar aquí. El camarero se mantiene alejado de mí todo el tiempo que dura la actuación y Vanessa no vuelve a aparecer. Tampoco me aborda ningún miembro de la seguridad del local para sacarme a rastras. Para cuando Oliver desaparece del escenario vistiendo tan solo un slip negro, yo continúo en el mismo sitio. Poco después, reaparece en la sala con más ropa encima: una sudadera y unos vaqueros oscuros rotos a la altura de las rodillas, aunque no es la misma que ha vestido durante el día.

—Ven, salgamos de aquí —me dice, y su expresión dista mucho de la que tenía cuando se marchó.

Me guía por el bar y terminamos en otro pasillo. Pasamos una puerta para acabar en una pequeña habitación con una escalera de caracol que asciende hasta la planta superior y que tiene aspecto de necesitar una reforma o al menos un poco de mantenimiento.

—Pensaba que nos íbamos —comento, curiosa.

No sé muy bien a dónde me lleva.

—Quiero enseñarte algo.

Subimos por la escalera hasta alcanzar una habitación idéntica a la anterior. No hay adornos en las paredes ni ningún mueble, solo una doble puerta de cristal que da al exterior. A través de ella alcanzo a ver las luces de la ciudad.

Oliver me lleva fuera, su mano rodeando la mía con firmeza. Inhala profundamente conforme se acerca a la barandilla de la balconada en la que nos hallamos.

—Bonitas vistas —señalo, apartando la vista de él para recorrer los edificios de Los Ángeles con la mirada.

—Son una mierda —replica él, y ambos rompemos a reír—, pero al menos aquí se puede respirar.

Se encarama al muro de piedra y toma asiento, y luego me invita a hacer lo mismo. Los siguientes minutos los pasamos en silencio, con las piernas colgando a una altura considerable, contemplando la *mierda de vistas*. En realidad, no son tan malas, pero tampoco tienen nada de particular: bloques de cemento, asfalto, muchas luces, y la costa al fondo. Casi puedo percibir el olor a sal del mar y ese detalle es, con toda probabilidad, lo mejor de este lugar.

Oliver se muestra extrañamente callado y su rostro refleja una tristeza inmensa mientras observa un punto indefinido de la ciudad.

—No te gusta tu trabajo.

El comentario me sale solo y es más una afirmación que una pregunta. Oliver ladea la cabeza y esboza una sonrisa que no le llega a los ojos.

—Es... complicado —replica, un instante después.

Le brindo una sonrisa cómplice.

Siempre me ha parecido absurdo pedirle a alguien que confíe en mí. Si es necesario aclararlo, es porque realmente hay algo que falla. No voy a decírselo a Oliver. En cambio, lo que hago es confiar yo en él.

—Mike... El profesor Harris —me corrijo, aunque supongo que sabe de

quién le hablo— me puso los cuernos. Por eso rompimos y por eso discutíamos el otro día.

—¿Te dio algún tipo de explicación? —repone él, observándome con mucha más atención que la que momentos antes parecía estar prestándome; la tristeza sustituida por curiosidad.

Agito la cabeza.

—No era necesario. Lo pillé... —Hago una pausa, y ahora soy yo la que se ve obligada a respirar hondo—. Lo pillé en la cama con nuestra vecina.

—Eso es muy jodido —me dice, pero no hay compasión en su mirada, algo que agradezco.

Odio la compasión.

—Así que se acabó. Solo que no creo que él tuviera toda la culpa. —Oliver parece a punto de decir algo, pero me adelanto—. Es obvio que me fue infiel y... Dios, aún lo pienso y siento deseos de matarle —señalo, y se me escapa una risita desquiciada—. Pero ahora que la relación se ha acabado casi estoy más decepcionada conmigo misma que con él.

Me quedo ensimismada, reflexionando sobre lo que realmente quiero decir y cómo decirlo, hasta que Oliver se inclina y su brazo roza el mío.

—No tienes que hablar de ello, Lizzy.

—Quiero hacerlo. No tengo ni idea de por qué, pero quiero hacerlo —replico, alzando las manos, y él ríe por lo absurdo de mis explicaciones, incluso yo consigo sonreír—. Solo es que...

Una nueva pausa para tomar aire y ahora entiendo la razón de que a Oliver le guste este lugar. La brisa fresca procedente del mar me calma. Antes de continuar, me prometo una escapada a la playa en cuanto sea posible.

—No sé muy bien quién soy —comienzo, titubeante—. Es decir, antes de estar con Mike era mucho más... impulsiva, supongo que esa es la palabra. Diferente...

—¿Menos formal? —vuelve a reír él.

Balancea las piernas mientras su pecho se agita por la risa; el sonido es delicioso, relajado y sincero.

Le doy un codazo suave para acallar sus carcajadas.

—La cuestión es que no sé si quiero ser esa persona de nuevo, pero echo la vista atrás y...

—¿Y qué? —me anima.

Sus ojos buscan los míos con interés y me encojo de hombros.

—De repente me parece como si el tiempo que estuve con él no hubiese sido... yo.

No se me ocurre cómo explicarle a Oliver lo que siento de una forma mejor sin ahondar demasiado en los detalles, puede que no pueda explicármelo ni siquiera a mí misma. Nunca me había pasado hasta ahora, aunque tampoco había tenido una relación tan larga como esta, pero tengo la sensación de que, durante los meses que pasamos saliendo, me fui perdiendo poco a poco en lo que él deseaba, en sus gustos y aficiones, en su forma de ser y de actuar...

—¿Alguna vez has estado con alguien y te has... —hago una pausa para buscar la palabra adecuada—, acomodado a lo que quería? Ya sabes, algo así como ser mejor para él, aunque haya cosas que tal vez no harías de no estar con esa persona. Contentarle, digamos... Me explico fatal —concluyo, riendo.

Oliver agita la cabeza, devolviéndome la sonrisa, y, de repente, me muero por saber si ha estado con alguien que, de algún modo, le marcara.

OLIVER

—Entiendo lo que quieres decir, aunque las relaciones estables no son lo mío —confieso, dejándome llevar por la complicidad que se respira en este momento a su lado—. Supongo que en algún momento todos hacemos cosas que no nos gustan para lograr un objetivo o para contentar a alguien.

Lizzy se gira y se desplaza un poco hacia atrás de manera que ahora ya no es la ciudad bajo nuestros pies la que acapara su atención sino yo.

—¿Me estás diciendo que el fin siempre justifica los medios? —inquire—. ¿Es eso? Porque no creo que sea así...

Por un momento me olvido de Harris e incluso de Lizzy y pienso en mi propia vida, en las noches que paso en este maldito lugar y en cómo, día a día, socavan un poco más ese agujero de mi interior que no deja de crecer; pienso en mi pasado, en las calles y en las noches al raso; en cómo terminé vendiéndole mi alma al diablo porque no tenía nada que perder. Pienso en que en unos pocos años más todo acabará y dará igual.

—¿Qué queda de nosotros al alcanzar ese fin entonces? Se supone que si alguien te quiere debería aceptarte tal y como eres.

La pregunta de Lizzy me arrastra de nuevo a la conversación y me recuerda que ella habla de algo totalmente diferente. Aun así, no puedo evitar preguntarme qué quedará de mí cuando consiga la libertad, y si merecerá la pena.

—Por eso no tengo novia —bromeo, y la última palabra hace que las cejas de Lizzy se disparen.

—Hablando de novias...

Alzo las manos, mostrándole las palmas, en un intento de apaciguarla.

—Te juro que yo no le dije a Vanessa que hubiera nada entre nosotros. Fue cosa de ella.

Lizzy se cruza de brazos, casi como una niña enfurruñada, y la estampa, con la ciudad tras ella y ese puchero fingido asomando a sus labios, no deja de resultar atractiva. Nunca he venido con nadie aquí, este sitio es para mí lo que el comedor benéfico debe ser para ella, un refugio a pesar de estar en mi infierno personal. No puedo negar que había esperado que el lugar me ayudara a minimizar los daños.

—¿El beso también fue cosa de ella? —me suelta, sin miramientos.

No creía que fuera a abordarlo de forma tan directa, pensaba que quizá lo dejara pasar y no me obligara a afrontar *ese* beso. Podría hablarle de la primera vez que nos enrollamos sin problemas. Sin embargo, esta vez ha sido diferente.

—No lo sé... Es decir, no —me corrijo, sin tener ni idea de lo que estoy diciendo o si con ello admito algo que no quiero admitir.

Definitivamente, creo que algo le pasa a mi cabeza cuando estoy con Lizzy.

—Eso me parecía —tercia ella, y su mirada permanece fija en mí.

Se establece un silencio entre nosotros que va ganando solidez conforme pasan los segundos y ninguno de los dos aparta la vista del otro. Mi mente trata por todos los medios de buscar una salida a la situación, pero mi cuerpo responde de manera muy diferente. Me inclino hacia ella despacio, sin ser consciente de ello, y lo siguiente que sé es que mis manos han pasado a acunar su rostro. Perdido en sus ojos, repletos de preguntas, pero también de una serenidad que me empuja más hacia ella, me acerco hasta que mis labios acarician los suyos con suavidad. Tan solo un tímido roce que me hace plantearme si he besado a alguna chica así antes, si en alguna ocasión lo he deseado tanto al tiempo que me ha dado tanto terror conseguirlo.

Si he estado tan confuso y desorientado como ahora.

—El beso fue cosa mía —admito, en un susurro, y la voz me sale más ronca que hace un momento—. Y este también.

Nuestras bocas vuelven a unirse, más ansiosas esta vez, y tiro de Lizzy para acomodarla en mi regazo. Sigue estando demasiado lejos, no importa que la rodee con mis brazos y la estreche contra mi pecho mientras continúo besándola, como si mi mente tratara de hacerle entender al resto de mi cuerpo que este instante terminará enseguida y tendremos que separarnos. Que este lugar, las calles bajo nosotros, las luces que lo inundan todo, me reclamarán antes de lo que deseo. Y por una vez me encuentro rogando para que el tiempo se detenga y olvidar lo jodido que está el mundo ahí fuera, lo jodido que estoy yo.

Pero el momento pasa y Lizzy se retira para tomar aire, las mejillas encendidas y el aliento entrecortado. Preciosa.

—Esto no es una rendición, Hunt —me dice, con ese tono firme que suele emplear tan a menudo—. No lo pienses ni de coña.

—Eso último es lo más parecido a un taco que te he escuchado decir —replico—, pero no sé de qué me hablas.

Echa un vistazo hacia abajo, como si valorase cuánto daño me haría si me

empujase. A saber lo que planea.

—Hasta que te rindas, ¿recuerdas? Eso fue lo que dijiste.

Se cruza de brazos, aunque intuyo que está reprimiendo la risa porque tampoco hace amago de bajarse de mi regazo. En realidad, sus labios, enrojecidos y tentadores, siguen demasiado cerca de los míos.

—Así que vas a seguir resistiéndote —replico, y deposito un beso sobre su hombro para luego continuar ascendiendo por su cuello.

Se le escapa un gemido cuando llego al punto justo detrás de su oreja. Creo que dice algo más, pero mi atención está puesta en lo que estoy haciendo y en las respuestas que mis besos provocan en ella.

—Me esforzaré más entonces —afirmo, con la cara hundida en el hueco de su cuello.

No sé quién de los dos lo está disfrutando más, y ese pensamiento me sorprende. Hasta ahora mis líos de faldas eran bastante más directos. Soy consciente de que las cosas no van a ir a más, teniendo en cuenta que estamos sentados en un muro de piedra a varios metros por encima del suelo, pero no puedo evitar emplearme a fondo para arrancarle gemidos. Lo más raro es que, cuando me percató de que el vestido se le ha subido y puedo ver incluso su ropa interior, tiro de la tela hacia abajo.

Las manos de Lizzy se deslizan por mi espalda del mismo modo que, horas antes, lo han hecho las de algunas de las clientes del Archer. La sensación no puede ser más distinta. Supongo que solo se debe al hecho de que ahora es consentido y no parte del trabajo, solo eso.

—¿Hasta que me rinda? —pregunta Lizzy, y algo en su voz me dice que es más que una simple broma para ella.

—Hasta que te rindas.

—¿Y luego qué, Hunt?

Por toda respuesta esbozo una sonrisa. En honor a la verdad, no quiero pensar en lo que va a suceder después.

OLIVER

Dos semanas es cuanto Lizzy necesita para hacer que alcance al resto de los alumnos. Durante ese tiempo, se sienta a mi lado en la última fila y me lanza miradas reprobatorias cada vez que me pilla garabateando frases de libros en los márgenes de mi libreta en lugar de prestar atención a Harris. No entiendo qué pudo ver Lizzy en ese tipo ni cómo él fue capaz de engañarla con otra. No hemos vuelto a hablar sobre nada demasiado... personal. En realidad, no hemos sido otra cosa que compañeros de estudio, algo que ha requerido un considerable esfuerzo por mi parte.

Nos hemos estado viendo los martes y los viernes para las tutorías, además de los sábados para ir al comedor benéfico y otra ronda de estudio después de eso. Sin contar con nuestras carreras matutinas por el campus. En resumen, esto empieza a parecerse mucho a una amistad y no sé si me alegra o me aterroriza, lo que sí es seguro es que me desconcierta.

—Esa me gusta —me dice, inclinándose sobre mi libreta para leer la frase que acabo de escribir—: No todos los que andan sin rumbo se pierden.

—Otra vez Tolkien.

Las comisuras de sus labios se curvan y tengo que recordarme que estamos en mitad de una clase, rodeados de otros estudiantes y también con su ex. Tiene la sonrisa más jodidamente brillante que haya visto jamás...

Este tipo de pensamientos son precisamente los que no han dejado de confundirme durante las últimas semanas. ¿Cuándo me he fijado yo en lo *brillante* que es una sonrisa, lo bien que huele una chica o la manera en la que su mirada me atraviesa si evado con una broma alguna de sus preguntas?

—¿Qué? —inquiero, porque sigue observándome con esa mueca divertida en su rostro.

—Es que no te imagino leyendo novelas —repone, y se apresura a añadir—: y que conste que no es cuestión de prejuicios.

Arqueo las cejas.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué es?

Se encoge de hombros y echa un vistazo rápido a la parte delantera del aula, donde Harris continúa disertando sobre alguna aburrida teoría de la economía mundial. Casi agradezco quitarme la asignatura este año y no esperar

al curso que viene; puede que Harris sea una eminencia en su campo, pero su manera de dar clase es soporífera.

—Ahora ya no tengo tanto tiempo para leer, paso todo el tiempo que puedo estudiando —aclaro, sin esperar su respuesta—. Pero los libros de fantasía fueron un refugio durante mi niñez y parte de mi adolescencia.

La confesión abandona mis labios sin ser consciente de que es algo que nunca le he contado a nadie. Es después, cuando la curiosidad chispea en los ojos de Lizzy, cuando comprendo lo que acabo de decir y lo que supone para mí. Nuestras conversaciones suelen girar en torno a lo que considero temas seguros e incluso he tenido que aceptar ante ella que tiro del humor para evitar ahondar en mi pasado o en otras cosas de las que no me planteo hablarle. Sin embargo, Lizzy es lista, demasiado lista para mi propio bien. No dejo de pensar en si no le estaré mostrando la parte de mí que me interesa que vea.

Sea como sea, con cada hora que paso con ella, me encuentro deseando que me conozca. Conocerme de verdad.

—Soy incapaz de imaginarte de niño —se ríe en voz baja.

—Por lo que veo, tienes muy poca imaginación, Lizzy, aunque eso tiene remedio. Seguro que tú eras una niña adorable...

Mi intento por dirigir la atención sobre su persona no surte efecto. Reflexiona durante unos instantes antes de volver a hablar.

—Hagamos un trato —me dice, con una determinación que da miedo—. Puedes venir a verme cantar en el Silver's si me cuentas algo de ti, algo vergonzoso y oscuro —añade, riendo de nuevo.

Le sigo el juego, aunque Lizzy no sea consciente de lo mucho que se ha acercado a la verdad. En realidad, sí que hay una parte oscura y también vergonzosa de mí que no solo le he ocultado a ella sino a la mayoría de los que me conocen.

—No creo que puedas evitar que me entere de cuando vas a actuar y aparezca por allí.

Desde que sus amigas alardearon de lo bien que canta he querido ir a comprobarlo por mí mismo, pero Lizzy se niega en rotundo. Aunque estoy seguro de que Triz me diría encantada qué noche van a ir y nada me impide presentarme en el bar, quiero que sea Lizzy la que desee mostrarme esa parte de ella por mucho que la haya amenazado con aparecer de improviso.

Quiero que me muestre lo que de verdad desee mostrarme de sí misma. Nada de máscaras, nada de ocultarse a pesar de que soy consciente de que esa

regla debería funcionar por ambas partes. Creo que ya se ha ocultado demasiado durante su relación con Harris y eso le duele.

—No vas a ir, lo sabes —murmura, cruzándose de brazos.

Una de las ondas de su melena se desliza sobre su hombro y el movimiento me distrae durante un segundo. Ha pasado de llevar esos complicados recogidos a dejarse el pelo suelto y alborotado, y lo mismo ha sucedido con su forma de vestir. Las camisas de botones han sido sustituidas por camisetas o blusas mucho menos serias, y las faldas por encima de la rodilla le han cedido el protagonismo a los vaqueros o a los vestidos a media pierna. Parece más... feliz. Deslumbrante, en realidad. Tal vez se esté redescubriendo.

—Tienes demasiada fe en mí, Lizzy.

Su mirada asciende hasta tropezar con la mía y permanece un rato observándome con los brazos cruzados y una cascada de ondas castañas enmarcándole el rostro.

—La tengo —admite, muy seria, como si quisiera transmitirme mucho más que esas dos simples palabras—. Por eso sé que no vas a ir al Silver's sin mi aprobación y también sé que terminarás por contarme quién eres. —Se inclina sobre mí y el gesto llama la atención de Harris, aunque Lizzy parece ajena a su escrutinio—. Hasta que te rindas, Hunt.

La frase, susurrada muy cerca de mi boca, revolotea entre nosotros, y el aire que nos rodea se calienta al mismo tiempo que lo hacen mis labios, bañados por su aliento. Me pregunto en qué momento la promesa que le hice ha terminado por volverse contra mí.

No tardo en tenderle la mano.

—Trato hecho. —Mira mi mano y luego sus ojos regresan a mi rostro—. Podemos sellarlo con un beso si quieres, estaría encantado...

Interrumpe mi bravata con un apretón de manos que sella el pacto, aunque ni siquiera sé de qué voy a hablarle.

—Muy bien —me dice, y comprueba la hora en la pantalla del móvil—. Estoy deseando que acabe la clase.

Obvio el hecho de que, lo que quiera que vaya a contarle de mí, espera que lo haga dentro de unos pocos minutos.

—Hubiera estado mejor lo del beso —bromeo, y Lizzy me señala con el dedo.

—Vuelves a hacerlo, Hunt —me acusa, y yo pongo los ojos en blanco—. ¿Tienes miedo de mí?

Sé que se burla de mí solo para sacarme de quicio, algo que se ha convertido también en una costumbre en estas semanas. Sin embargo, mi boca está contestando de nuevo antes de que sea consciente de las palabras que van a salir de ella.

—Tengo miedo de que no te guste lo que descubras.

Mi respuesta silencia cualquier réplica que tuviera preparada, al menos hasta que suena el timbre que da por finalizada la clase y el resto de alumnos comienza a recoger sus cosas para marcharse. Lizzy, por el contrario, me observa con sus grandes ojos castaños y permanece inmóvil en su asiento.

—El pasado no define lo que somos, Oliver —me dice, cuando aparto la vista, toda mi habitual seguridad perdida—. Nuestros errores... Las cosas que hemos hecho puede que dejen cierta huella en nosotros, pero no tienen que marcarnos. Es el presente el que habla de lo que somos, y no creo que debas avergonzarte de nada.

«Pero yo sí», me digo.

—Era solo una broma —repongo, mientras cierro la libreta y me pongo en pie.

Lizzy no se lo traga y, para que engañarnos, yo tampoco.

—Ven el jueves al Silver's conmigo, pediré micro para ese día.

Asiento, aunque no soy capaz de mirarla a los ojos. Cuando alcanzamos el pasillo, su mano se cierra en torno a mi muñeca y, solo entonces, alzo la mirada.

—Olvida ese estúpido trato —me dice, con expresión culpable—. No me importa tu pasado, igual que no me importa el pasado de Triz, Avery o Kaylee, así que olvida lo que he dicho.

Su comentario apenas si me tranquiliza.

Una parte de mí quiere hablarle de todo, llevarla de la mano por cada etapa de mi vida hasta ahora, y esa parte se va haciendo más fuerte con cada minuto que paso con ella.

LIZZY

—Pasáis mucho tiempo juntos últimamente —señala Triz, la tarde del jueves, al informarle de que también Oliver va a venir.

No es una pregunta, pero conozco a mi mejor amiga lo suficiente para saber lo que se propone.

—Solo le ayudo con la asignatura de Harris.

—¿Ya no es Mike? —Sus cejas se elevan, interrogantes, y una sonrisa capciosa se dibuja en sus labios.

—No quieras sacarle punta a todo, Triz. No ha pasado nada entre nosotros.

Kaylee asoma a través del hueco de la puerta de la cocina y se incorpora a la conversación.

—Pues a mí me parece un chico encantador y hacéis una pareja preciosa.

Agito las manos con vehemencia, rogando para que dejen el tema, pero no se dan por aludidas.

—Nada más, querrás decir. Porque pasar, lo que se dice pasar, ha pasado mucho.

Marcus sale de la habitación de Triz y se une a nuestra pequeña disputa. Si Avery no está presente es solo porque está dándose una ducha.

—¿Tienes nuevo ligue? —me pregunta Marcus, y se sienta en el sofá—. ¿Estudia en el campus? ¿Lo conozco?

Triz acude a sentarse a su lado mientras yo tiro un par de almohadones por el suelo. Habíamos quedado para cenar comida china antes de salir y Oliver debe estar a punto de llegar, así que es mejor acabar con esto cuanto antes.

—Lo conocerás en un momento, pero no, no es mi ligue. Solo somos amigos —señalo—. Dejad de cotillear sobre mi vida y portaos bien con él.

—Nos vendría bien una nueva incorporación al grupo —tercia Marcus, poniendo en evidencia mi soltería con poco tacto.

Triz le da un codazo que le arranca un quejido.

—¿Sabes, Marcus? —le reprendo yo, antes de que mi amiga siquiera abra la boca—. Las tías no necesitamos una pareja para sentirnos realizadas ni nada por el estilo, eso es lo que os gusta creer a los tíos para sentirnos indispensables.

—¡Y no lo sois en absoluto! —grita Avery desde el interior del baño. La puerta se abre y sale envuelta en una toalla—. Si Lizzy no quiere liarse con

Oliver, dejadla en paz.

Triz le da otro codazo a Marcus que evita que le conteste.

—Gracias, Avery —le digo.

—Pero secundo lo que ha dicho Kaylee sobre él —añade ella, guiñándome un ojo.

El timbre resuena a lo largo de la estancia, anunciando la llegada de nuestro último invitado. Les lanzo a todos una mirada de advertencia y acudo a abrir.

Para mi tranquilidad, Marcus se comporta cuando los presento y mis amigas dejan de lado las pullas y las indirectas mientras cenamos.

—Estás realmente preciosa esta noche, Lodge —me susurra Oliver al oído.

Se ha acomodado en el suelo junto a mí y, aunque ha estado charlando con el resto, no ha dejado de mirarme de reojo. Su comentario hace que baje la mirada y eche un vistazo a la tela que se amontona a mi alrededor. He elegido una falda larga negra y unas sandalias planas, mientras que en la parte superior he optado por una blusa gris que deja mi espalda al aire.

—Aunque... ¿recuerdas ese bonito vestido rojo que llevabas...?

—Lo recuerdo —repongo, porque sé perfectamente a qué vestido se refiere—. ¿Qué pasa con él?

Oliver sonrío al darse cuenta de que, aunque tratan de disimularlo, tanto mis amigas como Marcus están pendientes de nuestra conversación.

—Nada.

—No, vamos, dime —lo animo, solo por curiosidad.

Se acerca un poco más a mí y su aroma me envuelve de tal manera que no tardo en olvidarme de la atención que nos están prestando los demás. Sin ser consciente de ello, yo también me inclino hacia él.

—Me la pusiste dura —admite al fin, bajo una tos forzada que no logra enmascarar sus palabras.

Percibo el calor acumulándose en mis mejillas de manera instantánea, así como la carcajada que Oliver lucha por reprimir. Tras el desconcierto inicial, soy yo la que busca su oído.

—Me di cuenta —le digo, sin molestarme en susurrar, y escucho con claridad a Triz atragantándose con su propia risa—. A veces eres más transparente de lo que crees, Hunt.

No digo nada más. Prefiero que adivine a lo que me refiero.

Horas más tarde, una vez en el Silver's, ya no me parece tan buena idea que Oliver me vea cantar. Puedo hacerlo frente a mis amigas, frente a Marcus,

frente a desconocidos... Sin embargo, con él no parece lo mismo. Me siento como si fuera a desnudarme frente a él, cosa que ya he hecho por cierto, lo cual resulta aún más raro.

—¿Ya has elegido canción? —me pregunta Kaylee, tan risueña como siempre.

No sé de dónde saca tanta alegría.

—Sí.

—¿Lista? —interviene Oliver, acercándose a nosotras.

Su mano se posa en la parte baja de mi espalda con naturalidad, y el roce de sus dedos sobre mi piel desnuda me provoca un escalofrío. Por mucho que les haya dicho a todos que solo somos amigos es obvio que hay mucho más que amistad entre nosotros, y darme cuenta de ello me pone aún más nerviosa.

—Lista —respondo, aunque no esté para nada preparada.

—Te acompaño.

Dejamos a Kaylee junto al resto del grupo y nos encaminamos hacia el escenario. La mano de Oliver continúa haciendo de las suyas en mi espalda y mis nervios van en aumento.

—Siento si te ha incomodado mi comentario de antes sobre tu vestido rojo —comenta, cuando alcanzamos la tarima al fondo del local.

—No se trata de eso.

—Entonces intuyo que te inquieta cantar delante de mí. No has parado de alisarte la falda desde que salimos de tu piso —tercia él, frunciendo el ceño.

Suelto una breve carcajada, más debido a los nervios que a su broma, y agito la cabeza en señal de negación.

—He hecho esto muchas veces.

Mi respuesta no parece satisfacerle, aunque reconozco que no ha sonado demasiado convincente. A nuestro lado, el pinchadiscos me hace una señal para advertirme de que soy la siguiente, pero Oliver me rodea la cintura con el brazo y no me permite moverme.

Coge aire antes de empezar a hablar.

—No conozco a mis padres. Me abandonaron cuando era un crío y hasta los catorce años viví en casas de acogida —suelta a bocajarro—. Unas fueron mejores y otras... peores, mucho peores. En cada una de ellas buscaba siempre una biblioteca cercana y la convertía en mi refugio, un lugar a salvo de toda la mierda de mi vida por aquel entonces. Pasaba las horas leyendo y, cuando tuve cierta edad, estudiando. Estaba convencido de que eso era lo único que me daría

una oportunidad. —Hace una pausa, aunque sus ojos me rehúyen—. Me gustaría pensar que las cosas han cambiado desde entonces. Y... bueno, he cumplido mi parte del trato.

Me quedo inmóvil, de pie a su lado, sin saber muy bien qué decir y sintiéndome estúpida por haberle presionado. En ningún momento había imaginado algo así. Tampoco es que me haya puesto a elucubrar sobre su pasado, si bien, si hubiera tenido que aventurar alguna teoría al respecto, hubiera dicho que tal vez sus padres no aprobaban su trabajo o algo por el estilo, o que quizás era el chico problemático del instituto antes de entrar en la universidad. Nunca... esto.

Ahora mi preocupación por la ruptura con Mike me parece banal y absurda, y haber compartido con Oliver mis miedos mientras él callaba todo por lo que debe haber pasado me hace sentir aún peor. De repente, comprendo lo relativo que puede ser nuestro dolor cuando dejamos de mirarnos el ombligo y lo comparamos con el de otra persona.

—Oliver, yo...

—No me compadezcas —me corta, y por fin levanta la vista para mirarme a los ojos.

Los suyos están repletos de un dolor mal disimulado. Su esfuerzo por no demostrarlo es evidente, pero no consigue su objetivo en absoluto. Incluso la curva de su sonrisa fingida carece de descaro.

—No lo hago —repongo—. Pero lamento haberte forzado a contármelo. No era lo buscaba.

Coloca la mano sobre mi mejilla y sus dedos me queman la piel de una forma muy distinta a la que lo han hecho hasta ahora. La caricia es tan suave y está tan cargada de ternura que duele.

—No me has obligado a nada, Lizzy. Quería contártelo —replica, y, aun así, la amargura quiebra su voz—. Ahora sube a ese escenario y enséñame lo que sabes hacer. Quiero oírte cantar.

Se inclina hasta que sus labios alcanzan la parte alta de mi sien y deposita un beso antes de dejar caer la mano que sostiene mi cara.

Lo único que desearía hacer en este momento es abrazarlo muy fuerte, como si pudiese de alguna manera brindarle parte del cariño del que su vida ha carecido, pero no lo hago. No sé si es eso lo que Oliver desea y no quiero empeorar la situación.

Asiento y me subo al escenario, y hago lo que me pide. Canto *Dying to live*,

de Scott Stapp. Rota por la confesión de Oliver, desgrano la letra estrofa a estrofa, y a veces me parece tan apropiada para la ocasión como, en otros momentos, odiosa; no importa que la haya elegido antes de hablar con él. Cierro los ojos mientras canto, ya no por vergüenza sino por el esfuerzo que me supone en este instante estar aquí cantando, y no los abro hasta que pronuncio la última palabra y el eco de esta se apaga para ser sustituido por los aplausos y algunos silbidos de aprobación.

En un acto reflejo, busco a Oliver entre los presentes, temerosa de que se haya marchado, enfadado o dolido. Lo encuentro junto a mis amigos con una cerveza en la mano y una sonrisa triste en los labios, contemplándome desde el otro lado del bar. No tardo en bajarme del escenario e ir a su encuentro. Varios clientes me paran para felicitarme, aunque no escucho nada más allá del pulso que late en mis oídos, provocado por el latido acelerado de mi corazón. Pero es Oliver el que, antes de que sea capaz de abrir la boca, me envuelve con sus brazos y me estrecha contra su pecho.

—Ha merecido la pena —me dice, muy bajito—. Ha sido increíble, Lizzy.

Mis amigos lo secundan con más silbidos y varias palmaditas en mi espalda, pero mi atención continúa en Oliver; en la presión que ejerce su cuerpo contra el mío; en su aroma y la calidez de su aliento sobre mi cuello, y en lo sincero que ha sonado su comentario. Pero, sobre todo, en cómo puede parecerme tan diferente del chico contra el que Triz me empujó hace unas semanas.

OLIVER

Lizzy se muestra animada frente a sus amigos, salvo porque a ratos la sorprende ensimismada y con expresión ausente. Pasamos la siguiente hora en el Silver's charlando mientras otros clientes suben al escenario e intentan superar la proeza de Lizzy, algo difícil. Se ha dejado el alma en esa canción aunque su voz se haya roto en varias ocasiones, o quizá precisamente debido a eso. Parecía estar arrancándose las palabras del pecho.

Casi dos horas después, aunque el bar hierve de actividad para ser un jueves, resulta obvio que Lizzy no se encuentra del todo cómoda.

—Creo que es un buen momento para retirarme —me dice, aprovechando que Triz ha arrastrado a Marcus hasta la zona de baile y Avery y Kaylee los observan divertidas desde la barra.

—¿Cansada? —pregunto, aunque no creo que se trate de eso.

Sus ojos dejan entrever mucho más de lo que se atreve a decir.

—¿Me acompañas a tomar aire? —me pide, por el contrario, evitando responder.

—Puedo acompañarte a casa si quieres. Debería estar estudiando así que...

Supongo que este es el resultado de haberle soltado a bocajarro los detalles de mi infancia. Mi humor tampoco es que sea mejor, aunque escucharla cantar ha sido, sin duda, lo mejor de esta noche. Ha conseguido que olvide incluso lo que acababa de contarle.

—No quiero ir a casa —señala, y yo frunzo el ceño, confuso.

—¿Y a dónde quieres ir entonces?

No me responde de inmediato. Su mirada se ilumina justo antes de que enlace los dedos con los míos y tire de mí hacia el exterior con decisión. Giro la cabeza mientras avanzamos entre la gente. Kaylee y Avery contemplan nuestra precipitada huida con una sonrisa, una de ellas incluso agita la mano para despedirse.

Salimos fuera en cuestión de segundos y Lizzy se detiene en mitad de la acera. Su mirada oscila de un lado a otro de la calle.

—¿Se puede saber a dónde vamos?

—A la playa.

Rompo a reír, convencido de que no lo ha dicho en serio y esperando

escuchar también sus carcajadas. Pero eso no ocurre.

—Estás de broma —le digo, y me planto frente a ella.

Saco el móvil para comprobar la hora y ella también echa un vistazo a la pantalla antes de comentar:

—Ni siquiera es medianoche.

—Mañana hay clase.

Ahora sí que se ríe.

—Pensaba que la sensata era yo —aduce, y su voz tiene un deje desafiante.

Nuestras miradas se enredan mientras algunos clientes entran y salen del bar. Lizzy no les presta ninguna atención. Tiene las mejillas encendidas a pesar de la brisa fresca y los labios entreabiertos, como si en cualquier momento fuera a tomar la palabra de nuevo. Sin embargo, soy yo el que cede primero.

—Bien, entonces vamos.

Solo entonces, las comisuras de sus labios se curvan. No estoy seguro de haberlo dicho en serio, pero ambos terminamos riendo, posiblemente de nosotros mismos, y el sonido de nuestras carcajadas resuena a nuestro alrededor, envolviéndonos con la calidez de la que carece la noche. Es más agradable de lo que me gustaría admitir.

No sé si es debido a que la tensión ha desaparecido de sus hombros y parece mucho menos melancólica que hace un rato, a lo absurdo de su proposición o a que haya conseguido hablar con ella de mi pasado, pero me siento mucho más ligero que cuando entré en el Silver's esta noche. Capaz de cualquier cosa.

Procuró no pensar nunca en esa etapa de mi vida y hasta ahora no me había dado cuenta de lo mucho que sigue afectándome hacerlo. Las heridas siguen estando ahí, partes de mí que siempre he sabido que están rotas, momentos que el dolor se encargó de grabar a fuego en mi memoria. Pero hay algo en este instante, algo en la imagen de Lizzy subida a ese escenario, que consigue aliviarme de un modo extraño. Nunca me había sucedido hasta ahora y no sé muy bien cómo tomármelo.

—¿A la playa? —inquiero, y casi espero que me diga que me está tomando el pelo.

Saca su móvil y se pone a teclear a toda velocidad.

—Seguro que Triz nos presta su coche. En realidad es de Marcus, pero no habrá problema —me dice, con una sonrisa adornando sus labios.

Pongo la mano encima de las suyas para detenerla.

—¿De verdad quieres ir a la playa a estas horas de la noche? —Ella asiente,

como si fuera a encontrar en el mar las respuestas a las preguntas que le roban el sueño—. Está bien, podemos usar mi Jeep.

—¿Tienes coche además de la moto?

—Llamarlo coche puede que resulte demasiado generoso, pero servirá — admito—. Tendremos que coger un taxi para ir a mi casa a buscarlo.

—Le mandaré un mensaje a Triz para decirle que nos vamos y que no se preocupe. —Retiro las manos y comienza a teclear de nuevo. A continuación, levanta la barbilla y me brinda otra de esas jodidas sonrisas brillantes—. Listo. Vamos, me encantará ver tu casa.

Desde mi primer año en la universidad me alojo en una especie de sótano habilitado como vivienda que Loren, mi jefe, me consiguió por un precio ridículo. Una más de las cosas que le debo. La beca cubre los gastos de la matrícula y poco más, así que encontrar un sitio para vivir era otro de los problemas que tuve que sortear para poder asistir a clases aquí. No es gran cosa, pero es solo para mí y no está demasiado lejos del campus. Sin embargo, reconozco que me avergüenza llevar a Lizzy allí. Chace diría que estoy perdiendo mi encanto con las chicas, eso seguro, porque no es la primera a la que llevo a casa, pero yo solo me planteo por qué demonios cada detalle empieza a tener tanta importancia cuando se trata de Lizzy.

—Tengo que coger las llaves —le digo, cuando el taxi nos deja frente al edificio.

Lizzy levanta la mirada para contemplar la mole de cemento gris que alberga casi medio centenar de apartamentos. El edificio es antiguo, aunque al menos no parece abandonado y el dueño se encarga de mantenerlo en buenas condiciones, pero está muy lejos de asemejarse a las residencias del campus.

Lizzy no hace ningún comentario al respecto. Se limita a mirarlo todo con curiosidad y actúa de forma similar cuando descendemos por la escalera que lleva hasta la puerta de mi piso.

—Será solo un momento.

Giro la llave, pero no termino de abrir la puerta del todo.

—Tómate tu tiempo. Quizá quieras cambiarte o coger el bañador — sugiere, recordándome nuestros planes.

—¿Qué hay de ti? —repongo, porque dudo mucho de que lleve un biquini bajo la ropa.

Bajo la luz mortecina de la única bombilla que hay en esta zona, su respuesta es una gran sonrisa y un encogimiento de hombros despreocupado.

—Me las arreglaré. No es la primera vez que me escapo de noche a la playa. Mis padres viven en Oxnard, cerca de la costa, y cuando iba al instituto allí la mayoría de las fiestas a las que asistía se celebraban en la playa —explica, y su expresión deja claro que recuerda esos días con cariño—. El mar siempre ha formado parte de mi vida.

Me gustaría decir que existe algo similar para mí, amigos de la infancia a los que recordar, días felices a los que aferrarme. Nuestras vidas han sido tan diferentes que me pregunto cómo hemos llegado a encontrar un punto en común. Supongo que lo único que nos une es la universidad.

—Suená bien —le digo, y abro la puerta para dejarla pasar.

Ella avanza y yo la sigo al interior. Paseo la vista por el apartamento de la misma manera en que lo hace Lizzy. Lo único que no queda a la vista es el baño, el resto de habitaciones se encuentran integradas en la estancia principal: una pequeña cocina a la izquierda; la cama, desecha y rodeada de varias pilas de libros de texto; y un pequeño sillón con una televisión junto a un armario. Todos mis efectos personales concentrados entre cuatro paredes que ni siquiera están decoradas. Puede que no me haya dado cuenta de lo deprimente que es mi casa hasta ahora.

—Es acogedor.

—No mientas —replico, haciendo un esfuerzo por sonreír—. Solo es algo temporal.

Lizzy, plantada en mitad del salón-dormitorio, se vuelve en mi dirección.

—Pues ya tienes más que yo. He sido incapaz de encontrar nada en el campus y ya llevo más de un mes ocupando el sofá de Triz y Avery —explica, quitándole importancia al asunto.

Acto seguido se deja caer sobre la cama. Mentiría si dijera que no he fantaseado más de una vez con tenerla justo ahí.

LIZZY

—Buscaré las llaves —comenta Oliver, pero no hace amago de moverse.

Está aún junto a la puerta, con la mirada fija en mí, observándome como si fuera un misterio a desentrañar. Para mí, el misterio es él.

A primera vista su casa no es más que el sitio al que viene a dormir o estudiar, no hay fotos ni adornos, ni nada remotamente personal. Sin embargo, hace mucho que aprendí que la importancia de un hogar no reside en las cosas que hay en él sino en las personas que lo habitan, y es la soledad de Oliver lo que me parte el corazón. Incluso cuando mi familia perdió la casa en la que yo había nacido y crecido, mi madre me decía que todo estaría bien siempre que nos tuviéramos los unos a los otros. Saber que Oliver no ha contado con nadie en el que apoyarse ni que cuidara de él me hace valorar aún más las palabras de mi madre y lo que ha sido mi vida hasta ahora.

—¿Haces otra cosa que no sea estudiar? —inquiero, incorporándome para ver mejor su expresión.

—Trabajar —contesta, con una mueca.

En este momento parece mucho más joven y más vulnerable que la noche que le conocí en el Archer, y no puedo evitar pensar en que cuando sale cada día por la puerta se viste de chico duro tal y como se disfraza para cada uno de los números que realiza en su trabajo.

—Pues como tu tutora déjame decirte que necesitas un descanso —señalo, y en esta ocasión soy yo la que se aferra al humor para deshacerse de la tensión que se respira en la estancia—. ¿Tienes un par de mantas?

Sus cejas salen disparadas hacia arriba de un modo cómico. Hago un gesto con la mano para desechar lo que sea que está pensando. Al menos mi pregunta lo arranca de su inmovilidad. Se dirige a la cocina y saca un manojito de llaves de un cajón, supongo que las del Jeep. Abre también el armario y coge una manta.

—Tendrás que conformarte con una, sea lo que sea lo que planeas.

Asiento. Mi siguiente sugerencia pasa por llevarnos algo de comida. Preparamos unos sándwiches, apretados en el pequeño espacio frente a la encimera de la cocina, mientras reflexiono sobre lo irreal que suelen ser las expectativas que nos creamos cuando conocemos a alguien y lo mucho que engañan las primeras impresiones. Hace casi un mes me escandalizaba por el

trabajo de Oliver y suponía que era el típico tío arrogante y superficial que disfrutaba con la atención que despertaba desnudándose, y ahora, por el contrario, creo que la superficial era yo. Criticar la vida de la gente sin conocer todos los detalles es un error que la mayoría nos creemos a salvo de cometer, pero la realidad es muy diferente.

—¿En qué piensas, Lizzy? —me pregunta, mientras metemos las cosas en su mochila de clase.

—En los prejuicios —respondo, sin pararme a pensar.

—Y yo que creía que estarías preguntándote si cogería o no el bañador — bromea, pero hay tensión en su voz—, y resulta que te has puesto en modo transcendental.

Agito la cabeza para desprenderme de los pensamientos que amenazan con ensombrecer más este momento.

—Divirtámonos un poco, Hunt. —Bajo la vista para echar un vistazo a mi ropa—. Y hablando de eso, ¿me prestas una sudadera?

Tardamos más de una hora en llegar a la costa. El Jeep de Oliver protesta durante todo el camino, pero, tal y como dijo, nos lleva hasta nuestro destino. Al salir de su casa él ha dado por supuesto que iríamos a Santa Mónica, la zona de playa más cercana a la universidad, pero al final he logrado convencerlo para dirigirnos más hacia el norte, pasado Malibú. Hay una cala preciosa a la que mis amigas y yo solemos ir cuando mi anhelo de sal y arena se hace insoportable.

—¿Te importa si pongo la radio?

—No funciona —se disculpa él—, pero siempre puedes cantar tú.

Y eso hago. Para su sorpresa, me pongo a cantar. Primero en voz baja, con cierta timidez, pero poco a poco mi voz va ganando fuerza y olvido mis recelos. Oliver incluso se anima a hacerme los coros en alguna de las canciones y el interior del habitáculo termina llenándose de música y carcajadas entremezcladas. El sonido de su risa es increíble, profundo y ronco, como si saliera de un rincón olvidado de su corazón.

El trayecto pasa volando y, cuando queremos darnos cuenta, estamos frente a una cala apartada en algún punto más allá de Malibú. La colina en la que aparcamos nos ofrece unas vistas magníficas del océano extendiéndose a nuestros pies, con una media luna que lo tiñe de plata y le arranca multitud de reflejos. El aire está cargado de sal, ese aroma que he echado tanto de menos en las últimas semanas, y no puedo evitar sonreír como una niña.

Permanecemos unos minutos dentro del coche, admirando el paisaje, cada

uno perdido en sus propios pensamientos. Oliver mantiene las manos aferradas al volante mientras yo subo los pies al asiento y apoyo la barbilla sobre mis rodillas.

—¿Sabes? —le digo, y él se vuelve hacia mí—. Siempre he creído que el mar es como la vida. A veces en calma, amable y sereno, mientras que en otras ocasiones nos muestra su cara más turbulenta... Feroz y devastador, crees que no te permitirá volver a tierra y, cuando por fin lo consigues, da miedo volver a internarse en él...

Oliver esboza una sonrisa que no le llega a los ojos. Quizás debería haberme guardado mis reflexiones para mí.

—Yo soy más de los que se quedan en la arena, observando el horizonte — replica, y, acto seguido, abre la puerta y se baja del coche.

Coge la mochila y la manta, y rodea el coche hasta llegar al lado del copiloto.

—Vamos, Lizzy, enséñame por qué me has traído hasta aquí.

—El mar lo cura todo —repongo, mientras desciendo de un salto—, o eso dicen.

El comentario no puede ser más ingenuo, pero me gustaría pensar que hay algo en esta inmensa extensión de agua y sal que es capaz de limpiarnos por dentro y por fuera, llevándose lo malo y dejando tras de sí solo lo bueno.

—Eres una soñadora —señala, al tiempo que nos descalzamos para internarnos en la playa, y, como si de un desafío se tratara, me echo a correr por la arena en dirección a la orilla.

Grito. Sí, grito como una chiquilla, avanzando a trompicones hasta que el agua me lame los pies, arrancándome un nuevo grito mucho más agudo que los anteriores.

—¡Está helada!

Oliver avanza por la arena mucho más despacio, con una mano en el bolsillo de los vaqueros y la otra sujetando el asa de la mochila que lleva a la espalda, el rostro bañado de luces y sombras que resaltan su expresión entre perpleja y divertida.

—¡Y tú estás loca! —grita también él en repuesta.

Deja caer la mochila y se cruza de brazos. Es curioso que sea yo la que se está comportando como una cría porque su expresión nunca antes me ha parecido más inocente que ahora. Sus ojos permanecen fijos en mí, repletos de complicidad, siguiendo cada uno de mis movimientos, y las comisuras de sus

labios se arquean a pesar de que no deja de morderse el labio inferior.

Enfundada en la sudadera que me ha dejado y que me llega a medio muslo, no dudo en sacarme la falda por la cabeza, aunque el bajo ya está empapado. Hago una bola con la tela para lanzársela. No llega ni a mitad de camino.

—Si saco un vídeo de esto y lo paso entre los de clase, no iban a creérselo —alega, sin moverse del sitio.

Le enseño la lengua. Esto es lo que hace el mar conmigo, o quizás sea que por fin he decidido dejar de plantearme quién soy o lo que estoy haciendo, quizás lo mejor es dejarse llevar por las olas y esperar a ver dónde te llevan.

—¡Vamos, cállate y ven aquí!

Agita la cabeza, negando, y yo vuelvo a enseñarle la lengua sin dejar de chapotear. Me interno un poco más. El agua alcanza mis rodillas y, dándole la espalda a Oliver, me deshago también de la sudadera y la blusa. Echo un vistazo por encima de mi hombro para comprobar su reacción. No se ha movido del sitio.

OLIVER

Lizzy me mira una última vez antes de saltar y sumergirse por completo bajo el agua, y yo no dejo de preguntarme qué hago aquí de pie en la arena en vez de acudir junto a ella. Puede que tenga razón y que haya algo calmante en contemplar el mar o puede que simplemente esté disfrutando de cómo, además de quitarse la ropa, se ha sacudido la sensatez. Se comporta como una niña, como si no tuviera otra preocupación que la temperatura a la que se encuentra el agua, y, por algún motivo que desconozco, su actitud resulta fascinante.

Es ridículamente hermosa.

Durante varios minutos todo lo que hago es quedarme de pie en la arena, contemplándola flotar mecida por las olas. Siento deseos de ir con ella, pero no me atrevo a avanzar ni a moverme por miedo a romper la idílica estampa. De repente es como si en este momento yo tampoco tuviera otra preocupación más que la de observarla.

—¡Hunt, vamos! —me anima, sumergida hasta la barbilla—. ¡Está increíble!

—¡Dijiste que estaba helada!

—¡Mentí!

Rompo a reír. Un instante más tarde me desprendo de la camiseta así como de los vaqueros. No suelo pensar en nada cuando me quito la ropa, tan solo me saco las prendas de forma mecánica. Supongo que lo he hecho en público tantas veces a lo largo de los años que ha perdido cualquier tipo de significado que pudiera tener al estar con una chica.

Me lanzo al agua sin pensármelo y el frío agujonea mi piel. Poco después ya me encuentro frente a Lizzy, dejándome mecer también por las olas y sumergido hasta el cuello. Ella sonríe, sus ojos chispeando divertidos, mientras el mar acaricia sus labios de tanto en tanto. Pequeñas gotas recorren su rostro, y su pelo, antes castaño, se ha contagiado de la misma oscuridad que nos rodea.

Nos miramos en silencio, cómodos con la presencia del otro de una manera en la que hace semanas me hubiera resultado impensable.

—Me había equivocado contigo —comento, mientras mis ojos se llenan de ella y el sonido del mar nos arrulla.

—¿Prejuicios?

Esa pregunta ya casi se ha convertido en una tradición entre nosotros. Sin embargo, niego.

—Solo un chico conociendo a una chica.

Me regala una de sus luminosas sonrisas, una que me hace desear más; más risas, más confesiones, más de ella y de mí.

—Creo que eso es lo más bonito que alguien me ha dicho jamás — murmura, y, aunque las olas la van arrastrando lejos de mí, lucha por mantenerse cerca.

Le tiendo la mano y tiro de ella hasta que nuestras rodillas se rozan bajo el agua, provocándome una descarga que calienta mi cuerpo de inmediato.

—Tú eres lo más bonito que he visto jamás.

No sé de dónde salen esas palabras. Puede que se trate de este sitio o de la idea de estar por primera vez permitiendo a alguien que vea más allá de mi piel; puede que todo se deba a ese estúpido reto, a conseguir traspasar sus barreras y lograr que se rinda. Puede, puede, puede... Y, sin embargo, algo me dice que es más que eso.

Lizzy coloca las manos sobre mis hombros y las mías pasan de manera automática a su cintura, y me desconcierta la naturalidad con la que mis dedos se deslizan por su piel. Su cercanía me aturde y su tacto resulta algo nuevo, diferente.

—Soy yo la que estaba equivocada contigo —susurra, muy bajito.

Sin apartar la mirada de mí, sostiene mi rostro con las manos y el gesto resulta tan delicado que duele. Me pregunto si esto es lo que se siente cuando alguien te demuestra cariño.

Incapaz de resistir por más tiempo, la acerco a mí hasta que nuestras piernas se enredan, su pecho aplastándose contra el mío y su aliento calentándome los labios. Me olvido de pensar en nada que no sea este instante, este momento único que terminará por pasar. Olvido el pasado y el futuro y la beso con cuidado, con toda la lentitud que mi autocontrol me permite. Disfruto de lo que me ofrece, de su risa y de su sabor, de la niña que corre y salta y de la mujer que acaricia y se abandona ahora entre mis brazos. De Lizzy y de Elizabeth, como si se tratara de dos personas que se han reunido en una sola esta noche; solo para mí, solo durante unas horas. Y no queda nada más que nosotros.

Mis manos buscan ávidas más de su piel mientras que las suyas continúan aferrándose a mí. No dejo un rincón de su boca por descubrir y la intensidad del

beso hace que me sienta más lleno que vacío; más acompañado que solo. Nos besamos durante tanto rato que las yemas de los dedos se nos arrugan, como si estuviéramos viviendo una vida entera en unos pocos minutos, envejeciendo juntos, y esa idea me obliga a separarme de ella.

No hay brusquedad alguna en el gesto y, dado que en algún momento las piernas de Lizzy han pasado a rodear mis caderas, la distancia entre nosotros continúa siendo casi inexistente. La mantengo así, frente a mí, erguida y con el torso desnudo, con el pelo mojado cayendo sobre sus hombros y el rostro iluminado por la luz de la luna. Ella sonrío, tan solo eso, pero sus ojos dicen otras muchas cosas.

—¿Salimos? —inquiero, y comienzo a caminar hacia la orilla con ella anclada a mi cuerpo.

Lizzy asiente, mordiéndose el labio inferior, y a duras penas consigo no ser yo quién lo mordisquea mientras me dirijo hacia el lugar donde he dejado la ropa.

La manta es lo suficientemente grande para que podamos envolvernos los dos en ella. Nos sentamos en la arena muy juntos, cubiertos hasta el cuello, temblando, y no sabría decir si se debe al frío o es una consecuencia del beso.

—Cuéntame algo de ti —le pido, y la rodeo con el brazo.

Ella se recuesta sobre mí, acurrucándose contra mi pecho. Estamos semidesnudos bajo la manta y solos en mitad de ninguna parte, pero el deseo que arde en mi interior no consigue vencer al anhelo de saber más de ella, de conocer cada detalle de su vida hasta ahora. Quizá cuando aposté que se rendiría no hablaba de mí sino de ella misma; quizá lo que realmente busque es mostrarle quién es de verdad y que ella pueda ayudarme a descubrir quién soy yo.

—¿Haces esto a menudo? —pregunto, antes de que llegue a decir nada.

Lizzy levanta la barbilla y me dedica una mirada repleta de picardía. En este momento, entre mis brazos, parece aún más menuda.

—¿Traerme a chicos a la playa en mitad de la noche para seducirlos? — replica, arrancándome una carcajada.

—¿Eso es lo que estás haciendo? ¿Seducir a un pobre chico indefenso?

—No sé por qué, pero dudo de que estés indefenso.

Trazo la línea de su mentón con la punta de los dedos y percibo cómo se estremece.

—Puede que te sorprenda, Lizzy.

Me inclino y deposito un beso sobre la piel suave de su sien, y ella vuelve a acomodarse con la mejilla contra mi pecho. Apenas si se le ven los ojos bajo la manta. Poco después, comienza a hablar en voz baja y me cuenta cómo conoció a Triz en su primer año de universidad. Su amiga la asaltó en el campus para pedirle unas indicaciones y le contó de un tirón la historia de su vida. Para cuando quisieron darse cuenta se habían saltado la primera de sus respectivas clases y hablaban como si se conocieran de toda la vida.

—Fue mi salvación. No se me da bien hacer nuevos amigos —señala, sin imaginar lo mucho que entiendo cómo se siente.

La diferencia es que yo no suelo poner demasiado empeño en relacionarme con nadie, no cuando lo único que quiero es salir de esta ciudad y cortar todos los lazos que puedan unirme a ella. La única excepción es Chace, y ni siquiera con él mantengo una amistad tan estrecha como puede haber entre Lizzy y Triz.

—Luego vino Avery, me la presentó Triz, y ella a su vez me presentó a Kaylee, su novia.

—¿Llevan mucho tiempo saliendo?

Lizzy asiente y se le escapa una sonrisa cargada de ternura.

—Son como una institución. Llevan juntas desde que iban al instituto y no quisieron separarse para venir a la universidad, aunque si hay una relación que pueda soportar la distancia es la de ellas —me explica—. Reconozco que me chocó cuando me la presentó como su pareja. Malditos prejuicios —murmura avergonzada—, pero pasada la impresión inicial me di cuenta de que no soy quién para juzgar a nadie por la persona de quién se enamora. Solo se trata de eso, personas que aman a personas, y te aseguro que son dos chicas increíbles.

—Eso me ha parecido —respondo, dejando que mis dedos se enreden en su pelo.

—Luego llegó Marcus y poco después yo empecé a salir con Mike.

Se hace el silencio tras su última frase, pero me mantengo a la espera. No quiero forzarla a hablar de su relación con el profesor Harris más allá de lo que ella quiera contarme.

—Me dio clase el primer año así que no hubo nada entre nosotros hasta que dejé de ser su alumna. Aun así, nunca quiso hacerlo público, pero la gente terminó por enterarse y murmuraban sobre el tema en el campus.

La estrecho un poco más contra mi pecho.

—¿Fue duro? La forma en la que terminó todo...

Ella ríe, pero su risa carece de humor.

—Hay cosas peores —repone, y vuelve la cabeza, buscando el mar—. Al margen de sus defectos, me duele más haber dejado de ser yo misma a su lado, y de eso yo soy la única culpable.

—Se comportó como un cabrón. No creo que debas culparte por nada —le digo, y la rabia es patente en mi voz.

—Bueno, él será el que tenga que vivir con lo que hizo. Prefiero centrarme en mí y en el ahora. ¿Se me permite ser un poco egoísta en eso? —pregunta, con más tristeza que malicia.

Paso los dedos bajo su barbilla y la obligo a mirarme.

—No creo que seas egoísta por pensar en ti. No se puede ser feliz con nadie si no eres feliz contigo mismo.

Tras esa afirmación soy yo el que calla. Al contrario que Lizzy, no quiero pensar en mí y en mi felicidad. En este instante, lo que siempre ha sido mi sueño se me antoja más una huida desesperada que un nuevo comienzo.

LIZZY

—Mierda, Triz, apaga la luz —farfullo entre dientes.

Me acurruco entre las mantas, tapándome incluso la cabeza, mientras continúo protestando hasta que me doy cuenta de que hay alguien acostado junto a mí. Unos brazos me rodean, una pierna se cuele entre las mías y unos labios, los de Oliver, rozan mi piel.

—¡Ay, Dios! ¡Oliver, despierta!

Me incorporo y echo un vistazo rápido a mi alrededor. La playa, aún desierta, la manta cubriéndonos y el sol despuntando a nuestra espalda. Anoche la charla se alargó más de lo que esperaba para tratarse de Oliver, aunque fui yo la que no dejé de hablarle de mí. Resulta fácil hablar con él, sabiendo que no me juzgará y que hará todo lo posible por comprender lo que le cuente. A pesar de las dificultades por las que ha pasado, no es de los que resta importancia a las preocupaciones de los demás.

—¡Vamos a llegar tarde! —le grito, a punto de comenzar a zarandearle.

Su rostro luce completamente relajado, libre de toda tensión. No parece que mis gritos le perturben lo más mínimo. Uno de sus brazos rodea mi cintura mientras que el otro le sirve de almohada. Es una pena tener que despertarlo, porque podría pasar horas observándolo dormir. Supongo que eso me convierte en alguna clase de mirona perversa.

—Oliver —lo llamo, esta vez con más suavidad, y sus labios se mueven para susurrar mi nombre.

Acto seguido, me aprieta contra su costado y su cuerpo se amolda al mío con una perfección alarmante. Por un momento dudo de querer despertarlo de verdad.

—Quédate conmigo un poco más —susurra, somnoliento, y, a pesar de la dulzura de su petición me veo obligada a devolverlo a la realidad.

—Llegamos tarde a clase.

Me toco el pelo, que la sal del mar ha convertido en una maraña de nudos, y resoplo. Sin embargo, ese no es el mayor de mis problemas.

—Ni siquiera vamos a poder cambiarnos —añado, aunque los ojos de Oliver continúan cerrados.

—A la mierda las clases —repite él, y sus párpados se elevan al fin.

Una sonrisa perezosa se dibuja en su rostro. Anoche no ocurrió nada entre nosotros más allá del beso que nos dimos en el agua, pero estar aquí, tumbados el uno junto al otro y despertando juntos, me produce una sensación de intimidad mayor de la que podría haber sentido hasta ahora con cualquier otro chico, incluido Mike.

—¡Oh, mierda! —exclamo al caer en la cuenta de que hoy tenemos clase con él.

—¡Ey! ¡La señorita Lodge dice tacos por las mañanas! —se ríe Oliver, sin soltarme.

Tiro de él para incorporarme, aunque se resiste a dejarme ir.

—¡Tenemos que marcharnos ya si queremos llegar a la clase de Harris! —le digo, pero no parece muy dispuesto a moverse—. Tú puedes pasar y solo será una falta de asistencia, pero ¡yo doy la clase hoy!

Mi creciente inquietud le hace reaccionar por fin. Había olvidado que Mike tenía programada su reunión mensual con el rector para esta mañana, lo que significa que sus alumnos quedan a mi cargo. Si no aparezco, alguien terminará por ir a buscarle y acabaré metida en un lío. No tengo ganas de soportar una de sus charlas sobre responsabilidad.

—Tenemos que irnos —repito, deshaciéndome de su abrazo.

Oliver parece estar de acuerdo. Sin embargo, una vez que ambos nos ponemos en pie de forma apresurada, no puedo evitar echarme a reír. ¡Estoy en bragas en mitad de una playa que comenzará a llenarse de un momento a otro!

—¿No estarás teniendo una crisis nerviosa o algo por el estilo? —suelta Oliver, aunque él también sonrío.

Sus ojos descienden por mi cuerpo y la intensidad de su mirada es tal que casi parece que sean sus manos las que se están deslizando por mi piel.

—Ojalá todas mis mañanas comenzaran así —me dice, cuando sus ojos regresan a mi rostro.

Su expresión, feroz y hambrienta, me recuerda al día en que nos conocimos, aunque hay un matiz diferente en la forma en la que me observa, algo que no estaba ahí entonces y que no tengo ni idea de en qué momento ha aparecido.

Comprendo entonces que es el propio Oliver el que ha cambiado, pero no aquí y ahora, es probable que ni siquiera en las semanas que hace que nos conocemos; las personas no cambian de un día para otro. En realidad, vamos dando pasos diminutos que marcan pequeñas diferencias y nos llevan hasta ese

punto. De repente un día alguien te dice que ya no eres el mismo o eres tú el que llegas a esa conclusión, pero detrás de ese momento hay cientos de detalles que se han ido sumando, cada hora, cada día, para convertirte en una nueva persona. No hay transformaciones milagrosas.

—Llegaremos tarde —me recuerda, rescatándome de mis reflexiones.

Acto seguido, me echa la manta por encima y entre los dos recogemos nuestras cosas de forma apresurada. Corremos en dirección al coche. Mis nervios regresan cuando, tras vestirnos también a la carrera, Oliver arranca y nos ponemos en marcha. Ya en la carretera, me sugiere que llame a Mike. Está claro que el Jeep no da más de sí y no vamos a llegar a tiempo.

—Me he quedado sin batería —maldigo, al comprobar que mi móvil no se enciende.

Él se lleva la mano al bolsillo, pero el suyo también se ha descargado.

—Lo siento —se disculpa, al darse cuenta de que no hay manera de que pueda avisar a Mike—. Este trasto no puede ir más rápido.

—Fui yo la que te traje aquí —replico, porque en absoluto tiene él la culpa. Tamborileo con los dedos sobre mi muslo, nerviosa.

—Si te sirve de consuelo, lo he pasado genial. Gracias por traerme.

Me dedica una sonrisa antes de devolver su atención a la carretera. La imagen de Mike echándome la bronca por descuidar mis obligaciones —aunque en realidad no tenga por qué sustituirlo en clase—, no consigue enturbiar el recuerdo de la noche que he pasado junto a Oliver; ni siquiera cuando entramos a la carrera en la facultad, atravesamos los pasillos tropezando con otros alumnos, y descubro a Mike apostado en la puerta de la clase. Su expresión malhumorada lo dice todo.

Sin aliento, me detengo frente a él y Oliver lo hace a mi lado. Con una mirada invito a Oliver a pasar al interior y dejarme a solas con Mike, pero él no hace amago de entrar. No quiero pensar en el aspecto que tenemos ambos, con la ropa arrugada, el pelo lleno de sal y arena... Sin contar con que resulta obvio que la sudadera que llevo puesta es de Oliver y no mía, y mi falda asoma bajo ella aún húmeda por la parte inferior.

—¿Dónde demonios estabas, Elizabeth? —me espeta Mike, y que no se dirija a mí por mi apellido dice mucho de lo enfadado que está.

—Se nos ha hecho tarde.

No me paro a pensar que estoy hablando en plural, pero Mike no lo pasa por alto. Su mirada oscila entre ambos, airada y cargada de desaprobación.

—Señor Hunt, entre en clase —le ordena, aunque sus ojos están puestos en mí. No espera a que obedezca, supongo que cree que lo hará sin rechistar, pero mucho me temo que no va a ser así—. Tienes un aspecto lamentable —me reprocha, furioso, más de lo que lo haya visto nunca—. ¿A esto es a lo que te dedicas ahora?

Abro la boca para contestar, pero Oliver se me adelanta.

—¿Esto? —interviene, con el mismo matiz despectivo que ha empleado Mike—. No creo que Lizzy deba darle explicaciones de lo que hace en su tiempo libre. Ya hace más por usted de lo que debería dadas las circunstancias.

Mike aprieta los labios hasta que pierden todo el color. Si ha captado la insinuación implícita en las palabras de Oliver o no, es lo de menos. No le gusta que le repliquen, eso lo sé de sobra, y que un alumno se atreva a cuestionarle...

—Creía haberle dicho que entrara en clase. Esta conversación no es de su incumbencia.

Oliver se cruza de brazos y le sonríe, desafiante.

—Ha sido culpa mía que llegase tarde.

—Oliver... —le advierto, porque terminará buscándose problemas solo por defenderme y, sinceramente, no quiero que mienta por mí—. Déjanos a solas, por favor.

Intercambiamos una mirada y le suplico en silencio para que no discuta más. Tras un breve titubeo decide hacerme caso.

—¿Qué es esto, Elizabeth? ¿Estás... liada con ese niño?

Condescendiente, altivo, arrogante y despreciable, así es como veo ahora a Mike, y no puedo evitar sentirme aún más decepcionada conmigo misma y más enfadada con él.

—Cállate, Mike —le espeto, el miedo a su desaprobación perdido por completo—. No le conoces, y ¿sabes qué es lo peor? Que yo a ti tampoco, ni tu a mí —añado, aunque me esfuerzo para no perder los estribos—. Puedes amonestarme si quieres por mi retraso, pero no voy a permitir que juzgues mi vida personal. Perdiste ese derecho cuando te metiste en la cama con otra. ¿Quién es en realidad el niño?

Giro para dirigirme a la puerta de la clase, pero él me agarra del brazo y me detiene.

—¡Oh, joder! Te estás acostando con él, ¿no es así?

Me zafó de él de un tirón.

—Vete a la mierda —escupo con rabia—. Si se te ocurre volver a tocarme,

te juro que pondré una queja formal ante el rector. Si quieres puedes relevarme de mi puesto de adjunta, nada me haría más feliz.

Dicho esto, entro en el aula. Por cómo me miran todos, nuestra discusión debe haberse escuchado en el interior de la clase. Alzo la barbilla y me dirijo junto a Oliver. No soy yo la que debería mostrarse avergonzada por su comportamiento.

Mike aparece poco después y avanza por el pasillo hasta la parte delantera. Supongo que ha cancelado su reunión con el rector y que hoy no tendré que hacer frente a sus alumnos. Empieza a repartir hojas de ejercicios, los mismos que yo debería haber pasado a recoger por su despacho esta mañana. Nadie dice nada, ni una sola protesta, aunque normalmente todo son quejas cuando soy yo la que los obliga a realizar el repaso del último tema.

—Creo que acabo de presentar mi dimisión —le susurro a Oliver.

—Bueno, me da la sensación de que a mí me va a costar mucho ganarme un aprobado.

OLIVER

—Lo siento, Lizzy —repito una vez más al terminar la clase.

Harris la ha fulminado con la mirada antes de abandonar el aula, lo cual no presagia nada bueno para ella. Aunque en el fondo soy consciente de que no es culpa mía, no puedo evitar sentirme mal por ello, y eso me dice que he empezado a preocuparme por mi tutora más de lo que debería. Solo que a estas alturas creo que ya está claro que no soy capaz de mantener las distancias con ella, pero lo más extraño es que ha dejado de importarme.

Hace un gesto con la mano, restándole importancia.

—Da igual, puede que sea lo mejor. Creo que ya he aprendido todo lo que tenía que aprender de mi etapa como adjunta de Mike —aduce, y me pasa los dedos por la mejilla—. Estás cubierto de sal.

Varios alumnos pasan a nuestro lado en dirección a la puerta de la clase sin apartar la mirada de nosotros. Todos hemos oído la bronca que Harris le ha echado a Lizzy.

—No lo has negado.

—¿Qué? —inquire Lizzy, confusa por mi comentario.

—Que nos estemos acostando... No has hecho nada por sacarlo de su error.

Ella arquea las cejas, como si dudara sobre lo que ha pasado o no entre nosotros. Tal vez se esté planteando lo que puede pasar.

—Ve a darte una ducha y a descansar —replica, eludiendo la cuestión con una sonrisa—. Tienes que trabajar esta noche, ¿no?

Asiento y le doy un tirón a la manga de mi sudadera, que aún lleva puesta. Está hecha un desastre, pero sigue siendo preciosa. Ojalá no tuviera que ir al Archer hoy. Ni ningún otro día. Quizá sea hora también de un cambio para mí, puede que haya llegado el momento de afrontar si merece la pena odiar mi presente solo para alcanzar un futuro que ni siquiera sé a dónde me llevará.

—Necesitaré tus clases particulares más que nunca.

Ella ríe y se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla.

—Te veo mañana, Hunt.

Mi futuro inmediato me conduce a casa, donde continúo dándole vueltas a la idea de dejar el trabajo. Tiene que haber una manera de convencer a Loren

de que ya he pagado con creces lo que ha hecho por mí, o lo que cree haber hecho por mí. Sin embargo, aunque lo consiguiera, dudo mucho que Vanessa lo permita.

Paso la tarde tumbado en la cama, con la cabeza llena de dudas y suposiciones sobre cómo abordar a mi jefe, aunque mis pensamientos regresan una y otra vez a Lizzy. No consigo explicarme qué ha hecho para meterse bajo mi piel, pero su imagen saltando en la orilla del mar se repite en mi mente y me hace desearla más si cabe. Habló y habló durante gran parte de la noche, y me contó decenas de detalles sobre su familia y su vida antes de llegar a la universidad. Me pregunto por qué no hice yo lo mismo.

Impulsado por esa necesidad de ser tan sincero como lo ha sido ella, cojo el móvil de la mesilla. Debería demostrar más valentía y esperar a tenerla delante, pero me limito a pulsar una tecla y grabar un audio. Ni siquiera saludo al comenzar, temiendo perder el valor.

—Te he contado que viví en casas de acogida hasta los catorce años —empiezo, con voz titubeante, sin saber muy bien qué voy a decir—, pero no te dije lo que hice después de escaparme de la última en la que estuve. —Hago una pausa, recordando lo que me llevó a tomar esa decisión—. Me marché solo con lo que cabía en una mochila, huyendo del matrimonio que ejercía de padres adoptivos. ¿Sabes los tatuajes que cubren mi pecho y parte de mi espalda? Los odio —confieso, apretando los párpados para evitar ver sus rostros en el fondo de mis ojos—. Me los hice solo para cubrir la colección de cicatrices que hay bajo ellos, creyendo que así conseguiría olvidar que estaban ahí...

¡Dios, no puedo creer que le haya contado eso! Dejo caer la mano sobre mi pecho aún con el dedo sobre la pantalla y, por tanto, grabando mi silencio. La humedad se acumula en mis ojos y lucho por evitar que las lágrimas los desborden.

Soy incapaz de decir una palabra más. Las marcas de mi piel arden, doloridas, y el nudo de mi garganta aprieta hasta el punto de resultar asfixiante. Tiemblo de rabia y dolor, y el dedo resbala por la pantalla del móvil, enviando el audio a su destinatario.

«¡Joder! —gruño para mí mismo—. ¿Qué mierda has hecho?».

Furioso, y también aterrado, lanzo el teléfono contra la pared. Varias piezas salen volando cuando choca contra ella y terminan esparcidas por el suelo. Me arrepiento de inmediato, no solo por el dinero que me costará arreglarlo si se ha roto, sino porque me horroriza pensar en la reacción de Lizzy al escucharlo y

ahora no puedo hacer nada para remediarlo. ¿Por qué demonios se me ha ocurrido contarle lo de los tatuajes? Aunque haya notado algo raro las veces que me ha tocado, no ha comentado nada al respecto. No había necesidad de que supiera la mierda que llevo grabada en la piel.

Me levanto de la cama y comienzo a dar vueltas por el reducido espacio al que llamo hogar, aunque no hay nada en él que invite a llamarlo así. Estoy seguro de que la he cagado. No creo que Lizzy y yo nos conozcamos lo suficiente para poder soltarle una bomba así y que no huya en dirección contraria.

Minutos después regreso a la cama, aunque no me tumbo. Me siento en el borde del colchón, maldiciendo mi estupidez y odiándome un poco más de lo que ya lo hacía antes. Lo único que he hecho bien en mi vida es no dejar de estudiar, ha sido mi único logro, pero ahora todo lo que me preocupa es lo que estará sintiendo Lizzy al escuchar mi patética historia. Cada segundo que pasa me siento peor. Más desesperado y más ridículo a la vez.

Y solo, jodidamente solo.

Unos golpes en la puerta me hacen levantar la cabeza con tanta rapidez que me mareo.

—¿Oliver? —La voz de Lizzy desde el otro lado de la madera resuena en el interior de mi cabeza como un latigazo—. ¿Oliver, estás ahí?

Ni siquiera sé el tiempo que ha pasado desde que envíe el maldito audio.

—Oliver —me llama de nuevo, y el sonido de su voz es suficiente para acelerar aún más mi pulso.

Antes me creía lo suficientemente fuerte como para cargar con ese lastre a mis espaldas sin necesidad de despertar la compasión de nadie. Sin embargo, ahora comprendo que no he sido más que un cobarde. Era el miedo lo que me impedía hablar de ello, nada más que miedo.

Camino hasta la puerta y me apoyo en ella, mientras Lizzy me ruega que le abra desde el otro lado. No quiero ser cobarde con ella, y es solo eso y el hecho de que haya venido hasta aquí a buscarme lo que me impulsa a abrir la puerta. Cuando tiro del picaporte y me hago atrás para permitirle entrar, apenas si me permito mirarla a los ojos. Todo lo que me da tiempo a atisbar es la palidez de su piel y una expresión de profunda preocupación en su rostro.

—Siento haberte...

Mi disculpa muere casi antes de que pueda pronunciarla. Lizzy se lanza en mis brazos y a punto estamos de caer rodando al suelo. Me abraza con una fuerza impropia de alguien tan pequeño y son sus manos sobre mi torso desnudo

las que terminan por hacer caer las lágrimas que tanto me ha costado reprimir hasta ahora. Las dejo fluir porque no hay manera de que pueda evitarlo, porque el dolor acumulado ha encontrado por fin una forma de salir al exterior y me resulta imposible detenerlo.

Lizzy me estrecha contra su menudo cuerpo, como si intentara recomponer mi interior roto con ese abrazo, y yo hundo la cara en el hueco de su cuello y lloro.

Lloro como el niño que nunca llegué a ser...

LIZZY

Oliver tiembla y yo con él. Llevo haciéndolo desde que salí corriendo de casa de Triz. Tras recibir el mensaje de Oliver intenté llamarle una y otra vez, pero siempre saltaba el buzón de voz. Todavía estoy tratando de asimilar lo que me decía, el dolor de su voz y ese terrible silencio que era más revelador incluso de lo que podía ser su confesión.

Me siento una inútil al no encontrar nada que decir que pueda aliviarle, así que aprieto las manos contra su espalda, ofreciendo el consuelo que no soy capaz de brindarle con palabras. A pesar de que no me atrevo a moverlas sobre su piel, percibo con claridad varias líneas rugosas de las que no me había percatado hasta ahora, y ese detalle es suficiente para romper algo en mi interior. En algún momento del pasado alguien le arrancó a Oliver la inocencia a base de golpes y esa misma persona acaba de arrancármela a mí también. ¿Cómo puede una persona hacer algo así?

Durante largo rato todo lo que hago es sostenerle mientras él llora de forma silenciosa, y, por algún motivo, que siga reteniendo lo que le atormenta lo hace más doloroso.

—Están ahí... Bajo cada... tatuaje... —consigue articular, su pecho sacudiéndose por los sollozos.

Se separa un poco de mí y agarra una de mis manos para deslizarla sobre su pecho. Por primera vez desde que llegué me mira a los ojos, pendiente de mi reacción, y luego dejar caer su mano, derrotado. Yo mantengo la mía inmóvil sobre su piel y no aparto la vista de su rostro.

—No quiero hacerte daño —le digo, porque me da la sensación de que mis caricias podrían reabrir las cicatrices de esas heridas—. No quiero tocarte si eso te duele.

Una risa cínica abandona sus labios, aunque algunas lágrimas aún se deslizan por sus mejillas.

—Eres la primera que me pide permiso, Lizzy, y la única que he deseado que me toque de verdad.

Recorro las líneas que los tatuajes forman sobre su piel con la yema de los dedos, apenas rozándole, con toda la delicadeza que el temblor que los sacude me permite. Oliver cierra los ojos y se mantiene muy quieto mientras mis manos

se mueven a lo largo de su torso, por sus hombros y sus brazos. Aquí y allá, por todas partes, hay marcas que me queman al tocarlas, como si ardieran conforme las voy descubriendo.

—Lo siento —murmuro, porque sigo sin encontrar algo que decir.

Oliver inspira profundamente y su pecho se eleva con esfuerzo.

—No puedo dejar de verte a la orilla del mar, saltando y riendo —me dice, mientras el aire escapa lentamente de sus pulmones.

—Ridícula —murmuro yo.

Me sorprende que precisamente en este momento esté pensando en mí.

Abre los ojos y, tomando mi rostro entre sus manos, me mira como si fuera la primera vez que me ve. El gris de sus iris es solo un borrón turbulento, repleto de dudas y miedo.

—Preciosa. —Sus pulgares trazan círculos junto a las comisuras de mi boca —. Duele y a la vez resulta reconfortante.

Se inclina muy despacio sobre mí y tantea mis labios con suavidad. El sabor salado de sus lágrimas se transforma en algo dulce gracias a la ternura que imprime en ese beso y en el siguiente, y en el que viene después. No deja de besarme mientras me alza en vilo. Mis piernas rodean su cintura y él avanza hasta la cama.

—No dejes de tocarme —suplica, con la voz rota, rompiéndome un poco más el corazón.

No lo hago. Mis manos van y vienen por su cuerpo, repasando las huellas de su dolor. Ojalá mis caricias pudieran hacerlas desaparecer, ojalá tuviera el poder de eliminar las heridas ocultas bajo la tinta de su piel y también las que hay en su interior.

Se sienta en el colchón para luego tumbarse conmigo encima y, durante un instante, todo lo que hacemos es mirarnos.

—Quiero terminar lo que empezamos el día en que nos conocimos —confiesa, con cierta desesperación, el deseo desplazando a la amargura.

Por toda respuesta, tiro de mi camiseta y me la saco por la cabeza, y su respiración se vuelve irregular al descubrir que no llevo sujetador.

Ahora son sus dedos los que ascienden desde mi ombligo hasta la parte inferior de mi pecho, y sus caricias las que hacen arder mi piel. Con un rápido giro, mi espalda acaba sobre el colchón y su cuerpo apretado contra el mío. Sus caderas empujan entre mis piernas; placer y dolor agitándose dentro de mí.

—Quiero... —farfulla, ahogándose con las palabras que se resisten a salir.

Silencio su angustia con más besos y caricias, haciéndole entender que no es necesario que hable, y él me lo agradece devolviéndome esos besos con la misma devoción. Nos ofrecemos el uno al otro sin recelo, nos desnudamos con tranquilidad y no dejamos de tocarnos en ningún momento, como si ese contacto pudiera mantenernos anclados a este momento para siempre. Nos perdemos y nos encontramos juntos en cada respiración y, cuando Oliver por fin se hunde en mí, nuestros suspiros se convierten en gemidos que van de su boca a la mía.

Se mueve dentro de mí sin prisas, empujando con sus caderas cada vez más profundo, cada vez más lejos. Mi espalda se arquea y me agarro a sus hombros mientras me obligo a no cerrar los ojos y mantenerlos fijos en los suyos. Él responde acercando su boca hasta mis labios.

—Me rindo, Lizzy —susurra, mientras el ritmo de sus embestidas comienza a acelerarse.

El deseo que transmite la expresión de su rostro es solo comparable a la ternura con la que pronuncia mi nombre.

—No tienes que rendirte —repongo, y deslizo la mano hasta su nuca para hundir los dedos en su pelo—. No te rindas, Oliver, lucha conmigo.

La leve curva que asoma a sus labios es todo lo que necesito, una promesa de lo que podría llegar a ser, de lo que podría llegar a haber entre nosotros. Y en ese instante comprendo que la piel no es más que el envoltorio para lo que llevamos dentro, aquello con lo que nos vestimos para protegernos de los demás y que algunos aprovechan para juzgarnos, ridiculizarnos o hacernos daño, pero que también puede ser una forma de llegar hasta otra persona. Que a veces una simple caricia puede traspasar esa barrera y tocarnos muy dentro, más allá de las heridas.

Con esa certeza, me abandono a él hasta que el placer me desborda por completo. Oliver pasa los brazos bajo mi cuerpo y me aprieta contra él, y no dudo en devolverle el abrazo con toda la fuerza de la que soy capaz. Poco después, se estremece y comienza a temblar de nuevo, hundiéndose en mí por última vez.

Cuando se derrumba a mi lado, le brindo mi cuerpo como refugio y susurro su nombre una y otra vez muy bajito, esperando que eso alivie al menos una parte de su soledad.

—Gracias —repone, rato después, pero yo niego.

—Gracias a ti.

—¿Por el orgasmo? —bromea, la tristeza aún presente en sus ojos.

Le doy un pequeño empujón, pero él no me suelta.
—Por confiar en mí.

OLIVER

Entro por la puerta lateral del Archer, la de los empleados, y asciendo por el laberinto de pasillos que conforman la parte antigua del edificio, aquella que no está abierta al público. Conozco este lugar tan bien como si hubiera nacido entre sus viejas paredes, y eso es probablemente una señal de que llevo demasiado tiempo trabajando aquí.

Por el camino me topo con Jackson, uno de los camareros de la sala exclusiva en donde se realizan los espectáculos. Ninguno de los dos nos detenemos a hablar, tan solo nos saludamos con un gesto y seguimos adelante. Llevo haciendo lo mismo desde que me lancé a las calles, no solo en este bar sino en el resto de aspectos de mi vida; tal vez porque si permitía a alguien acercarse a mí quizá descubriría lo que escondía bajo los tatuajes.

Pero con Lizzy... A ella he sido capaz de contárselo. Mientras deslizaba los dedos por mi piel, lo único en lo que podía pensar era en su risa. Por una vez he admitido que esas malditas marcas existen y forman parte de mí.

—¡Ey, Oliver!

Retrocedo y me asomo a la puerta de uno de los almacenes al reconocer la voz de Adele. Está sentada sobre una pila de cajas, fumándose un cigarrillo.

—Si Loren te pilla, vas a tener problemas —señalo, y ella pone los ojos en blanco.

Mi jefe odia que sus camareros huelan a tabaco y sus reglas son bastante estrictas en ese sentido. Si descubre a Adele fumando en el interior del edificio, tiene todas las papeletas para que la despidan.

—Me lavaré los dientes —repone, y, de un salto, pone los pies en el suelo—. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

Mi primer impulso es bromear acerca de lo intensa que ha sido la noche anterior, pero me tomo unos segundos antes de contestar. Adele siempre se ha portado bien conmigo, aunque yo haya mantenido las distancias con ella.

—He tenido un día duro.

No se trata de una confesión completa pero es un comienzo. Al menos no lo he negado. Adele esboza una mueca.

—Pues siento decirte que la noche no será mejor. Vanessa está arriba.

En realidad, contaba con ello, aunque la idea era hablar primero con

Loren.

—Me da igual, voy a dejar esta mierda.

—¿Hoy? ¿Esta noche? —inquire, sorprendida—. ¿Te vas? —añade, como si no pudiera creérselo.

Lo poco que sabe de mí es que soporto las *atenciones* de la propietaria porque necesito el dinero. A día de hoy, creo que todos en este bar son conscientes de que no trabajo en él por gusto, es más, lo mismo se podría decir del resto de empleados del Archer.

—Esta noche.

—Me alegro por ti, Oliver. De verdad —asegura, al comprender que hablo en serio.

Me dedica una sonrisa cargada de cariño y comprendo entonces que, a pesar de lo que siempre he creído, hay gente que se preocupa por mí y que de ninguna forma eso me convierte en alguien más débil.

—Si necesitas beber algo fuerte antes de encararte con Vanessa, pásate por mi barra —me dice, guiñándome un ojo.

—No es ella la que más me preocupa.

Aunque Adele quizá no entienda por qué Loren tiene más poder sobre mí que la propia dueña del local, estoy segura de que puede llegar a una conclusión acertada por sus propios medios. En este lugar todos le deben algo a Loren, con ello se asegura nuestra lealtad y que nadie se sienta tentado de denunciar las ilegalidades que se comenten en su interior. Lo único bueno que ha tenido ser *stripper* y no camarero es que no me he visto obligado a ejercer de camello como muchos de ellos. Adele sabe bastante de eso, su barra es una de las más solicitadas en ese aspecto.

—Márchate de este sitio en cuanto puedas —le aconsejo, y espero que me haga caso, aunque no sea el mejor ejemplo a seguir. Ella lleva mucho menos tiempo que yo en este antro.

Asiente, muy seria.

—Loren está en su despacho —me informa—. No te vayas sin despedirte.

Voy en busca de mi jefe, no sin hacerle prometer antes a Adele que me llamará si alguna vez me necesita. Si está en mi mano brindarle ayuda, puede estar segura de que lo haré.

Poco después estoy frente a la puerta de la misma habitación en la que Lizzy y yo nos enrollamos hace poco más de un mes. Solo un jodido mes y ha conseguido poner mi vida patas arribas. Es curioso que fuera yo el que esa noche

me propusiera hacer que perdiera la cabeza y sea ella la que ha terminado por volverme loco. ¿Cómo es posible que una persona te cambie tanto en tan poco tiempo?

La puerta se abre y Loren está a punto de derribarme al atravesar el umbral y chocar conmigo.

—¡Joder, Oliver! ¿Qué haces aquí?

Por un momento no sé qué contestar, hasta que el recuerdo de Lizzy deslizándose las manos sobre mi piel, descubriendo con sus caricias parte de lo que he guardado en mi interior, me recuerda que no puedo —ni quiero— pasar una noche más en el Archer.

—¿Quieres algo? —insiste él—. Vanessa me está esperando.

—Me voy —digo al fin—. Lo dejo.

El desconcierto de Loren no dista mucho del que ha mostrado Adele hace un rato, pero en el caso de mi jefe sé que no iré acompañado de ninguna felicitación posterior por mi decisión.

—¿Qué coño dices?

Se yergue ante mí, su espalda ocupando el hueco de la puerta. Años atrás, le recuerdo en esa misma postura frente a mí, avasallando al crío que era entonces para que cumpliera con diligencia sus encargos. Sin embargo, ahora no me dejo amedrentar. No es una paliza lo que temo. Loren sería muy capaz de arruinar lo que conseguí en la universidad con una llamada.

—No me voy a subir de nuevo a ese puñetero escenario —replico, con firmeza, más decidido que nunca—. Ni volveré a trabajar para ti —agrego, por si le quedaba alguna duda.

Se ríe en mi cara. El estruendo de sus carcajadas resuena a lo largo del pasillo.

—Gano demasiado dinero contigo como para dejarte ir y, además, Vanessa te quiere aquí. Puede que si te la follases de una vez te dejase en paz.

Aprieto los puños y me esfuerzo para no descargar uno de ellos sobre su cara. No quiero perder los estribos y empeorar la situación.

—Dejaré el apartamento esta noche —le digo, sin atender a sus provocaciones.

Ni siquiera he pensado qué voy a hacer ni a dónde voy a ir, pero Loren no permitirá que me he quede allí y se encargará de enviarme a uno de sus chicos para que lo desaloje; puede que incluso mande a Leo o Francis a hacerle el trabajo sucio. Solo espero que no sea Jeip, no quiero tener que enfrentarme con

él. En realidad, no quiero enfrentarme a ninguno de mis compañeros; ellos están tan jodidos como yo.

—No dejarás nada —me amenaza, y me dedica una sonrisa taimada—. ¿Recuerdas esas maletas que traías y llevabas para mí hace tiempo? Porque yo las recuerdo muy bien. Eres un chico listo, Oliver, sabes tan bien como yo lo que contenían. En la universidad les encantará saber de dónde ha salido el dinero con el que pagas tu matrícula, sin contar con la policía...

Puede que termine expulsado, pero ni en broma Loren se arriesgaría a meter a la policía en esto. No es tan tonto como para ponerles tras su propia pista.

—Tengo mi beca y tú no vas a avisar a la policía —escupo, con idéntica saña que la que emplea él.

—Tal vez yo no, pero quién sabe lo que hará Vanessa cuando descubra que su juguete preferido ha decidido abandonarla.

Permanezco en silencio lo suficiente como para que Loren crea que se ha salido con la suya. Sin embargo, no estoy menos decidido a dejarlo que antes. Puede que acabe fuera de la universidad, pero no voy a seguir permitiendo que me manipule.

—Vanessa mantendrá la boca cerrada o el señor Fox se enterará de la escasa fidelidad que le guarda su esposa. —Hago una pausa para que las implicaciones de mi amenaza calen en su mente—. No quiero problemas, Loren. No voy a contarle a nadie lo que ocurre entre estas paredes ni nada de lo que he hecho para ti durante estos años. A cambio, vas a dejarme ir.

Me la estoy jugando y soy muy consciente de ello. Hasta ahora solo soñaba con aguantar hasta terminar mis estudios y largarme lo más lejos posible de esta ciudad. Pero si algo he descubierto estas semanas junto a Lizzy, es que era yo el que me negaba a olvidar las marcas de mi piel. Yo soy el que realmente las odia, el que se odia a sí mismo por no ser capaz de hacerles frente; el que ha llegado a creer que las merece.

—¿Me estás amenazando? Tú, a mí. —Vuelve a reír—. No sabes lo que haces.

—Vas a dejarme ir —repito, sin titubeos.

Ahora que he tomado la decisión no dejo de preguntarme por qué no lo he hecho antes, y la única respuesta que se me ocurre es que tenía demasiado miedo a no ser más que lo que he sido hasta este momento, a no merecer más que esta clase de vida. Me pone furioso comprender la cobardía de mi comportamiento,

si bien, en este momento y más que nunca, soy consciente de que sería aún más cobarde si me conformara y no hiciera nada por cambiarlo.

—Ve a cambiarte ahora mismo —me ordena.

Su mano se cierra en torno a mi brazo. Me empuja hacia el pasillo por el que he venido, haciéndome trastabillar hacia atrás.

Loren me observa con desprecio, ceñudo y amenazador, su rostro tan parecido a otros rostros cuyos propietarios me dañaron hace años. Durante un instante, me hace sentir como un niño desvalido e inútil.

Aprieto los dientes y las cicatrices de mi piel escuecen más que nunca, por dentro y por fuera.

LIZZY

—¿Sigues sin saber nada de él? —pregunta Avery, cuando me encuentra acurrucada en el sofá.

Mis ojos van del móvil, situado encima de la mesa de centro, a su rostro. Niego y ella se deja caer a mi lado.

—Aparecerá —me anima.

Sube los pies al sofá y se acomoda de cara a mí. Triz tiene turno en el hospital y Kaylee ha quedado con su grupo de estudio. Avery debería haber ido con ella, pero no han querido dejarme sola a pesar de que he insistido en que estaría bien.

—Pero estaba bien cuando os despedisteis, ¿no es así? —inquire, y sé que su preocupación es sincera.

El viernes, después de traerme a casa, Oliver dijo que iría al Archer. Estaba decidido a dejar su trabajo y yo no pude hacer otra cosa que alegrarme por él. Si antes de confesarme lo que ocultaban sus tatuajes ya era consciente de lo poco que le gustaba desnudarse en público, ahora lo comprendo aún mejor. Aunque nadie se percatara de lo que escondía, tiene que haber resultado doloroso para él.

—¿Qué fue lo que pasó entre vosotros? No nos lo has contado todo, ¿verdad? —tercia Avery, que no logra entender del todo mi inquietud.

Suspiro.

La historia de Oliver es demasiado personal y no me corresponde a mí contarla. A mis amigas les he explicado que tuvo una infancia difícil y que odia su trabajo, es todo cuanto puedo decirles sin saber si Oliver quiere realmente hacerles partícipe de lo mal que lo ha pasado.

Mi silencio no desanima a Avery, aunque sé que no es el morbo lo que la mueve sino las ganas de ayudar.

—¿Te has pillado por él?

Fue lo mismo que me preguntó Triz antes de marcharse al hospital, agregando a la pregunta un comentario sobre el escaso tiempo que hace que nos conocemos.

La verdad es que ni siquiera me había parado a pensarlo hasta que ella lo dijo. La cuestión es que durante los años que estuve con Mike nunca me sentí

tan bien, tan aceptada y tan poco juzgada como durante estas semanas con Oliver. ¿Cuántas veces crees que conoces a una persona y luego te das cuenta de que no era como tu creías? ¿Quién mide si ese tiempo es real? ¿Si tú eres de verdad tú a su lado?

—Me hace sentir bien—. Es todo lo que le digo.

Pero ella no me reprocha nada. Se encoge de hombros y me brinda una sonrisa cómplice.

—Pues entonces no lo dejes marchar. Yo me colé por Kaylee el mismo día que la conocí, aunque a ella le costó un poco más.

Avery y Kaylee llevan años juntas, desde el instituto, pero sus inicios no fueron fáciles. Mientras que Avery asumió muy pronto que le gustaban las chicas y contaba con el apoyo de sus padres y amigos, para Kaylee la historia fue muy distinta. Luchó durante mucho tiempo contra sí misma y contra lo que sentía, y su familia, la educación que le habían dado y el círculo social en el que se movía no ayudó en absoluto.

—Ni siquiera hemos hablado de lo que somos —confieso.

Oliver despierta en mí sentimientos que no llegué a albergar jamás por Mike ni por ninguno de los chicos con los que he estado, eso es todo cuanto sé. Es sencillo estar con él; reír, incluso llorar tiene un matiz distinto. A su lado tengo la sensación de que estoy donde tengo que estar y, lo que es más importante, aunque Oliver pueda haber pasado por un infierno y le hayan hecho mucho daño, nunca ha tenido la voluntad de hacerle lo mismo a los demás. Estar herido no se traduce en dañar.

—Ese es un buen comienzo —tercia Avery.

Le sonrío. Yo también creo que lo es.

Mi móvil vibra y me abalanzo sobre la mesa para cogerlo. Oliver también me contó lo feas que podían ponerse las cosas para él cuando fuera a hablar con su jefe. Podría llegar a perder su beca y, con ella, la posibilidad de labrarse un futuro diferente. Sin embargo, no creo que sea consciente de lo inteligente que es ni de las posibilidades con las que cuenta alguien con su expediente académico. He de admitir que lo comprobé después de que se matriculara en la clase de Mike, aunque se supone que no debería tener acceso a él, y sus notas son inmejorables.

Desbloqueo el móvil y reviso el mensaje que me ha llegado.

Siento no haberte llamado antes. Estaba poniendo en orden algunas cosas

¿Todo bien? ✓✓



Me envía una de esas caritas que sonrían de forma inquietante. Justo la que no sabes si es de felicidad o es que el que la manda está trazando planes para dominar el mundo. Otro mensaje aparece antes de que llegue a contestar:

¿Te veo mañana en clase?

Titubeo con el móvil en la mano. Avery me observa, intrigada, pero no dice una palabra. Preferiría verlo ahora mismo y asegurarme de que está bien de verdad, pero no quiero presionarlo. Sin embargo, es Oliver, no me siento cómoda dejando de decirle lo que pienso.

¿Por qué no ahora? ✓✓

Los segundos pasan con una lentitud exasperante mientras espero su respuesta, hasta que finalmente el teléfono comienza a sonar y el nombre de Oliver aparece en la pantalla.

—¿Te viene bien? —le pregunto, conforme descuelgo—. ¿Tú estás bien?

Escuchó su risa a través de la línea.

—¿Me echas de menos, Lizzy? —bromea, aunque no consigue engañarme.

—¿Qué ha pasado?

Un suspiro y una pausa, y luego su voz ya no suena divertida.

—Estoy bien, de verdad, pero no creo que quieras verme así.

—¿Así? ¿A qué te refieres con *así*?

Avery me hace señas. Supongo que también quiere saber lo que ha pasado.

—Estoy quedándome en casa de un amigo —repite, sin contestar a mi pregunta.

—Oliver... Quiero la verdad.

La verdad es que tiene un ojo morado y varios moretones más en la cara, algo que descubro cuando por fin cede y aparece por casa de Triz veinte minutos

más tarde.

—En el fondo me lo esperaba —comenta, y yo no puedo evitar preocuparme porque asuma con tanta naturalidad que su jefe le haya agredido—. Tranquila, no pasará de esto.

No quiero pensar en a qué se refiere exactamente, pero está claro que detrás de su trabajo en el Archer hay mucho más de lo que me ha contado.

—Loren no ha aceptado mi dimisión. No he trabajado este fin de semana gracias a esto —me dice, señalando su cara—, pero está convencido que volveré el viernes que viene.

—¿Y vas a hacerlo?

—No —responde tajante—, pero es posible que tenga que dejar la universidad.

Estamos en la calle, delante del portal del edificio de Triz, y Oliver aún no se ha bajado de la moto.

—¿Por qué no subes y me lo cuentas?

—No es nada —me dice, pero hay inquietud en sus ojos.

Tiro de Oliver hasta que consigo hacerle comprender que no voy a rendirme, y él cede a regañadientes. Al llegar arriba, prácticamente se derrumba sobre el sillón. Cierra los ojos y apoya la cabeza en el respaldo, y, aunque la postura que ha adoptado no es precisamente cómoda, estoy segura de que podría quedarse dormido en cualquier momento.

—¿Has dormido algo en todo el fin de semana? —le pregunto, antes de continuar interrogándole.

Las preguntas se agolpan en mi mente, pero me preocupa aún más lo agotado que parece.

—Ajá.

Su cabeza resbala por el respaldo y acaba reposando en mi regazo. Las líneas de tensión de su rostro se suavizan. Le acaricio la nuca con suavidad y dejo que mis dedos se enreden en su pelo, y él emite un suspiro de satisfacción. Se queda dormido casi de inmediato.

No hago nada por despertarlo. Me mantengo sentada, observándole en silencio mientras me pregunto si la vida le dará en algún momento una tregua. No puedo imaginar lo que es tener que luchar continuamente por salir adelante y evitar las zancadillas que el destino va poniendo en tu camino. Me sorprende la entereza con la que parece afrontarlo, aunque supongo que cuando no has conocido otra cosa no te queda más remedio que levantarte una otra y vez

después de cada caída. No creo que Oliver sea consciente de lo fuerte que es.

Durante el resto de la tarde no me muevo de su lado. Triz me envía un mensaje y le hago saber que Oliver está aquí. Se ofrece a avisar a Avery para que pase la noche en casa de Kaylee. Ella estará en el hospital y luego se irá al apartamento de Marcus. Aunque le aseguro que no es necesario, insiste en darnos intimidad. Sin embargo, cuando le cuento el estado en el que ha aparecido Oliver, no tarda en llamarme.

—¿Se ha peleado? —inquire, y la preocupación es evidente en su tono—. Lizzy, ten cuidado, ¿quieres? Está claro que tiene problemas.

—¿No eras tú su fan número uno?

Triz puede resultar de lo más contradictoria y en ocasiones sus cambios de opinión consiguen volverme loca.

—Sí, ya te dije que me parece un buen tío —expone, titubeante—, pero no sé si alguien así puede hacerte feliz.

Bajo la mirada hasta el rostro de Oliver, que continúa durmiendo, ajeno a nuestra conversación. A pesar de los cardenales y un pequeño arañazo en su mejilla derecha, su expresión transmite serenidad. Recorro la línea de su mandíbula con la yema de los dedos con cuidado de no despertarle.

—No se le puede exigir a nadie la responsabilidad de hacernos felices, Triz —susurro en voz baja—. No soy perfecta, pero ahora mismo soy feliz conmigo misma, y creo que eso es lo importante. De igual modo —añado—, la felicidad de Oliver tampoco está en mis manos. Si no consigue reconciliarse consigo mismo, nadie logrará que sea feliz.

OLIVER

—No puedo creer que me haya quedado dormido.

Lizzy me sonríe mientras se afana en la cocina. Lo que sea que está preparando huele de forma deliciosa y yo me muero de hambre. Al despertar me he encontrado con que ya era de noche y ella continuaba sosteniendo mi cabeza sobre su regazo, aunque al levantarse ha confesado que se le habían dormido las piernas.

—No pasa nada, lo necesitabas —me dice.

Me tiende una cuchara con lo que parece chili con carne y, al probarlo, me arde la boca como si acabara de tragarme una guindilla.

—Vale, creo que me he despertado del todo. Necesito agua.

Me precipito sobre el fregadero y Lizzy estalla en carcajadas. Escuchar su risa consigue que me gire en su dirección y olvide que mi estómago acaba de incendiarse. Me quedó mirándola con un vaso entre las manos, pero sin hacer amago alguno de abrir el grifo para llenarlo.

—¿Qué? —pregunta, desconcertada.

—Venir aquí ha sido, con diferencia, la mejor decisión de todo el maldito fin de semana.

Se encoge de hombros y es su turno para probar el chili. Debe estar acostumbrada al picante porque parece satisfecha con el resultado.

—Bueno, no tengo mucho con lo que competir. —Señala mi cara.

Dos días después de que Loren perdiera la paciencia e intentara convencerme a golpes de que no iba a abandonar el Archer, los cardenales apenas me molestan. Debo estar bien jodido para haberme habituado a esta clase de cosas. El pensamiento me hace plantearme si debería estar aquí con Lizzy. No quiero que se preocupe por mí. Si bien, ser consciente de que lo hace, de que de verdad le importa lo que me pase, resulta agradable. La cuestión es si eso me convierte en un egoísta, porque no quiero marcharme.

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

Dejo escapar un suspiro. Si hay a alguien con quién alguna vez haya querido sincerarme, es con Lizzy. No me da miedo que me mire de forma diferente, ya no; haber superado esa barrera con ella es lo que realmente me preocupa.

—Cenemos. Te lo contaré mientras comemos —me apresuro a añadir, al ver que está a punto de protestar.

Entre los dos llevamos todo al salón. Lizzy no me presiona, sino que me explica que el relleno de las fajitas que ha preparado es una receta de su padre. Les echa de menos, cualquiera que la escuche puede darse cuenta de eso aunque no se aventure a hablar más de ellos. Supongo que no quiere incomodarme hablando de su familia, aunque no me importaría en absoluto que lo hiciera.

—Loren no se ha tomado bien mi dimisión.

—No me digas —repone, y hay que concederle que sabe cuándo ser sarcástica—. Deberías denunciarlo.

Suspiro, a sabiendas de que voy a tener que contárselo todo para que comprenda la situación en la que me encuentro.

—He hecho cosas —comienzo, mientras bebo agua sin parar, no sé si debido al picante o a lo que estoy a punto de confesar—. Muchas cosas... ilegales.

Su expresión no varía, aunque sé de sobra que debe estar preguntándose qué clase de cosas.

—Cuando abandoné mi última casa de acogida no tenía dinero, no tenía nada en realidad. ¿Recuerdas el primer día que fuimos al comedor benéfico? —Lizzy asiente, y me cuesta continuar. Odiaría que sintiera lástima de mí o algo peor, miedo quizás—. Durante unos meses, pasé por muchos de ellos...

Prosigo relatándole mis miserias y, conforme avanzo, mi voz se vuelve inexpresiva, como si lo que estoy narrando no formara parte de mi pasado. Le hablo de lo que supuso pasar noches vagando de un lado a otro por Los Ángeles porque me aterraba dormir sin un techo sobre mi cabeza, y cómo me escondía durante el día en las bibliotecas públicas para descansar un poco mientras fingía leer. Le cuento también que, para bien o para mal, Loren dio conmigo en el callejón de detrás del Archer una tarde. Le aseguré que no había nadie buscándome y recé para que mis padres adoptivos no dieran la voz de alarma a los servicios sociales; no iban a echarme de menos, eso seguro.

—Cuando conocí a mi jefe ya había cometido pequeños robos —admito, avergonzado, mientras Lizzy me observa sin perder detalle del relato.

Ha dejado de comer y la sonrisa que antes brillaba en su rostro ha desaparecido.

—En el Archer se mueve mucha mierda y yo formé parte de ello durante varios años —murmuro, y ella simplemente asiente—. Lo único que me salvó de

continuar siendo el chico para todo de Loren fue crecer rápido y aparentar más años de los que realmente tenía. —Estiro mis brazos sobre la mesa para mostrar los tatuajes que asoman bajo las mangas de mi camiseta—. Los tatuajes ayudaron. Dejé que un tipo practicara, llenándome la piel de tinta con tal de borrar... Bueno, ya sabes lo que quería borrar. Me convertí en *stripper* y convencí a duras penas a Loren para que se buscara a otro para sus trabajitos... Di algo, por favor —farfullo, porque no ha abierto la boca en ningún momento.

—Estás hablando de drogas.

No es una pregunta, pero igualmente asiento. Una arruga cruza su frente de parte a parte.

—¿Por qué no lo has dejado antes? —replica, y estira las manos para agarrar las mías, que aún siguen sobre la mesa—. No te juzgo, Oliver, solo quiero entenderlo. Podrías haberte marchado y conseguir cualquier otro trabajo lejos de ese tipo.

Río sin ganas.

—Al principio le estaba tan agradecido por darme comida y un techo que no me importaba lo que tuviera que hacer para mantenerlo. Luego, cuando empecé a darme cuenta de que me había convertido en un delincuente, Loren comenzó a chantajearme. Y una vez que conseguí entrar en la universidad, la posibilidad de perder la beca por la que tanto había luchado me mantuvo atado a ese maldito sitio. Incluso los papeles para poder acceder al instituto fueron cosa de él... Solo pensaba en acabar la universidad y largarme de esta ciudad para siempre.

Lizzy está más seria de lo que la haya visto jamás y empiezo a pensar que no ha sido buena idea contarle ciertos detalles. Es mucho para asimilar de golpe.

—Yo apenas conseguí mantener mis notas después de lo que le pasó a mi familia —murmura, y me sorprende que se centre en esa parte de la historia. Levanta la vista de su plato y clava sus ojos castaños en mí—. ¿Estás limpio? ¿Tú tomas... tomabas...?

Niego. Nunca caí en eso a pesar de lo desesperado de mi situación en algunos momentos. Tomo aire para terminar de una vez por todas con esto.

—Ayer pasé la noche frente a la casa de acogida de la que me escapé. Quería verlos —admito, aunque no sé la razón que me llevó hasta allí.

Sin duda, no fue la mejor idea que he tenido. Pasar horas sentado en la acera observando la puerta y las ventanas, esperando no sé muy bien el qué y reviviendo lo que había sucedido en su interior, reabrió heridas que nunca he

conseguido cerrar del todo. Fue como volver a sentir los golpes, cada uno de ellos.

Me alegra no haber llegado a verlos. Por la mañana, cuando por fin una pareja que no conocía abandonó la casa y se subió a uno de los coches aparcados junto a la acera, comprendí que ya no vivían allí.

—Había otras personas ocupando la casa. Supongo que trataba de descubrir si seguía doliendo...

La confesión me hace sentir más débil que nunca. Aparto la vista de Lizzy, incapaz de mantener su mirada por más tiempo.

—¿Le has hablado a alguien de esto? —Niego—. ¿Por qué a mí, Oliver?

En su voz hay dolor, una tristeza profunda que empaña cada palabra. Escucho el tintineo de su tenedor al chocar contra el plato. Hace rato que ha dejado de comer, pero continuaba manteniéndolo en su mano hasta ahora. Acto seguido, se levanta para situarse junto a mí y sus brazos me rodean. Me acuna contra su pecho y yo le dejo hacer, y es la calidez de ese contacto la que me arranca del estado adormecido en el que me he sumido mientras le hablaba de mi pasado.

De repente, el recuerdo de esos días regresa a mí con toda su fuerza, más incluso que la noche anterior. Cada paso en la dirección equivocada, cada orden que he obedecido de Loren, cada tatuaje de mi piel, el miedo y la rabia... Cada vez que dejaba atrás una parte de mí para poder seguir adelante. Todo se entremezcla en mi cabeza y presiona dentro de mi pecho, y siento que vuelvo a resquebrajarme.

Me cuesta contestarle, pero hago un esfuerzo para que sepa por qué la he hecho partícipe de mi vida maldita.

—Porque quiero ser capaz de bailar en la orilla del mar contigo y no quedarme nunca más en la arena mirando. Y porque lo único que me mantiene entero en este instante eres tú, Lizzy Lodge.

LIZZY

Aún continúo confusa cuando es evidente que ninguno de los dos va a seguir comiendo. Recogemos los restos de la cena y los llevamos a la cocina en silencio. Pensaba que ya conocía lo peor de su vida, pero Oliver sigue añadiendo detalles más y más escabrosos. Ni siquiera sé cómo ha conseguido mantener la cordura y no terminar engullido por la violencia que le ha rodeado hasta ahora. Por el contrario, mientras este mundo jodido lo empujaba hacia abajo, ha luchado para labrarse un futuro al margen de lo único que conocía. Aunque no puedo decir que aplauda lo que ha tenido que hacer para sobrevivir, tampoco puedo juzgarlo.

—Voy a marcharme ya, Lizzy —anuncia a mi espalda, porque me he quedado frente al fregadero con los platos entre las manos—. No tienes por qué decir nada más. Yo solo quería que supieses que estaba bien y no te preocupases por mí.

Estar bien es un gran eufemismo en su situación; lo peor es que Oliver crea que es verdad.

—¿Quieres irte? Marcharte de Los Ángeles, ¿no es así? —aclaro, sin girarme—. Empezar otra vida en una nueva ciudad, esa ha sido tu motivación desde siempre.

—Así es.

Asiento para mí misma. En realidad, es lo mejor para él.

—¿Lo harás ahora?

Se hace un silencio tan denso en la habitación que reúno valor para darme la vuelta. Su rostro amoratado sigue doliendo cada vez que lo miro y me hace imaginarme a un Oliver más joven pero igual de malherido.

—No tengo ni idea de qué hará Loren cuando se dé cuenta de que no pienso volver —anuncia por fin, cuando mis ojos alcanzan los suyos, grises pero apagados.

Debería resultarme fácil no aferrarme a lo que sea que tenemos. Nos conocemos desde hace poco tiempo y, en realidad, podríamos no habernos tropezado nunca si Oliver no hubiera puesto tanto empeño en estudiar, si su refugio no hubiera sido una biblioteca. Si se hubiera rendido a lo que el destino eligió para él.

Sigo pensando en lo que le dije a Triz, en lo irreal que resulta medir la relación que te une a una persona —o los sentimientos que puedes llegar a albergar por alguien—, haciendo uso solo de los días, semanas o meses que has pasado con ella. No puedo evitar pensar en lo que me llevó hasta el Archer y en cómo le conocí; en las primeras impresiones y en los prejuicios; en la locura de esa primera noche, donde solo fuimos piel y atracción, y en la que pasamos en su casa hace dos días, rotos y perdidos, pero entregando todo y del todo.

Hasta que te rindas, me dijo en una ocasión. ¿Quién? ¿Él o yo?

¿Y después qué?, le pregunté. Ahora entiendo que no respondiera. Lo que pasa después es que te rompen el corazón porque, sin darte cuenta, lo has entregado.

—Deberías irte —le digo, y esas dos palabras duelen al salir.

Oliver no reacciona de inmediato, me observa, su rostro carente de sorpresa o cualquier otra emoción, pero el dolor se refleja en sus ojos. Cuando hace amago de moverse, estiro la mano para rodear su muñeca con los dedos y él baja la mirada hasta el punto en el que lo estoy tocando.

—No hoy ni ahora —añado, articulando con esfuerzo—. Pero deberías seguir luchando por cumplir ese sueño.

No soy tan arrogante o tan ilusa como para pensar que cambiará sus planes por mí, ni quiero que lo haga. Debería haber tomado esa decisión hace mucho tiempo, aunque entonces no nos habríamos conocido.

Levanta la cabeza, buscando mi rostro, y gira la mano para entrelazar los dedos con los míos. Permanecemos inmóviles al menos durante un minuto, y no estoy segura de si es él el que mantiene mi mano o soy yo la que mantengo la suya. Tal vez nos estemos sosteniendo el uno al otro.

—Estaría huyendo —señala, y tira un poco de mí.

—Los finales son solo nuevos comienzos, Oliver, y tú necesitas un final.

Abre la boca para replicar, pero avanzo otro paso hasta que nuestros pechos se rozan. Coloco la otra mano sobre su boca, impidiéndole hablar.

—Y también necesitas dejar de pensar que eres un cobarde o que eres débil. No es así. No te das cuenta de lo fuerte que has sido y que eres —argumento, y percibo la humedad acumulándose en mis ojos—. Cualquiera otro hubiera sucumbido y hubiera tomado el camino fácil, cualquiera otro se hubiera rendido...

Sus comisuras se curvan de forma leve.

—Me rindo ahora. Me rindo contigo, Lizzy.

Tomo su rostro entre las manos.

—No te rindas por mí. No te rindas nunca por nadie —le digo, a pesar de que lo único que deseo en este momento es besarle y decirle que se quede a mi lado—. Ríndete por ti, por tus sueños y tus deseos. No seas lo que los demás esperan de ti sino lo que quieras ser. Y puedes ser lo que desees, Oliver, estoy segura de ello. No eres el chico que se quita la ropa, nunca lo has sido, y tampoco los tatuajes de tu piel ni las heridas bajo ellos. Eres dulce y amable, y te crees muy duro —bromeo, con las lágrimas ya corriendo por mis mejillas—, pero tienes buen corazón. Puede que estés herido o creas que te has roto en tantos pedazos que no puedes recomponerte, pero cada uno de esos pedazos son tuyos y los irás uniendo poco a poco...

Se me quiebra la voz, aunque hay un millón de cosas que quiero decirle, así que me pongo de puntillas y le beso, esperando lograr con esa caricia lo que me es imposible contarle de cualquier otra forma. Oliver me devuelve el beso con voracidad, tan hambriento como yo. Mordisquea mis labios y su lengua se hunde en mi boca con desesperación. Nos besamos con ansia, los prejuicios perdidos junto con una parte de nosotros mismos que nos dejamos en este instante único, en esta cocina; las emociones en los labios y en la piel, y el tiempo deteniéndose para nosotros solo una vez más.

—Lizzy —murmura, contra mi boca.

Me hace retroceder hasta que me topo contra la encimera, y entonces me alza para sentarme sobre ella. Varios platos y algunos cubiertos resbalan para acabar en el suelo, pero ni aun así se aparta de mí. No creo que nada ni nadie pudiera alejarnos el uno del otro ahora mismo.

Cuando se lleva las manos a la camiseta lo detengo.

—¿Puedo? —pregunto, porque quiero ser yo la que aparte las prendas que cubren su cuerpo.

—Adelante.

Lo desnudo con delicadeza, muy despacio, mientras beso cada centímetro de piel que va quedando al descubierto, mostrándole que no hay nada de malo en él. Trazo largos senderos de besos por su pecho, sus brazos y su cuello, emborrachándome de su sabor, arrancándole suspiros para hacerlo mío y a la vez más suyo que nunca. Le dedico más caricias de las que alguna vez haya regalado a nadie, y él no deja de estremecerse. Al regresar a su boca y besarlo, percibo la sonrisa que esconden sus labios y esa es, con diferencia, la mejor reacción que pueda provocarle.

Con nuestra ropa caen también barreras, muros alzados debido al dolor y al miedo. Mis piernas rodean sus caderas, exigiéndole que se acerque más, que también él deje huellas más allá de mi carne o mi piel. Nos hacemos el amor con la misma lentitud que hemos empleado hasta este momento para acariciarnos. Nos deshacemos entre gemidos, perdiéndonos en el aliento del otro.

Oliver se hunde en mí y se lleva consigo los restos de mi cordura, aunque nunca me he sentido tan lúcida, y mi excitación aumenta con cada balanceo de sus caderas, con cada toque de sus dedos y sus labios. Se lo entrego todo de mí, sabedora de que es ahora, en este instante, el momento de lanzarse de nuevo contra las olas y dejarse llevar por la corriente, y que en esta ocasión Oliver me acompaña y no mira al horizonte desde la lejanía. Que él está arriesgando incluso más que yo.

—Lizzy... —susurra sin aliento una vez más—. Eres la única marca que no borraré jamás de mi piel.

No dice «te quiero» o «te amo», no desea o anhela, y, aun así, sus palabras contienen más emoción que cualquier otra declaración que pudiera haber hecho.

Sé lo que eso significa para él y lo que significa para mí.

OLIVER

Me duermo junto a Lizzy, sosteniendo su cuerpo menudo entre mis brazos mientras ella se acurruca contra mi pecho. Ocupamos la cama de Triz después de que Lizzy asegure que no le importará. Agradezco que así sea porque, incluso cuando cierra los ojos y su respiración se vuelve regular y más profunda, no puedo dejar de pensar en lo increíble que es tenerla aquí conmigo. Las luces nocturnas del campus se cuelan por la ventana y me permiten observarla durante largo rato. Es preciosa de esa forma en la que solo lo son las cosas que no se pueden tener. Preciosa y fugaz a pesar de la huella imborrable que ha dejado en mi interior.

Con ese pensamiento y con una extraña sonrisa, yo también me quedo dormido.

Durante la semana siguiente, me siento como el que espera que ejecuten su sentencia, pero al mismo tiempo quiere creer que, en el último momento, llegará el indulto. No me atrevo a soñar con que Loren se mantenga al margen y acepte mi decisión, y al llegar el viernes apenas si puedo dominar mi inquietud. Estos cinco días he continuado asistiendo a clases y quedando con Lizzy siempre que he podido, y nos hemos comportado como si nada sucediese. Han sido cinco días de una normalidad maravillosa, por decirlo de algún modo, porque también se han parecido demasiado a una eterna despedida, larga y dolorosa. Cada aula que he pisado, cada paseo en moto, cada beso que le he dado a Lizzy, cada vez que hemos hecho el amor...

Chace ha dicho que puedo quedarme en su apartamento tanto tiempo como quiera, aunque le he asegurado que no va a alargarse mucho más. Esta mañana, mientras desayunábamos, he vuelto a agradecerle su hospitalidad y le he contado por fin que es posible que me marche de la ciudad muy pronto.

—No puedes irte, tío. ¿Vas a dejar la universidad?

—Haré lo posible por conseguir un traslado —afirmo, aunque soy consciente de lo difícil que resultará a estas alturas de curso.

—¿Y Lizzy? —inquire—. Estáis saliendo o algo parecido, ¿no?

Nos encontramos el lunes fuera de clase y creo que aún sigue alucinado por haber descubierto que íbamos cogidos de la mano. Puede que incluso yo lo esté.

La idea de marcharme por fin de Los Ángeles y dejarlo todo atrás resultaría

prometedora si no fuera por ella.

Agito la cabeza.

—No lo sé, no hemos hablado de ello.

Chace ríe, ignorando gran parte de una historia que no me he atrevido a contarle. Estos días le he hablado de lo mucho que odio mi trabajo y esta ciudad, pero no he ahondado más en el tema; no estoy preparado todavía para airear mi pasado con alguien que no sea Lizzy.

—No te veo en una relación a distancia.

Le sonrío sin más y no le saco de su error, aunque rato después, tras recoger a Lizzy en casa de Triz y llevarla al campus, continúo pensando en el comentario de mi amigo.

—¿Crees que podría conseguir un traslado y no tirar por la borda mis años aquí? —le pregunto al bajarnos de la moto frente a la facultad.

Lizzy se quita el casco y lo mantiene entre las manos, observándolo como si fuera un artefacto extraño cuya utilidad desconociese. Supongo que es tan consciente como yo del día que es hoy. Podría no suceder nada, podría haber sucedido ya... o podría ser que Loren montara en cólera esta noche cuando no me presente en el Archer para cubrir mi turno. Ni siquiera sé si Vanessa está al tanto de mi última visita. Tras la pelea con mi jefe me marché del bar sin hablar con ella. Por esta vez, le toca a Loren ser el mensajero y lidiar con ella.

—Tal vez —tercia Lizzy—. Tienes un buen expediente. —Hace una pausa y su mirada se traslada al edificio frente al que nos encontramos—. Déjame que haga algunas averiguaciones, quizás encuentre la forma.

Desliza los dedos por mi rostro con la misma delicadeza que ha empleado todos estos días al tocarme a pesar de que los moratones apenas son ya perceptibles, como si creyera que sus caricias pueden hacerme daño. Debería saber lo equivocada que está. Cada roce de sus manos ayuda a sanar mis heridas sin siquiera proponérselo.

—No tienes por qué molestarte —le digo, atrapando su mano y acercándola a mí.

Le doy un suave beso en los labios que me hace anhelar mucho más; más que unos pocos días a su lado.

—Quiero hacerlo.

No estoy seguro de que quiera hacerlo de verdad. Es decir, quiere ayudarme, eso lo sé, pero es como pedirle que me empuje aún más lejos de aquí, de ella.

—Nos vemos luego en clase, ¿vale? Tengo que pasar por el despacho de Mike.

La beso de nuevo antes de dejarla ir. Otros estudiantes —algunos de ellos alumnos de Harris—, nos observan sin disimulo. A estas alturas nos hemos convertido en el nuevo cotilleo del campus, aunque es lo último que me preocupa y a Lizzy tampoco parece importarle.

La mantengo entre mis brazos unos segundos más a pesar de las miradas curiosas y los cuchicheos, y ella me regala una de sus preciosas sonrisas. Echa un último vistazo a nuestras manos entrelazadas y la situación parece divertirle.

—¿Qué pasa? —pregunto. Me llevo el dorso de su mano a los labios e incluso amago una reverencia, poniéndonos aún más en evidencia.

—Nada, es una tontería —replica, y echa a andar en dirección a la entrada—. ¡Nos vemos luego, señor Hunt! —grita, al alcanzar la puerta, y yo no puedo evitar sonreír.

LIZZY

—No te esperaba —me dice Mike, y echa un vistazo a su reloj.

Su expresión interrogante basta para hacerme saber lo mucho que le sorprende mi visita. El lunes pasado presenté mi dimisión formal como adjunta. Pasé la nota por debajo de su puerta y me marché a la carrera, como si huyera del mismísimo demonio. Él no estaba por lo que no fue testigo de mi precipitada huida, pero nuestra relación ha sido muy tensa en las últimas clases y mi cese solo ha resultado ser el colofón a esta incómoda situación.

—Pasa —añade, poniéndose en pie—. Tengo algo de tiempo libre antes de mi siguiente clase.

Eso es algo que ya sabía. Durante años he conocido su horario casi mejor que el mío, sus reuniones, la hora a la que llegaba o se marchaba...

Estaba segura de que lo encontraría aquí.

—Quería hablar contigo.

Asiente y aprecio cierta satisfacción en su rostro. Supongo que cree que me he arrepentido y vengo a suplicar para que me readmita.

—Esperaba que vinieras —me dice, y acto seguido confirma mis sospechas—. No he cursado tu petición.

Inspiro y tomo asiento. Mike me imita, acomodándose tras su escritorio pulcramente ordenado. Una vez estuve enamorada de él, aunque admito que no creo que llegara a quererle. En realidad, creo que quería convertirme en alguien digno de su admiración; me impresionó tanto el primer día de clase que yo también deseaba despertar en él esa clase de sentimiento e hice todo lo posible para que así fuera. Me equivoqué, y en eso no hay más culpable que yo misma. Culpable y cobarde por no enfrentarme al desencanto que fui sufriendo conforme dejaba de ser yo para transformarme en lo que suponía que me haría deseable a sus ojos.

Luego vinieron los *desaires*. Detalles tan insignificantes como que no fuera capaz de cogerme de la mano en el campus, algo que Oliver ha hecho con la mayor naturalidad, o que jamás se interesara por acudir una noche al Silver's a verme cantar. Tal vez por eso dejé de ir.

—Deberías haberlo hecho —señalo, y dejo así patente que no es ese el motivo de mi visita.

Se yergue en el asiento y su rictus adquiere severidad, señal de que no le gusta lo que oye.

—¿De verdad vas a renunciar? Eso dejará una mancha en tu expediente.

«Mejor en mi expediente que en mi corazón».

—Asumiré las consecuencias, cualesquiera que estas sean. Estoy dispuesta a continuar ayudando a los estudiantes que lo necesiten mientras encuentras a otra persona —afirmo, aunque no lo hago por él sino por sus alumnos—. Pero necesito un favor.

Extiende las manos sobre la mesa. No da muestras de curiosidad, aunque sí de cierto interés, siempre le ha gustado que la gente le deba favores.

—Se trata de Oliver Hunt.

A sus labios asoma una sombra de sonrisa; leve, muy leve, y condescendiente. Odio tener que pedirle algo, lo último que deseo es estar en este despacho hablando con él mientras en mi mente no dejo de verlo en la cama con nuestra vecina, pero decido que la situación bien merece tragarme mi orgullo.

—¿También él quiere dejar mis clases? ¿Ya se ha cansado de ti?

Su tono pretencioso casi consigue que me levante y me largue, pero respiro hondo y continúo sentada.

—Eres buen amigo del rector y tienes contactos en otras universidades — prosigo, haciendo caso omiso de su desprecio—. ¿Sería posible que apoyaras su traslado a...? —Titubeo, Oliver solo ha dicho que quiere irse, nunca a dónde; desesperado por marcharse, pero sin un destino—. ¿Nueva York?

Está en la otra punta del país, lo suficientemente lejos de Loren y de su vida aquí, y, si lo pienso bien, es la ciudad perfecta para Oliver. Estoy segura de que podría empezar de nuevo allí.

—¿Nueva York? —inquire él, y yo asiento—. ¿Tan lejos quieres mandarle?

—O a cualquier otra universidad fuera de este estado si eso no es posible.

Las cejas de Mike se arquean. Se recuesta contra el respaldo de su silla y, por su postura, es fácil comprender el regocijo que le produce mi petición.

—El curso ya está muy avanzado.

—Es inteligente, se pondrá al día enseguida. Puede hacerlo —remarco.

Sé que Oliver puede si le dan la oportunidad. Por una vez se merece que alguien haga algo bueno por él, que el destino juegue a su favor y le haga un regalo.

—Tendría que mover muchos hilos.

Ambos sabemos que no es así. En realidad, si alguna universidad quiere aceptarlo lo hará, y a muchas les gustaría contar con un alumno tan brillante como él. Lo único que necesita es que le presten atención y una carta de recomendación.

—Te estaría muy agradecida —me obligo a decir.

Mike se inclina sobre la mesa y, ahora sí, sonrío abiertamente.

—¿Ah sí?

Me lleva unos segundos calmarme y no responder lo primero que se me pasa por la cabeza. Me siento tentada de reprocharle que me lo debe, aunque solo sea por haberse metido en la cama con otra quién sabe cuántas veces, pero no voy a caer tan bajo.

—Asistiré a tus alumnos en lo que necesiten. —Esboza una mueca, como si ya contara con ello. No debería haberme ofrecido antes—. Por una vez, Mike, haz algo por alguien sin pensar en lo que vas a recibir a cambio. Tal vez en un futuro el karma te premie por ello. Lo que te pido no supone nada para ti, pero a otra persona puede cambiarle la vida.

—¿A ti o a él?

—¿Importa? —replico, esforzándome por controlar mi enfado.

—Podríamos darnos otra oportunidad.

Apenas si puedo contener una carcajada.

—Haré como si no me hubiera dado cuenta de lo mezquino que es lo que acabas de proponer.

Alguien llama a la puerta, interrumpiendo lo que quiera que fuera a contestar, y agradezco no tener que oírlo; no creo que lo soportara.

—¡Un momento, por favor! —grita al oportuno visitante, al menos para mí—. Lo pensaré, Elizabeth. Que presente la solicitud y ya veremos.

Hago un gesto de asentimiento y me pongo en pie, aunque permanezco unos segundos más observándole. Me resulta triste mirarle y que en el lugar que deberían ocupar mis sentimientos por él solo haya vacío. Tengo la sensación de que eso ha sido lo que dejó tras de sí nuestra relación, un vacío similar al que me hacía sentir estando a su lado.

—Gracias.

—Lo hago por ti, no por él.

Si lo hace no será por Oliver ni por mí, será por él, solo por él y su necesidad de demostrar que puede hacerlo. No me importa, no mientras eso

ayude a Oliver.

—¿Qué tal con Harris? —Oliver, sentado a mi lado, hace un gesto en dirección a la puerta.

Mike acaba de atravesarla y se dirige a la parte delantera del aula. Supongo que yo ya no debería estar aquí, pero no creo que sea capaz de echarme delante de todos sus alumnos y, si les voy a seguir ayudando, pienso tomarme la libertad de venir mientras Oliver también asista.

—Bien.

Se inclina sobre mí y me roza la mejilla con la nariz.

—Miente usted fatal, señorita Lodge. ¿Lo sabía?

Sonrío, de mejor humor. Es curioso lo que la persona indicada puede provocar en ti y como puede conseguir hacerte sentir mejor incluso cuando, como es el caso, te llama mentirosa.

—¿Te gusta Nueva York?

Me devuelve la sonrisa antes de contestar, sin pararse a cuestionar la pregunta.

—Siempre he querido visitar Manhattan. Dicen que es la ciudad de las oportunidades —repone, mientras juguetea con el bolígrafo sobre su cuaderno—. ¿Por qué?

—¿Te gustaría estudiar allí?

—¿De qué estás hablando? —replica, susurrando.

Mike ha empezado su discurso, así que yo también bajo la voz.

—He hablado con Mike. Él podría recomendarte y conseguir también otra carta del rector para agilizar tu traslado. Eso también ayudaría a que pudieras optar a una beca. —Trago saliva—. Si tienes que irte...

No le cuento lo desagradable que ha resultado la conversación, no necesita sentirse culpable por eso, y lo haría, seguro que lo haría.

Está tan sorprendido que no responde de inmediato. Multitud de emociones atraviesan sus ojos, hay ilusión, pero también tristeza.

—Aún no sabemos qué va a pasar —argumenta, pero empiezo a pensar que esa ya no es la cuestión.

—Me gustaría que te quedases, Oliver, y tú eres el único que puede decidir qué quieres hacer, pero creo que sería una buena oportunidad para ti.

Desvía la vista hacia el cuaderno que reposa en la mesa frente a él y mis ojos persiguen su mirada. Me inclino para leer la frase que corona la hoja por la que se encuentra abierta:

Nuestras vidas se definen por las oportunidades, incluso las que perdemos.

—Francis Scott Fitzgerald —comenta, muy bajito—. ¿Has leído *El curioso caso de Benjamin Button*? Hicieron película, aunque no se parecen en nada.

Nos recuerdo muy bien a Triz y a mí devorando a Brad Pitt con la mirada en esa película y emocionadas por el final, pero no atiendo a su propósito de distraerme.

—No tienes por qué perder esta —señalo, refiriéndome a sus oportunidades—. Pase lo que pase con Loren, tú siempre has deseado marcharte de Los Ángeles.

—¿Y si perdemos nuestra oportunidad? —inquieta, pero yo me apresuro a negar.

—Quizá sea una tontería, pero creo que seremos cuando estemos destinados a ser, Oliver. Aquí o en Nueva York. Pero necesitas tu propia oportunidad de ser antes de que eso ocurra.

Mike pide un voluntario y mira en nuestra dirección. Sin embargo, una chica en las primeras filas se ofrece voluntaria y se pone en pie antes de que pueda hacer nada al respecto.

—Seguro que también hay una cita de algún libro para eso —agrego, haciendo todo lo posible por sonreír—. Piénsalo, ¿vale? Solo piénsalo.

Se muerde el labio inferior y, por un momento, parece buscar algo en mis ojos o más allá de estos.

No volvemos a hablar durante el resto de la clase. Oliver parece absorto en sus pensamientos incluso cuando el timbre suena, anunciando la hora del almuerzo. Es la última clase de hoy para ambos y, salvo por la tutoría que ya había programado para esta tarde con algunos alumnos, no tengo ningún plan. Oliver, por su parte, no va a presentarse en el Archer y será su primer viernes libre en mucho tiempo.

—¿Quieres que hagamos algo esta noche?

Si su ausencia en el trabajo provoca algún tipo de reacción en su jefe, deberíamos aprovechar el tiempo. Oliver me rodea los hombros con el brazo y echamos a andar por el pasillo en dirección a la salida.

—Oh, sí. Quiero hacer una cantidad considerable de cosas contigo esta noche —replica, burlón—. Cosas sucias.

Resoplo, fingiendo una indignación que no siento.

—Hablo en serio, Hunt.

—Yo también.

OLIVER

—No tenía ninguna fe en ti, sobre todo al principio —me suelta Triz.

No me molesta su sinceridad, sé que no lo dice con mala intención y, en realidad, yo tampoco la hubiera tenido.

Estoy en su apartamento, esperando a que llegue Lizzy. Ha pasado la tarde con el grupo de estudio al que continúa ayudando a pesar de haber dimitido de su puesto de adjunta.

—Fuiste tú la que la empujó en mis brazos. Literalmente.

—Ya, bueno, pensaba más en un rollete esporádico...

—Y yo parecía perfecto para eso, ¿no?

No hay reproche en mi voz. Por alguna razón, ya no me siento inclinado a pelear esa clase de batallas. Triz se encoge de hombros y esboza una mueca de culpabilidad.

—Lo siento.

—No te disculpes —replico, restándole importancia—. La verdad es que era perfecto para eso.

Echa un vistazo a la mochila que hay junto a mis pies y, tras unos segundos, parece decidirse a poner voz a lo que ronda su mente.

—Le va a encantar, Oliver, pero... —Titubea, y que Triz dude en expresar lo que piensa me inquieta. Por regla general, la mejor amiga de Lizzy no suele callarse nada—. Tengo la sensación de que vas a romperle el corazón.

Bajo la mirada y hago lo posible por ordenar mis pensamientos de forma que pueda hacerle entender —y pueda entender yo—, lo que siento por su amiga.

—Lizzy es, con diferencia, lo mejor que me ha pasado. Lo único bueno que me ha pasado —me corrijo de inmediato—. Nunca le haría daño de forma intencionada...

El tintineo de unas llaves en la entrada interrumpe la conversación. Me pongo en pie en cuanto Lizzy asoma tras la puerta cargada con varios libros y un montón de carpetas. Su mirada oscila entre Triz y yo.

—Iba a llamarte ahora —me dice, regalándome una sonrisa exhausta.

No creo que pueda cansarme nunca de verla sonreír, y asumir esa certeza, junto con lo que supone, ya ni siquiera me sorprende. Me acerco a ella y la

libero del material que lleva entre las manos para luego robarle un beso.

—Estoy destrozada —comenta—, pero Triz libra hoy. Había pensado en llamar a los demás y salir por ahí a divertirnos un poco.

No me cuesta adivinar que también ella está inquieta. Nuestra particular cuenta atrás toca hoy a su fin y quizás esta noche todo comience de nuevo a ir mal... Rodearse de sus amigos es su forma de ganarle terreno a ese temor. Sin embargo, mis planes para esta noche son otros.

—Creo que hoy me iré a la cama pronto —comenta Triz, para sorpresa de Lizzy—. ¿Por qué no salís vosotros?

—¿Estás bien? —replica Lizzy, con cierta preocupación—. Podemos quedarnos si te encuentras mal.

Que Triz quiera quedarse en casa un viernes no es lo más habitual y, por lo que sé, no va a hacerlo de verdad. Lo único que hace es mantener el plan que hemos trazado antes de que llegara Lizzy.

—Salid vosotros. De verdad que estoy bien. Marcus vendrá más tarde —agrega, para darle credibilidad a su mentira.

—Vamos, iremos a dar un paseo —la animo, tomándola de la cintura.

Triz le hace un gesto con la mano, indicándole que no hay problema.

—Venga, marchaos y haced todas esas cosas malas que yo haría —bromea, y Lizzy parece relajarse.

Apenas veinte minutos más tarde, después de que Lizzy se cambie de ropa, salimos del edificio. Con la mochila al hombro, tiro de ella en dirección al aparcamiento.

—Pensaba que íbamos a dar una vuelta por el campus —apunta, cuando descubre mi Jeep entre el resto de coches—. Algo tranquilo.

Le abro la puerta y la ayudo a subir.

—Dime, Lizzy, ¿cuándo alguna de nuestras salidas ha sido tranquila?

Rodeo el vehículo para ir a acomodarme tras el volante, y ella espera hasta que estoy a su lado para contestar.

—¿Se puede saber a dónde me llevas?

—Lo verás muy pronto.

No tarda demasiado en adivinar nuestro destino, en cuanto nos incorporamos al tráfico que circula por la carretera de la costa. Llevarla de vuelta a la cala de Oxnard que ella misma me descubrió parece lo adecuado para una noche como esta, pero esa no es la única sorpresa que le depara nuestra salida.

Tras algo más de una hora metidos en el coche, aparco muy cerca del lugar en el que lo hice la última vez. Parece que hubieran pasado meses desde eso.

Cargo con la mochila y con otra bolsa de deporte bajo la atenta mirada de Lizzy. No deja de sonreír en ningún momento y yo no puedo evitar contagiarme de su felicidad. La llevo hasta la arena y, tras extender una manta, la invito a sentarse.

—Ahora cierra los ojos y canta.

Arquea las cejas ante lo extraño de mi petición, pero debe decidir no llevarme la contraria.

—¿Qué quieres que cante?

—Espera, puedo ayudarte con eso.

Me saco el teléfono del bolsillo. Después de escucharla cantar *Dying to live* en el Silver's, busqué la canción y me la descargué, así que la melodía empieza a escucharse enseguida a través del altavoz.

Ella sonríe, muy consciente de por qué la he elegido.

—Está bien —acepta, y cierra los ojos.

Su voz inunda la playa desierta y se une al sonido de las olas, y yo me apresuro a sacar lo que he traído de la mochila. No podía permitirme llevarla a un buen restaurante ni hacer nada ostentoso para esta noche, pero quería que fuera especial. Que pase lo que pase, mañana pueda recordar este día con una sonrisa en los labios, y el mar como ese lugar al que siempre podrá volver conmigo.

Para cuando la canción termina y su voz se apaga, yo ya lo he dejado todo preparado y me he sentado en la arena con Lizzy entre mis piernas.

—Abre los ojos —le pido, abrazándola desde atrás.

Su mirada recorre los platos de comida dispuestos frente a ella y suelta un gemido al reparar en un bol enorme repleto de onzas de chocolate blanco, su debilidad. Luego su vista se traslada un poco más allá, al borde de la manta, y gira la cabeza de un lado a otro. Estamos rodeados de decenas de pequeñas velas, sus llamas oscilando con la suave brisa que llega del mar.

Lizzy no suele tomar vino, pero yo quería algo más que unas cervezas para brindar. Triz, además de pasar la tarde ayudándome con la comida, me ha sugerido que optara por un vino blanco.

—¿Me he pasado? —inquiero, inseguro.

Nunca he sido de los que tienen citas formales con una chica y mucho menos había preparado algo así; esto es nuevo para mí, como todo con ella.

Lizzy agita la cabeza en una negativa.

—Es un detalle precioso, Oliver. —Hace una pausa—. Vas a irte, ¿verdad?

—No he hecho esto por si me voy o por si me quedo, lo hago porque quiero devolvarte al menos una parte de lo que me has dado.

Me siento ridículo. Esto no puede compensar en modo alguno lo que Lizzy ha hecho por mí, cómo ha conseguido sacarme del rincón en el que continuaba escondido el Oliver de catorce años, herido y solo, que huyó de aquella casa de acogida tiempo atrás.

LIZZY

—Todo está bien, Oliver —le aseguro, porque puedo entrever la inquietud en sus ojos.

Giro sobre mí misma y me arrodillo frente a él. En este instante no parece más que un niño, vulnerable y avergonzado, y no quiero que se sienta así. Demostrar a alguien que piensas en él, que le tienes en cuenta, no es nada de lo que deba avergonzarse.

—¿Cenamos? —propongo, tomándole de la barbilla para obligarlo a alzar la mirada—. Me muero de hambre.

Nos damos un festín con todo lo que Oliver ha preparado. Me confiesa que Triz ha tenido mucho que ver y que no podría haberlo hecho sin ella, y que no intente llevarse el mérito lo hace aún más adorable. Mientras comemos no hablamos de la universidad ni de Nueva York, solo de nosotros. Detalles tontos e insignificantes de nuestras vidas para evitar sacar a relucir algún tema doloroso. Oliver me cuenta que, por primera vez desde hace años, esta semana ha ido a la biblioteca a sacar una novela de fantasía.

—Es un poco raro volver a leer por puro entretenimiento.

—Empiezo a creer que soy una mala influencia para tu carrera académica —bromeo, y, por toda respuesta, me roba un beso con sabor a chocolate y continúa comiendo.

Es mi turno para las confesiones, así que le hablo de que me encantaría trabajar en algo relacionado con la música.

—Sería feliz montando una tienda de discos —comento, con cierta ingenuidad—, aunque dudo que hoy en día sean rentables.

—¿Nunca has pensado en probar suerte como cantante? —inquire él.

Yo niego con vehemencia, riendo ante la sugerencia. Cantar es algo que considero mío, una parte que no me importa compartir con mis amigos o incluso con unos cuantos desconocidos en el Silver's, pero nada más allá de eso. No sé muy bien cómo explicárselo, pero resulta algo tan íntimo para mí que creo que dejaría de tener sentido si hiciera de ello mi modo de vida.

—Lo entiendo —me dice, tras escuchar mis atropelladas explicaciones.

La noche prosigue con más confesiones susurradas en voz baja, tumbados sobre la manta y arrullados por el sonido del mar. La cena termina y, llegado el

momento, las palabras también acaban quedándose cortas. Nos besamos y las caricias se van volviendo más osadas, sin urgencia, tan apasionadas como tiernas, de las que queman la piel, pero también acarician el alma. Entonces son nuestros cuerpos los que hablan por nosotros; de miedos, deseos y sueños. Nos contamos secretos en silencio, observados solo por brillantes estrellas de una noche sin luna y por el mar, y sé que me será imposible olvidar este momento, no importa lo que suceda ni el tiempo que pase.

Más tarde, desnudos bajo una manta, con las piernas enredadas y la respiración aún entrecortada, Oliver exhala un suspiro seguido de otra confesión.

—No quiero dejarte, Lizzy.

Mi corazón se salta un latido, tal vez dos, al escuchar el tono quebrado de su voz y la sinceridad que impregna cada una de sus palabras.

Su móvil, olvidado sobre la mochila, comienza a sonar, y yo cierro los ojos para no ver el nombre que aparece en la pantalla. Trato de pensar solo en lo que acaba de decir y no en la persona a la que Oliver maldice al alargar el brazo para comprobar quién le está llamando. No descuelga, pero Loren lo intenta varias veces hasta que Oliver silencia el teléfono y lo lanza sobre sus cosas.

—No quiero dejarte —repite, en esta ocasión con un matiz mucho más desesperado.

Le sonrío. No porque no me inquiete lo que esa llamada podría suponer sino porque él necesita esa tranquilidad.

—Yo tampoco quiero que te vayas, Oliver. —Me acurruco entre sus brazos, apretándome contra su pecho—. Pero tú quieres irte, es lo que siempre has querido. Da igual lo que sea que haga Loren, si piensa intentar obligarte o no, a regresar. No quiero ser lo único que te ate aquí, no quiero que te quedes aquí por mí —añado, con no poco esfuerzo.

No quiero que a Oliver le ocurra lo que a mí, que se olvide de sí mismo para complacerme, y eso es lo que sucedería si se queda. Y un día, más adelante, existe la posibilidad de que mire en su interior y solo encuentre vacío donde debería haber un montón de emociones y recuerdos. Necesita ser feliz consigo mismo, quererse, y no quedarse en un lugar que odia porque crea que soy yo lo que necesita. Las personas pueden acompañarnos en nuestra felicidad, pero nunca pueden hacernos felices solo por sí mismas.

—Pensar en salir de aquí es lo único que me ha mantenido vivo en los últimos años. El resto... Todo lo demás lo he guardado en un rincón de mi

interior para que no pudiera dañarme. Solo tú...

—Hazlo, Oliver. Si te quedas, vivirás preguntándote qué hubiera pasado si te hubieras ido, y eso terminaría pesándonos a los dos.

Acaricio su rostro con la yema de los dedos y me obligo a sonreír, aunque soy consciente de la tristeza que empaña mi expresión. Por un momento me planteo desdecirme y rogarle que se quede a mi lado, pero no digo nada. Son mis ojos los que, llenos de lágrimas, le hacen saber lo mucho que me está costando no ceder a ese impulso.

—Conseguiré las cartas de recomendación, te lo prometo.

«Y te echaré de menos desde el mismo momento en que me digas adiós».

Oliver me mantiene pegada a su pecho, rodeándome con un brazo, mientras que con su otra mano acuna mi rostro. Me da un beso largo y profundo que, más que nunca, tiene un sabor agridulce. Procuro no ceder al llanto, aunque es difícil cuando mi corazón no para de gritarme que no lo deje marchar, y es entonces cuando me doy cuenta de que me he enamorado por completo de él. Con su media sonrisa y su piel rebosando tinta y dolor; con sus ojos grises y su apariencia de rebelde, e incluso con ese punto cínico que emplea a veces para defenderse. Darle a elegir, empujarle hacia lo que creo que es una vida mejor para él, me romperá el corazón y lo sanará al mismo tiempo, por muy contradictorio que parezca.

Solo espero que Oliver lo entienda.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista, Lodge? —bromea, y yo asiento, siguiéndole la corriente.

—Solo es una excusa para poder ir a visitarte.

Mi comentario provoca un cambio sustancial en su actitud, como si hasta ahora hubiera pensado que de verdad estoy tratando de deshacerme de él.

—¿Vendrías a verme?

—No sé si tendré oportunidad durante un tiempo, Oliver —repongo, temiendo haberle creado falsas expectativas—. Es mi último semestre... Y tú necesitas tiempo para ti.

Vuelve la vista al frente y se queda mirando el mar.

—Prométeme que lo intentarás —me ruega.

«Miénteme si hace falta, Lizzy», parece decir en realidad, y me es imposible negarme.

—Lo intentaré.

OLIVER

A pesar de lo mucho que he esperado este momento, nunca creí que fuera a costarme tanto subirme a un maldito avión. Nueva York me espera. Lizzy ha removido cielo y tierra para conseguirme cartas de recomendación de todos mis profesores así como del propio rector de UCLA, y también ha agilizado los trámites del traslado de mi expediente. No habría tenido ninguna oportunidad de no ser por ella.

—Te quedarás en tierra si no te das prisa.

—Empiezo a pensar que te mueres por perderme de vista —replico, a sabiendas de que no es así.

Tiene los ojos brillantes y, por mucho que se esfuerza, a duras penas logra contener las lágrimas. No ha dejado de alisarse el vestido con las manos desde que me recogió para traerme al aeropuerto; su inquietud es incluso más evidente que la mía.

Se descuelga mi mochila del hombro y me la tiende.

—He dejado algo dentro para ti —murmura, y me brinda una sonrisa triste—. No quiero que lo mires hasta que no estés subido a ese avión.

Asiento.

Incluso ahora no puedo evitar dudar. No tendría por qué marcharme. Tras la llamada de Loren, volví a enfrentarme a él y le hice saber que ya había tomado una decisión. Iba a emprender una nueva vida y el Archer no formaría parte de ella; no había nada más que discutir. Puede que fuera la firmeza que demostré o algo que vio en mis ojos, o tal vez los años que he pasado trabajando para él; quizá se apiadó por primera vez de otra persona o comprendió que me he ganado el derecho a buscar algo mejor que lo que él podía ofrecerme... La cuestión es que me echó a patadas del local y me *exigió* que no volviera, lo cual no deja de resultar curioso. Incluso me aseguró que Vanessa no querría saber nada más de un empleado como yo, que los había dejado tirados.

Sea como fuere, tengo más opciones de las que haya tenido nunca, y es gracias a Lizzy. Ha sido ella la que me ha empujado a luchar y aceptar quién soy realmente, o al menos a empezar a hacerlo. Las cicatrices de mi piel continúan ahí, ardiendo cada vez que paso las manos sobre ellas, pero ahora duelen un poco menos.

Lizzy me observa, de pie frente a mí, y me aterra ceder al impulso de abrazarla porque lo convertirá todo en algo definitivo. Cada segundo que desperdiciamos mirándonos es uno más que no pasaré abrazándola, y ese pensamiento es lo único que necesito para avanzar y estrecharla contra mi pecho.

—Tienes que irte, Oliver —susurra, y su voz se quiebra al pronunciar mi nombre.

Acuno su rostro entre las manos con el mismo cuidado que suele emplear ella para tocarme. Tiene las mejillas húmedas y se muerde el labio con insistencia. Me gustaría decirle todo lo que ha hecho por mí; que los recuerdos de las semanas que hemos pasado juntos son, sin duda, los mejores de toda mi vida, los más dulces y los más mágicos que alguien me ha ofrecido jamás. Sin embargo, las palabras se me atascan en la garganta, negándose a salir, y me duele el pecho al pensar en que en unas horas estaré al otro lado del país. Lejos, muy lejos de ella.

Lizzy fuerza una media sonrisa, pero no hay alegría en sus ojos.

—Prométeme que seguirás cantando —suplico, apoyando mi frente contra la suya—. Que irás al Silver's siempre que puedas y llenarás ese maldito bar con tu maravillosa voz. Que cada mañana, cuando salgas a correr, pensarás un poco en mí, pero sobre todo pensarás en ti misma. Que quedarás con Triz, Avery y Kaylee para comer porquerías mientras os reís del mundo juntas. —Acaricio la curva de sus labios con la yema de los dedos, anhelándolo sus besos incluso antes de haberme marchado—. Que seguirás siendo la chica que baila en la orilla y se adentra en el mar sin miedo. Prométeme que no dejarás de ser tú misma por nadie, ni siquiera por mí.

Percibo cómo se estremece, o tal vez sea yo el que estoy temblando.

—Lo prometo —repite, y acto seguido sus labios se estrellan contra los míos.

Su boca emana calidez y sabe a sal, tan jodidamente radiante como un día de verano. Me sigue sorprendiendo lo menuda que parece entre mis brazos y el hueco tan grande que ha ocupado en mi corazón.

Se aferra a mi cuello y yo tiro de ella hasta levantar sus pies del suelo, y durante ese instante juro que pienso que no seré capaz de soltarla. La mantengo pegada a mí, nuestros labios devorándose, y hago lo posible para llenarme de ella; no solo de este beso y del tacto de su piel sino de todo lo que representa, de las emociones que me provoca y lo que ha hecho conmigo.

Cuando no me queda otro remedio que soltarla, la deposito en el suelo muy poco a poco. No pierdo de vista sus ojos.

—Eres... —farfulto, sin encontrar las palabras adecuadas para definirla—. Eres mi mar —completo la frase por fin.

Se le escapa un gemido mientras lucha por contener los sollozos. Mi estado no difiere mucho del suyo, y mentiría si dijera que no estoy a punto de echarme a llorar. Pero sé que tiene razón, que esto es algo que debo hacer. Lizzy nunca me retendría porque es la persona menos egoísta que he conocido, y yo debería ser lo suficientemente valiente como para afrontar que tengo que ser yo antes de poder ser algo para ella. Solo que pensar en marcharme y no poder verla en clase o a cualquier hora del día duele como el mismísimo infierno. El dolor que he guardado hasta ahora en mi interior desaparece por primera vez para ser sustituido por la sensación de estar dejando atrás algo maravilloso.

—Mi mar —repito, depositando pequeños besos sobre sus labios mientras borro los surcos húmedos de su rostro con la punta de los dedos.

—¿Volverás entonces a sumergirme en mí? —bromea ella, y yo sonrío—. ¿A luchar contra las olas y la corriente?

Sus puños se cierran sobre mi camisa, anticipando el momento en el que tendrá que dejarme ir.

—Lucharé con la corriente siempre que me aleje de ti y terminaré por regresar —le aseguro—. Lo prometo. Tú...

En esta ocasión es mi voz la que se rompe. Lizzy levanta la vista y clava sus ojos en mí. Hay promesas en ellos y más emociones de las que nadie me ha ofrecido nunca. Es la misma chica que tropezó contra mí en el Archer pero a la vez es mucho, mucho más. Es la fortaleza que desprende, la paciencia, su carácter y la capacidad para admitir sus errores, y también la mujer que huye de los prejuicios. Que, a pesar de tenerlos, pelea contra ellos solo para darle a los demás una oportunidad. Quizás eso sea lo importante, no dejarse vencer por nada ni por nadie.

—Me quedaría solo por ti —murmuro, manteniéndola entre mis brazos.

A través de los altavoces del aeropuerto se escucha una nueva llamada para mi vuelo. Se nos agota el tiempo.

Lizzy vuelve a besarme. Me regala una nueva caricia que atesorar, tierna y apasionada, y tan profunda que toca partes de mi interior que solo ella ha llegado a conocer. Se entrega y me entrego, y nos perdemos una vez más por unos segundos infinitos para nosotros.

Hundo la cara en su cuello y aspiro su aroma, y ella se refugia en mi pecho por última vez. Y comprendo que en toda mi vida jamás había tenido que decir adiós a alguien como ella, alguien al lado de quién en realidad quisiera quedarme.

—Sé que lo harías —susurra, separándose de mí.

Tiene los ojos anegados y yo el corazón roto. En este momento nadie diría que es ella la que me ha dado esperanza. Pero así es.

Nuestras manos continúan unidas un instante más, también reacias a dejarse marchar, y son entonces nuestras pieles las que se despiden, prometiéndose encontrarse más adelante.

—Por eso tienes que irte —agrega, y, ahora sí, esboza una de sus preciosas sonrisas.

—Eres la cita más bonita que nadie podría escribir —le digo, retrocediendo un paso, sin perder de vista su rostro.

Se rodea la cintura con sus propios brazos y, aunque desearía ser yo el que acunara su cuerpo, este es mi momento para marcharme y ambos lo sabemos.

—Y tú el mejor prejuicio que he tenido jamás.

NUEVA YORK

SEIS MESES DESPUÉS

—No puedo creer que estemos aquí.

Triz sonríe, tan emocionada como Lizzy, mientras Avery y Kaylee contemplan las vistas. El puente de Brooklyn se extiende frente a ellas y los edificios de Manhattan se alzan contra el cielo nocturno, creando una estampa idílica. Han llegado a Nueva York a media tarde y, después de dejar el equipaje en el hotel, Triz las ha arrastrado a todas hasta el River Café, un restaurante en la zona de Brooklyn, para celebrar no solo el inicio de su aventura neoyorquina sino también la reciente graduación de Lizzy.

—¿Podemos permitirnos esto? —tercia Avery, echando una ojeada a la carta.

Lizzy hace un gesto con la mano para recordarle que esta noche corre con todos los gastos.

—Un día es un día.

—Brindemos —sugiere Triz, y todas alzan su copa.

Mientras Lizzy le da un sorbo al vino, Triz se inclina en su dirección.

—¿Lo has llamado?

No menciona a Oliver, pero ambas saben que habla de él. Llevan más de seis meses sin verse y su relación se ha limitado al intercambio de cartas; las de Oliver, de manera inevitable, con los márgenes repletos de citas de libros.

Lizzy niega.

Ha perdido la cuenta de las veces que ha tenido el móvil en la mano con su número en pantalla. A Lizzy le aterroriza decirle que está aquí. Teme el momento en el que se encuentren por sí, al mirarse a los ojos, descubren que lo que tuvieron ya no está, o que lo que Oliver sentía se ha esfumado. Durante las largas semanas que han pasado separados, no ha habido día que Lizzy no pensara en él ni noche en la que no le echara de menos. Ha resultado doloroso mantenerse alejada de él, permitirle emprender su nueva vida, volar alto, tanto como ella cree que merece. Y ahora... Ahora Lizzy se ha convertido también en una parte de su pasado que no sabe si él está dispuesto a recuperar.

—Estás muerta de miedo —le suelta Triz, con su habitual desparpajo.

Su sonrisa comprensiva amortigua la verdad que encierran sus palabras, y

Lizzy asiente para darle la razón.

—No te haces una idea.

—Saldrá todo bien —interviene Avery, secundada por la dulce expresión de Kaylee.

Lizzy da un segundo sorbo mientras se esfuerza para mostrarse tan optimista como ellas.

—Muy, muy bien —señala Triz, convencida—. Es más, creo que vamos a descubrirlo muy pronto.

El camarero se acerca para tomar nota de sus pedidos, aunque Lizzy ni siquiera ha mirado la carta.

—¿Saben ya lo que van a tomar? —les dice, y Lizzy pega un pequeño bote en el asiento.

Su cabeza gira de inmediato hacia la derecha, el lugar en el que se ha ubicado el camarero. Antes incluso de que su mirada ascienda lo suficiente como para alcanzar su rostro, sabe que encontrará los ojos grises y la sonrisa torcida que tantos meses lleva anhelando.

—Oliver —murmura, desconcertada.

El pulso se le desboca en cuanto su mente asimila que de verdad es él y está ahí, de pie a su lado. De repente, los días que han pasado separados por miles de kilómetros dejan de tener importancia, y se descubre deseándole tanto como entonces. No solo eso, recuerda cada beso, cada conversación; las mañanas en clase, sentados hombro con hombro; las horas de tutoría y las visitas al comedor benéfico. Recuerda el sonido de las olas rompiendo sobre la arena mientras hacían el amor y también el tacto irregular de su piel; cada herida y cada línea de tinta que lo cubría. Lo recuerda todo de una forma tan perfecta que le cuesta no apartar la vista.

Sin embargo, mantiene sus ojos fijos en él, reacia a perderse uno solo de sus gestos, como si temiera que fuera a desvanecerse en cualquier momento.

—Oliver... —vuelve a murmurar.

Él inclina un poco la barbilla y su sonrisa se ensancha. Tampoco rompe el contacto visual. Durante unos segundos, el mundo de Lizzy se reduce al gris turbulento de esos ojos y las sensaciones que renacen en su interior, mucho más intensas. Definitivas.

—¿Ya has elegido, Lizzy? —inquire Oliver, y Lizzy se muerde el labio inferior.

—¿De verdad estás... aquí?

—Voy a ser vuestro camarero esta noche —comenta él, guiñándole un ojo—, si me dices qué es lo que quieres.

«A ti. Ahora y siempre», piensa ella, pero es incapaz de hilar frase alguna.

—Vamos a tomar un menú degustación para todas —tercia Triz, liberándola de tener que decidir qué comer.

Su único anhelo es levantarse y estrecharlo entre sus brazos, pero su cuerpo no está preparado aún para reaccionar.

Oliver escucha la petición de Triz y asiente, aunque su atención sigue centrada en Lizzy.

—No tardaré demasiado —le dice, y ella no tiene claro si se refiere a la comida o a él.

Persigue sus pasos con la mirada. Incluso cuando atraviesa la puerta que comunica con lo que debe ser la cocina, se ve incapaz de moverse. Tarda más de un minuto en sentarse de cara a sus amigas.

—Esto no puede ser una casualidad —farfulla, perpleja—. Esto es...

—Es lo que os merecéis —la interrumpe Kaylee—. Un pequeño empujoncito del destino.

Lizzy enarca las cejas, suspicaz.

—Es... es... —prosigue balbuceando.

Sus amigas ríen, a sabiendas de que son ellas las que han organizado el encuentro. Aunque Lizzy ya no vive en el apartamento de Triz, las cartas de Oliver han continuado llegando allí. No fue demasiado difícil escribirle a sus espaldas y sonsacarle información acerca de su vida actual en Nueva York. Lizzy sabía que había conseguido trabajo en un restaurante, pero no en cuál. Fue Kaylee, armada con sus palabras dulces, la que consiguió el nombre del local sin despertar sospechas.

—Habéis... Lo habéis arreglado todo, ¿verdad? —señala Lizzy, cayendo en la cuenta del empeño que ha puesto Triz en cenar precisamente en ese restaurante.

—Deberíais haberos visto —ríe Avery—. Sigue colgado por ti.

Pero Lizzy está demasiado confusa lidiando con sus sentimientos como para saber si lo que dice su amiga tiene algo de sentido. Las cartas de Oliver han mantenido el tono cariñoso, y él no ha dejado de asegurarle que la echaba de menos. Sin embargo, durante el tiempo que ha durado su separación, no han hablado por teléfono ni una sola vez ni tampoco se han enviado mensajes de texto. Ninguno de los dos tomó esa decisión de forma consciente, pero, cuando

Lizzy deslizó la primera carta en su bolsa el día en el que se despidieron, estableció alguna clase de pacto silencioso que luego Oliver asumió cuando descubrió la misiva entre sus cosas horas después.

Para Lizzy ha sido duro no escuchar su voz, pero ha terminado por aceptar que resultaría igual de duro haberla oído. Se ha aferrado a cada una de las palabras que él le enviaba y las ha hecho suyas hasta que terminó por memorizarlas.

A día de hoy, recuerda a la perfección la primera de las muchas citas que le regaló:

—*¿Un hombre puede ser valiente cuando tiene miedo?*

—*Es el único momento en que puede ser valiente.*

Aquellas dos frases, pertenecientes a *Juego de Tronos*, de George R.R. Martin, le han ofrecido un gran consuelo, quizá porque ella quería sentirse valiente y, a la vez, deseaba que él se sintiera igual.

—Disfrutemos de la cena —sugiere Triz, sin disimular lo satisfecha que se siente—. Luego tú podrás disfrutar de tu postre.

Lizzy suelta una risita nerviosa. Vuelve a sentirse como aquella primera noche en el Archer, aturdida por el alcohol, pero sin haber bebido más que dos sorbos de vino. Tal vez esa noche el alcohol no tuvo tanto que ver como ella había pensado. La atracción que Oliver despierta en ella continúa intacta después de meses, pero hay más... Mucho más que la necesidad de volver a besarlo o sucumbir a la pasión de sus caricias. Ansía hundir la cara en su cuello y susurrarle todo lo que ha callado hasta ahora. Quiere asegurarse de que en sus cartas ha sido sincero al afirmar que por fin comenzaba a permitirse dejar el pasado atrás; que ha hecho amigos e incluso ha recibido terapia gracias al servicio que presta la universidad a sus estudiantes, y, sobre todo, que ha dejado de odiar su propia piel. Quiere saber que es feliz.

Pero Oliver ha volado alto y Lizzy no puede evitar preguntarse si será capaz de alcanzarlo.

El menú que han encargado no tarda en estar listo y Oliver regresa hasta su mesa cargado de platos. El sobrio uniforme del restaurante le sienta tan bien que los ojos de Lizzy se pierden durante unos segundos más allá de su rostro. No intercambian palabra alguna, salvo el deseo expreso por parte de Oliver de que disfruten de la cena, pero sus miradas se buscan y se cuentan mucho más de lo que se atreven a decir en voz alta.

Cuando Oliver se marcha, Lizzy descubre una nota doblada asomando

bajo su plato. Titubea un instante antes de aventurarse a leerla. Es, como no, otra cita, esta vez de *Harry Potter*.

Lo que perdemos al final siempre vuelve a nosotros...

Aunque a veces no del modo en que esperamos.

Sus amigas sonríen, aunque Lizzy no es consciente de ello en ese momento ni tampoco mientras disfrutan del exquisito menú. Oliver solo aparece una vez que han acabado para retirar los platos y preguntarles por el postre. No lo ve servir a ninguna de las otras mesas que ocupan el comedor, y eso que Lizzy no pierde detalle de lo que ocurre a su alrededor. Le es imposible concentrarse en la conversación de sus amigas.

—La terraza —le indica Triz, señalando a través de la cristalera—. Ve con él.

Todas esperan expectantes a que se levante.

Lizzy titubea. Le sobran las ganas de encontrarse a solas con Oliver, pero le falla el valor, hasta que echa un vistazo a través de la cristalera y descubre a Oliver en el exterior, apoyado en la barandilla, contemplando las luces de la ciudad.

Cuando quiere darse cuenta sus pasos la han llevado hasta la terraza. El aire está cargado de humedad y en el cielo apenas se vislumbran estrellas, pero Manhattan brilla como si se hubiera convertido en su propio firmamento. Oliver, de espaldas a pocos metros de ella, se ha cambiado de ropa. Sus codos descansan sobre la barandilla y no se ha percatado aún de su presencia. Lizzy se toma unos segundos para observar la línea recta que forman sus hombros, tan familiar y a la vez tan extraña...

—¿Oliver? —le llama, y él se gira de inmediato.

A sus labios asoma una sonrisa y Lizzy se relaja un poco, solo un poco, lo suficiente como para acercarse y colocarse a su lado.

Durante varios minutos ninguno de los dos dice nada, solo se mantienen uno junto al otro, respirando de forma pausada mientras se acostumbran a la cercanía que se han negado durante tanto tiempo.

—Es extraño —murmura él, rato después, con la vista aún en la ciudad—. Hemos pasado más tiempo separados que juntos.

Lizzy asiente, y los nervios agitan su estómago.

Oliver desplaza entonces su atención hasta ella. Una de sus manos rodea el rostro de Lizzy, y el roce se convierte para ella en una caricia más allá de la piel.

—Sin embargo, de alguna manera, es como si nunca te hubiera

abandonado.

—No me abandonaste, Oliver —se apresura a contradecirle.

Él exhala un suspiro.

—Me fui.

Lizzy coloca la mano sobre su pecho con suavidad, y el contacto la hace sonreír, como si no terminara de creerse que por fin están juntos.

—Necesitabas esto. Te merecías la oportunidad de convertir tu sueño en algo real —señala, mientras Oliver la sujeta por la cintura y tira de ella muy despacio.

—Tú eres real, Lizzy, lo más real que ha habido en mi vida —replica él, envolviéndola con los brazos.

La estrecha contra su cuerpo con fuerza, más consciente que nunca de lo mucho que la ha echado de menos y de todo lo que ha hecho por él. De que ha sido ella la que le ha dado alas y lo ha empujado a luchar contra sus miedos. Siempre tuvo la oportunidad de elegir, de marcharse de Los Ángeles y forjarse un futuro diferente al que creía que le había sido impuesto por el destino, pero hasta que Lizzy no entró en su vida no comprendió que era él el que se estaba condenando. Que a veces el miedo nos hace conformarnos con lo conocido por muy desgraciados que seamos.

—Tú me has hecho valiente —le susurra al oído, y ella le devuelve el abrazo con idéntica entrega—. Tan valiente como para decirte algo que he omitido en mis cartas...

Lizzy se estremece. La inquietud regresa y con ella la posibilidad de que los sentimientos de Oliver se hayan apagado con el paso de los días. Que se muestre agradecido no significa que continúe deseando estar con ella. Sin embargo, sea como sea, saber que lo ha ayudado supone la mejor de las recompensas.

—Te quiero, Elizabeth Lodge. —Sus palabras la pillan tan desprevenida que apenas si consigue reaccionar, pero Oliver no tarda en repetirlas, como si supiera lo que representan para ella—. Te quiero.

Acuna su rostro entre las manos, sus pulgares trazando pequeños círculos sobre sus mejillas, y Lizzy vuelve a estremecerse, aunque esta vez por un motivo muy diferente. Los edificios de Manhattan se desvanecen así como el ruido que llega desde el interior del restaurante, incluso el suelo parece desaparecer bajo sus pies. Todo lo que es capaz de sentir es a él, solo a él, su aroma, el tacto de su piel, su pecho elevándose cada vez más rápido, y sus ojos brindándole, con una mirada, la confirmación de su declaración; su alma más desnuda que nunca.

Oliver no espera una respuesta. Se inclina sobre ella y la besa, y Lizzy convierte ese beso en una demostración de sus sentimientos. Se acarician los labios y el alma, y las heridas sanan un poco más con cada roce.

Él besa a la chica menuda que le devolvió la confianza en sí mismo, pero es ella la que vuela alto esta vez.

—Yo también te quiero, Oliver Hunt.

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores, por apoyarme siempre, por sus comentarios, su cariño y su entusiasmo; nada de esto tendría sentido sin vosotros. Las horas delante del teclado resultan solitarias, pero vosotros le dais sentido y conseguís que merezca la pena seguir soñando historias.

A mis chicas H: Nazareth Vargas, Yuliss M. Priego, Tamara Arteaga y María Martínez. Aunque estéis lejos y no nos veamos tanto como quisiera, me acompañáis en cada paso que doy. ¡Os quiero!

A Cristina Martín, por estar ahí y por permitirme que te vuelva loca con dos o tres historias a la vez, y por entusiasmarteme conmigo. ¡Gracias!

A mi editora, Teresa Rodríguez, por ejercer también de amiga y loquera, y soportar con paciencia mis idas y venidas. Y a Borja, porque siempre logra sorprenderme con sus magníficas cubiertas para mis novelas. Gracias por vuestro trabajo.

A mi familia, por permitir que les robe horas para dedicárselas al bello arte de contar historias. Gracias por animarme a continuar soñando.

Y a todos los que, de una manera u otra, me ayudáis a mantenerme aquí, a teclear, a vivir las vidas de otros y a transformarlas en realidad. Gracias, gracias y mil gracias.